



Marco Fidel Suárez

*“Y hé aquí que un hombre llega . . .
al nombrarlo perfúmanse mis labios
con la savia silvestre de la vega.
Es sabio entre los sabios,
otro como él mis ojos nunca han visto;
es Suárez, — el egregio,
el sublime cantor de Jesucristo.*

*Nadie como él cantó . . . Si él era un canto
para Dios y la Patria en sus altares,
¿Qué va a decir la gota temblorosa
ante el hondo rugido de los mares?”*

RICARDO NIETO

REVISTA

FUERZAS DE POLICIA DE COLOMBIA

DIRECTOR:
SUBCOMANDANTE MIGUEL AGUDELO GOMEZ

ADMINISTRADOR:
TENIENTE CIRO A. CAMACHO G.

ASESOR TECNICO
HUMBERTO CACERES

ANTARES-BOGOTA

ENERO - FEBRERO DE 1955 - BOGOTA D.E. - COLOMBIA - NUMEROS 31 Y 32

Sección Editorial

NUESTRO HOMENAJE A SUAREZ

El próximo veintitrés de abril se cumplen los cien años del natalicio de don Marco Fidel Suárez en Hatoviejo, Antioquia. Con tal motivo el país le prepara a su memoria el culto de la gratitud y de la admiración patrióticas, por cuanto en este lapso la vida y la obra del insigne humanista han sido capaces de fundirse a la entraña misma del destino colombiano; de modelar la conciencia nacional con las normas del más puro civismo y de la más perfecta ortodoxia; y de abrir rutas promisorias de dignificación para el porvenir de Colombia.

Suárez es un valor admirable de la Patria. La parábola de su vida, tan extrañamente predispuesta al sacrificio, a la incompreensión y a la amargura; tan humanamente destinada a resistir los embates ciegos de pasiones irónicas y de inversos intereses; y en medio de la voracidad ambiente, tan quijotesca y tan cristiana, se presenta hoy a las generaciones como un guión, como una enseñanza, como una conducta. En todo instante estuvo destinada al culto de Dios, al amor de la Patria y al servicio de sus ideales. Y tanto en la hora del triunfo, como en las horas constantes de la adversidad, supo ser modelo por la fe, por la perseverancia, por la inteligencia y el saber.

Conoció al hombre en su física, en su dura verdad; y antes que temerle buscó para él sendas de salvación, medios de redención. Por eso fue un incomprendido. Y por eso la calumnia y la injuria lo hicieron su mejor víctima. Pero no se declaró en derrota. Por el contrario, se dio a la misión altruísta con mayor empeño, con superiores ímpetus, hasta la hora de la muerte.

El apostolado evangélico y patriótico no tuvo un definido campo de acción, porque su mente superó todo límite profesional; y porque su espiritualidad no fue apta para sepultarla dentro de una sola especialización. De ahí que fue apóstol en la cátedra, en el periodismo, en la política, en el gobierno, en la diplomacia, en la vida de hogar. Y de ahí que discípulos suyos fueron todos sus contemporáneos. Suárez no vivió para él sino para la época. Consecuencia es que no se puede hablar de ésta sin tener en cuenta a su Maestro. Lo que en otras palabras quiere decir que veinticinco años de patria colombiana se confunden con él, y hallan en él su mejor símbolo.

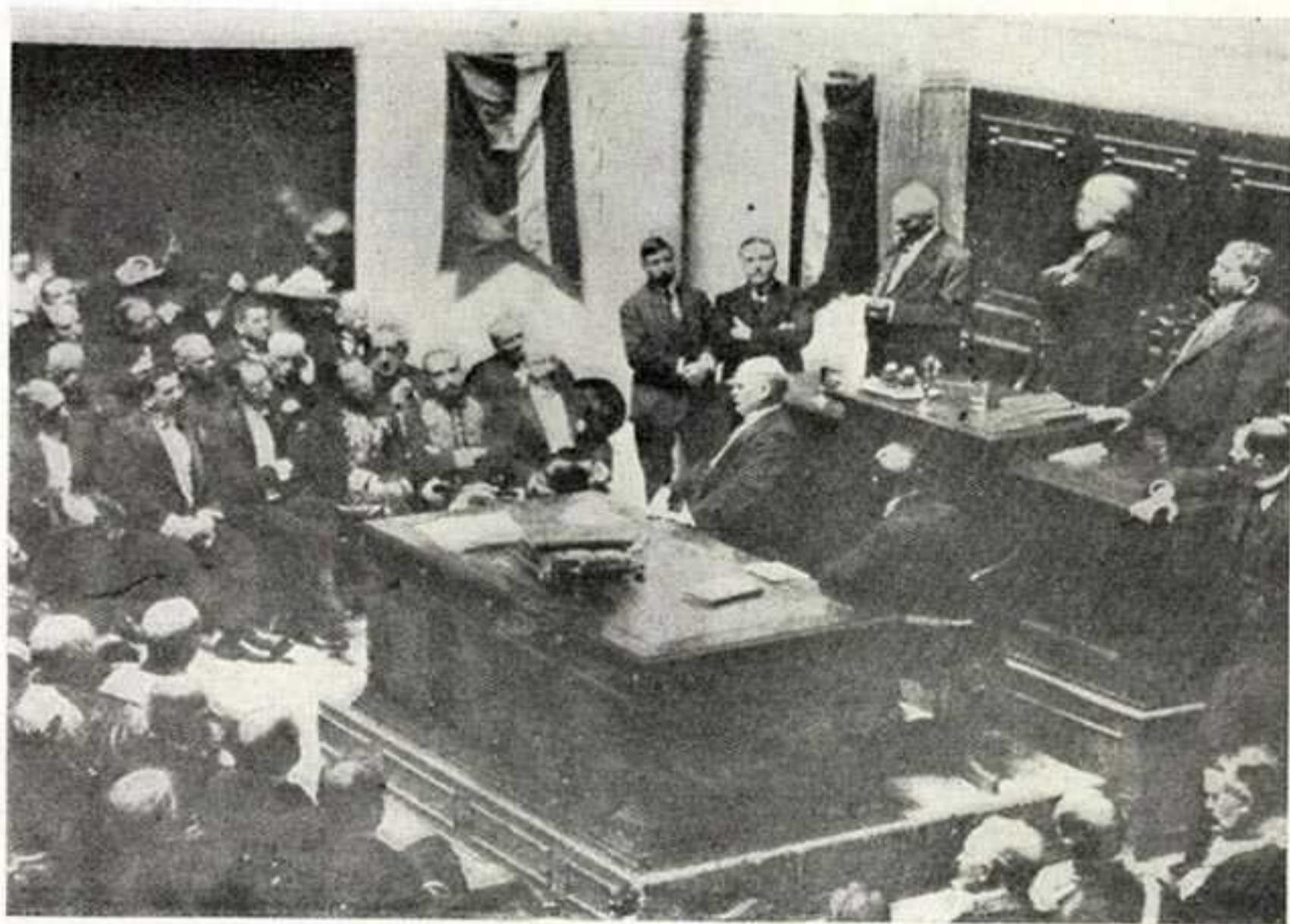
Fruto de esta labor excelente y ejemplar es su obra vasta y profunda. Obra que ha dejado atrás las fronteras de Colombia y de América, para despertar la admiración en otras latitudes por la sabia estructura, por la armonía del estilo, por la perennidad de la idea, por la humanidad que la alienta. Junto con la de Cuervo y la de Caro, constituye auténtica gloria para la inteligencia colombiana, y motivo de orgullo para la lengua de Cervantes.

Es por las anteriores razones que "FUERZAS DE POLICIA" dedica la presente entrega a la memoria de don Marco Fidel Suárez. Plumas consagradas en las letras del país hacen el elogio de la vida y la obra del ilustre colombiano. Volver a la Patria —con la exaltación de sus valores— es la mejor contribución que a ella podemos dar como periodistas. Quede, así, pues, explicado el por qué de nuestro anticipado homenaje al señor Suárez, al acercarse el centenario de su natalicio.

A. T. R.



Casa donde nació Marco Fidel Suárez.



Suárez toma posesión de la Presidencia de Colombia.

**NUESTROS
COLABORADORES**

Marco Fidel Suárez

Por José Camacho Carreño

Para "FUERZAS DE POLICIA"

Ya se aquietó el arado y el valle es un exámetro de pubertad sonora. La expectativa de la concepción torna más apretadas y tersas las colinas donde blanquean caminadores rebaños, como arandelas cambiantes y coquetas que adornan los flancos de la tierra en ofrenda. Luz, contornos, nubes, perspectivas, croquis, emulan en la inquietud para que ninguna forma permanezca y en cada instante halle la vida de la campiña tentaciones nuevas. Sobre el paisaje, mudable como la llama o como el cuerpo prematernal, la inmóvil iglesia del pueblo, ancla grave y geométrica, rememora lo espiritual que no tuvo principio y nos admoniza a prevalecer sin espasmo sobre la obstinada perduración lujuriosa de las formas caducas!

Estremece las frondas un viento cabrío, cargado de compases, que entra hasta el pozo manso donde el riachuelo se detiene: coro de lavanderas adormece su transitoria quietud. De los torneados brazos y de las bronceadas figuras borbota al agua perozosa un lino blanco. Se le refriega, se le reduce al puño, se le deja seguir la onda, se le jabona, se le atavía de espumas, se le hunde, se le hace flotar... Los senos, ocarina de arrullos, acompañan con su latido, sobre la piedra, el albo sacrificio.

¿Qué hace el viento ahora, en esta capilla de ramas, donde lavan siete campesinas elementales la ropa ingenua de los pudientes del pueblo? El coro servicial le entrega un hilo de canciones, que sin música, letra ni acento se envuelve al corazón. Cómo oprime ese canto que despedaza el viento, cuyos fragmentos caídos aquí y allá manan un soberano poder de tristeza y cuyo rústico dramatismo que no concluye complica a quien lo escucha. Lavanderas del río y la quebrada: el macho que recogió vuestro desabrido tarareo en la esquivez de un monte, os reconoce fértiles, Penélopes del dolor indígena, tejedoras del bambuco y la guabina!

Hay ruido en la cañada. Rasga bejucos y desflora malezas un jinete atropellador. Están ya, azogados caballo y caballero sobre la arena donde blanquea la ropa. La burda túnica, húmedo el carmesí inicial, no le alcanza al pudor para recatar muslos y pantorrillas, senos y caderas, y así la sorprendida, tras de atisbar, se inclina con reverente entregamiento. Es apuesto el hidalgo: sobre el arco lustroso del animal enfrenado, se apoya, tenso de aristocracia el busto varonil, cuya musculatura arruga el ferruelo de estilo.

Este señor viene de casta noble y encumbrada. Muchos escribanos se jorobaron caligrafiando el título notarial de sus heredanzas, desde la inmortal colonia, y a buen latín y rezo, camándula y espada han aguantado hasta la república igualitaria y democrática los caracteres de su dominación, sin desteñirse. Suyas son las

casas mejor tapiadas y solariegas de la capital cercana; sus muros delinean el perímetro de la más ancha plaza y con la catedral lindan los aposentos.

Cuando se rehizo la canción de esta mujer patricia y bíblica, arrullaba una cuna. Sus mimbres indígenas se desflecaban bajo los más punzantes rasgos de Castilla la Vieja. Un príncipe de la lengua, triste y colombianísimo como el canto de la madre, resplandecía entre las ruines bayetillas.

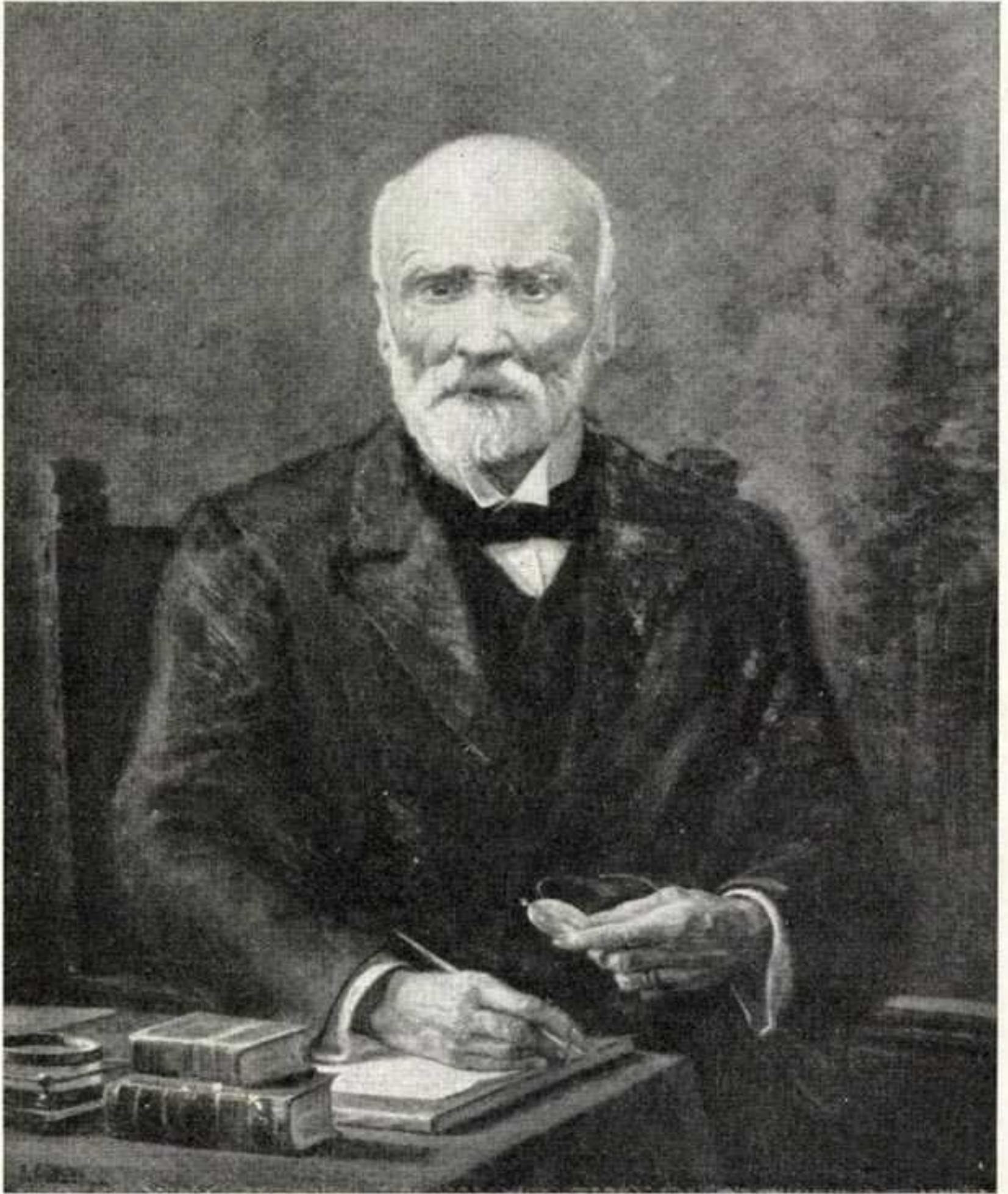
* *

Suárez nació en cabaña, una de tantas que se agrupaban en la aldehuela, obedientes al jacarandoso alcalde. Vi la cesta colgada del zarzo, rugoso, cuyo vaivén cortó el lloro del más auténtico infante español. Gateó sobre la tierra del rancho, pisada, y como no había patio propio para el pilluelo corredor, retozó en plazas y vías, y desde chico supo lo que es el bien público —bien de todos— y entendió que la patria era su única posesión.

Mozalbete, con la blanca donosura paterna y con la esquividad de la madre que recriminaba al aristócrata, fue a un seminario. Una tarde me dijo: "Ni allí se me dejó de humillar". Acababa de hacerlo con él, cuando me lo confesó, alguien que tiene la vida desmonorable de los bronceos injustos. Ese personaje reactivó siempre con su jactanciosa alcurnia el dolor del origen en Suárez. Comparémoslos: la sílaba rabiosa ante la oración concluyente, el ruido gutural ante la cláusula sin términos, el desgreño girondino ante la certidumbre clásica. Hay más tiempo en el futuro de Suárez que en los sepulcros que le enrostró siempre quien jamás pudo hablar con Cervantes!

Hé aquí la clave de muchas complejidades. Por fortuna el seminario lo invadió de consuelos teológicos. Sólo en la Divinidad y en la prosa litúrgica halló su reino este desheredado titular de la tierra, que veía resplandecer sin embargo en el fondo del alma todos los atributos regios y que se tornó en el Duque de Alba de Dios. Para él fueron inspiración, pensamientos, voluntad, republicanas empresas, hermosuras en el decir, y esa palpitación de luces que enceguece en su prosa y que engastó, sobre metal castísimo para coronar a Jesucristo. Teólogo fue desde entonces Suárez para acatar la justicia revelada, única en sus designios que redime al que encadenan las arbitrariedades de magistrados y príncipes, o abaten los pujos de vanagloria; para obedecer la humildad que nos arrodilla ante lo eterno y nos realza ante lo temporal, y para recibir la sabiduría, como dón que obliga, mas no como privilegio que desafora!

No hay acaso pesares más sombríos ni más cortante tristeza de la que Suárez padeció, y sin embargo, la muerte para ganarlo tuvo que matar en él, antes de la carne, la fortaleza, su constante virtud. Y la emplazó en la mente. Obsesionado por una inexorable sensación de orfandad, con la impresión de un déficit originario, Suárez buscó amparo y casa en las humanidades clásicas. Para otros suelen ser divertimento o solaz las letras, ingeniosidades de poco momento, mas no centro de gravedad, entregamiento substancial del alma, hogar y fundamento de la persona. En este príncipe disertado, la sabiduría representó la unidad del afecto. Ella guardaba su pretérito y celaba su porvenir, acariciaba su presente y ennoblecía todo. Como descendiente de casta intelectual, Suárez ama a Quevedo y a Jovellanos como a sus mismísimos abuelos y siéntese henchido de su mayorazgo castizo.



Cuando se refugiaba en las letras, don Marco daba la sensación de caer en los mimos de la mujer predilecta. Había sensualidad en la manera de acariciar los tomos, de descoser las parrafadas, de paladear hermosuras, de apuntar el dato filológico, gramatical, histórico, y de empuñar gozosamente la pluma donde encarnaba la más garrida perfección española.

Tres tipos fieles de humanista ha contado Colombia: Caro, Carrasquilla y Suárez. El filólogo Cuervo es propiamente un sabio, vastamente especializado en un género del saber que avasalló. Distingue al humanista el clima filosófico, la actitud teorizante con las cosas, el afán unitario de la existencia, la dilatación contemplativa ante el universo para ceñirlo a síntesis, doctrina, ley o forma.

De los tres, Caro fue filósofo social, Monseñor metafísico y Suárez teólogo. Toda su concepción del mundo es un tratado de Dios y una interpretación sinfónica de Cristo. A la república que amó, concebida en lo abstracto como una gobernación de la Divinidad y a pesar de su arisca fidelidad concreta al orden civil, contemplábalo como una de tantas jerarquías que rinden gloria a Dios.

Mas era tal el realismo y el equilibrio de su mente portentosa, que jamás refundió el plano concreto con el abstracto y no incurrió en teocracia para gobernar a su pueblo. Aunque el Estado espiritualmente estuviese subordinado a Dios, como provincia de su reino, formó sobre esa porción del universo una teoría completa, cabal, armónica, estructurada y reciamente humana, apta para vivir por sí misma.

Quienes se han coronado por gracia de la intuición y de su buena fortuna, no convienen en que un filósofo pueda gozar de sensatez para el gobierno y de realismo en el manejo de los achaques cotidianos, ni entienden que fue Suárez un gran político. Y gran político lo fue, porque comprendía la esencia de la organización humana, abarcaba el conjunto de sus fuerzas, indagaba en ellas el sentido de su gravitación, movía masas, contraponía o conciliaba bloques, en una palabra, gobernaba en grande. Quien así dispone de la mecánica social, no necesita levantar su imperio sobre los hombros de la venial voluntad halagada o adelantar con séquito de pregoneros golosos. Un solitario como Suárez, pudo aparecer como el hombre de la muchedumbre conservadora y vencer a Valencia.

Muchos comentadores suyos nombran a Suárez el académico y le inculpan haber resentido su gobierno de espíritu abstracto y hasta de ciertos resabios gramaticales. Apuntan, además, que el clásico dominaba las materias de la erudición, pero ignoraba totalmente los datos de las ciencias aplicables, y en el caudal de sus conocimientos echan de menos algunos muy provechosos a la política, como el derecho positivo, la economía, la hacienda.

En realidad, la cultura de Suárez estaba limitada por una época y parecía circunscrita a determinados temas del humanismo. Limitación aparente, porque soberano filósofo, apretaba en su puño el sistema de leyes supremas que rigen el universo y de las que toda certidumbre intelectual y toda norma deriva en último análisis. El sabio Caldas pudo medir la altura de un esquivo monte sin el auxilio del barómetro, instrumento exclusivo hasta entonces, porque de las reglas que gobiernan el mundo físico, indujo un método, no por subsidiario, menos exacto.

Hé aquí el caso de Suárez, cuando discurría sobre ciencias derivadas y aplicables, acerca de las cuales no tenía adquiridos conocimientos directos. Era sutil y edificante

el método que ingeniaba para razonar sobre lo desconocido, este navegante del saber, para quien no tuvo rutas ciegas el mundo. Sencillamente transportaba de lo supremo a lo ínfimo, como móvil instrumento de investigación, los postulados elementales, y por análisis o síntesis, deductiva o inductivamente, les arrancaba mágicamente la ley oportuna y necesaria para el caso particular. Que en el proceso investigador, esas leyes y esos argumentos quedasen ornamentados con los símbolos de un padre Feijóo, con las lucubraciones de un San Jerónimo, o con la escolástica y donaire de los arciprestes, nada le restaba en rigidez lógica a la conclusión. Porque la filosofía es la más práctica y recursiva de las disciplinas, aunque el empírico la denigre.

Suárez es de los colombianos contadísimos que han manejado un sistema de pensamiento y de obra, maestro para la doctrina y bedel para la voluntad, que lo mismo gobierna la acción que la filosofía. El viejo adusto creó en la vida nacional un estado de alma ideológico y literario, procedimental y especulativo: el suarismo. La juventud conservadora paréceme que lo acata como la esencia de su partido, como el contenido espiritual de su ambición, como la antítesis revolucionaria. El maestro Suárez habría sido dechado perfectísimo de almas godas, si realiza con más vigor en los hechos el principio de autoridad, y lo hace cuajar en su gobierno. Porque él es la base única, indestructible, necesaria, de quienes abominamos los espasmos y sofocaciones demagógicas. Extraño que Suárez, tan amoroso y comprensivo de Bolívar, no entreviese en él ciertos tipos de autoridad cesárea y corporativa, que hoy rigen el mundo, silencian al gárrulo parlamento, hacen patria antes que clan, y prefieren el estado metódico a la democrática licencia.

Contra la simplicidad del vulgo que no halla sino variedad de membrete entre los partidos, muchas veces me he preguntado qué caracteriza a la tendencia conservadora o más propiamente tradicionalista. Mueve a nuestros contrarios el sentimiento de la absoluta y teórica soberanía individual, de un corte que ensayan ante el espejo de Benjamín Constant, y cuando gritan Libertad, lo hacen como ebrios suyos, agitando el vocablo con un invisible sentido de rebelión que vibra sobre las protestas del orden. El liberal espera y cree superticiosamente en el futuro, tanto como desespera y maldice del presente y el pretérito, y se emociona en el mañana revolucionario, como en la súbita fuente de bienestar, conjurada para que mane dichas públicas en un intuitivo instante. Con insolente omnipotencia, el liberal se siente apto para la creación repentina, ignora los pausados procesos tradicionales, es un improvisador incorregible, un calavera con la historia, un aventurero que juega lo existente y carnudo a truco de porvenir ilusorio. Arrogante, es sin duda la aspiración que aprieta sus muchedumbres, siempre con la cabeza arisca levantada sobre el inexorable horizonte de la tradición y la historia, desafiando su gravedad imperecedera y buscando la estrella que anuncie otro mundo y una realidad más venturosa, en un insaciable anhelo de perfección fantasmagórica. Pero embustera!

El tradicionalista, no sólo se subyuga a sentimientos, sino que inicia su vida contrariando el más elemental de todos: la perpetua rebelión del hombre contra la norma. Su vida tórnase así en una disciplina a la que deliberadamente se ata. El desconfía del hecho aislado, individual, propio, y todo su orgullo creador lo refiere

a la historia y a la comunidad. En sí mismo no se realizará nada plenamente y sólo aspira a ser un fragmento significativo del silogismo colectivo, el legetario forzoso de una cultura secular, un sujeto que obedece innúmeras categorías, que pende de una escala jerárquica, que hace profesión confesional y enclaustra su iniciativa jurándole obediencia a varios priores: la tradición, el sentido religioso, el orden clásico, el rango civil, la dignidad militar, la autoridad... El no avienta la sociedad a la emoción azarosa del plano inexistente, aunque se le conjeture perfecto, sino que la impulsa gradualmente, en desarrollos crónicos, sin desarraigarla del cespedón histórico, previo el cotejo experimental. Su movimiento obra sobre el sistema y no sobre el fragmento.

Por ello el humanismo es la condición de la política clásica, el animador intelectual de los partidos conservadores. Mas no bastan sus teoremas abstractos y troquelados en la filosofía, requiérese que en el gobierno lo objective la autoridad en adustas realidades ejecutivas. La autoridad es así génesis de la vida social, principio que obliga al hombre a obedecer la razón concretada en leyes, y soporte de la verdadera democracia, igualitaria para el mérito, pero desconfiada del número ciego.

Suárez es el arquetipo de los caudillos tradicionales: elevó hasta la magnificencia la doctrina, no sólo como graciosa y esquemática ánfora de principios, sino como emoción y sentimiento que ondulan. Al dibujar las ideas godas, que enjoyaba con oro arrancado a los padres más ínclitos de la latinidad, no fue sólo su geómetra, sino su generador, y les dio carne y sangre de hombre. De ahí que leamos con arrebatado y frenesí pasional el programa clásico, frío de suyo, cuando él nos lo expone, y que su estilo alcance ardores dramáticos, aun en aquellos instantes en que deslinda el punto matemático de una teoría política.

Suárez, el mayor caudillo filosófico del partido conservador, lo hubiera sido también en el gobierno, si robustece su ejercicio con un principio ejecutivo de autoridad más enfático. Qué singular contraste ocurre en este accidentado personaje: es el más virtuoso como practicante de la autoridad pasiva para obedecerla, y a ella y a la disciplina, en hora memoriosa y crítica de nuestra comunidad, ofrenda el más encomiable desprendimiento abjurando la corona, ante enemigos taciturnos. Autoridad pasiva. Mas no la tuvo activa para mandar, y su gobierno resiente de esta insuficiencia, y titubea entre falanges doctas, que no se atrevieron a desportillar un errado concepto demagógico.

Creo más en la democracia romana hija del foro, que en el fermentado igualitarismo y en la equidad mulata de los gobiernillos de América, que le dejan sentir a la muchedumbre un miraje de poderío para el grito y la vociferación, pero le niegan el poder efectivo de perfeccionarse espiritualmente y no le confieren a su ímpetu rumbos históricos y verdaderamente patrios. Suárez pecó al tomar el pueblo para lo que no era, y tuvo condescendencias reprobables como la de abatir un gobierno adustamente moral y recto a la cólera y la sevicia de truchimanes que no se le apareaban éticamente a este hombre sin carne, sin lujuria, sin apetito. Era el hijo de Platón.

Pero Suárez creía a su vez en que la democracia es debilidad con el pueblo y la tuvo para sombra de su relieve histórico y merma de su caudillaje espiritual. En un libracó que publicamos, fijando nuestro concepto de la democracia actual, en lo económico dijimos: "Al régimen del egoísmo feudal que explota, es preciso subs-

tituir el régimen de la tutela social. Pero la palabra tutela implica sujeción aunque ella sea a favor del sometido. La libertad económica absoluta, que se traduce en independencia de iniciativa y manejo, no puede otorgársele todavía a nuestro pueblo, porque no hay en él que emancipar... El indio no es aun persona de derecho porque no le hemos dado cultura, y así carece de conciencia cívica y de conciencia jurídica: ignora lo que él debe a la patria y lo que la patria, como estado le debe en derecho". Sorprende que un filósofo de la parquedad intelectual y yerma disciplina de Suárez tuviese jugosas expresiones para su pensamiento. Más raro aún, si el contemplativo, a las congojas de la meditación añade hondos suplicios biográficos que bordoncan en su corazón desde la infancia. Y sin embargo este clásico tañe el estilo de diapasón más rico que se haya templado en nuestra lengua.

Todas las almas, a compás de su indole y aire asumen diverso acento para girar en las palabras y envolver otras almas. Predomina en el decir la nota constitutiva o el pesar en el lírico; o la socarronería en el humanista; o el dón pictórico y la facultad descriptiva en el pagano y sensual; o la elación en el místico; o la cólera en el beligerante y batallador; o la placidez en los buenazos.

Como si a Suárez lo hubiesen facetado almas múltiples, varias y sonoras, todos los dones y acentos de la expresión humana en él se orquestan; el hechizo y poderío de su estilo radica en la universidad. No es riqueza del lenguaje, abundamiento analógico, prodigalidad de sintaxis sino fertilidad de la inspiración y aptitud interpretativa en quen divisaba un límite panorama humanista.

El escritor es numeroso porque el filósofo es inconmensurable. El prisma clásico, ha transportado con sus iris al asceta hasta la intimidad y confianza de todas las emociones humanas y le ha revelado la plástica de todos los paisajes y la perspectiva de todos los tipos que los embellecen y pueblan.

Apoltronado en su biblioteca del Camellón de los Carneros que aromaba un jardincillo avaro, Suárez canta el universo entero, el físico y el espiritual, con canto onomatopéyico. Su pluma archiva el ruido y la efigie de todas las cosas, el gesto de cada pasión, el colorido de cada suceso histórico, la clave vital de cada episodio patrio, el enigma psicológico de cada acto. La filosofía es una maqueta del existir... Y para dar vida en el lenguaje a los rudos bocetos, bríndasele un idioma fabuloso no sólo por el número de sus voces sino por lo articulado y cósmico de sus combinaciones. Cuando agachado sobre la gaveta donde coleccionaba alfabéticamente su erudición, se le veía rebujar con salmantino gorro cuya borla le mosqueaba sobre los socarrones ojillos, era literalmente un brujo; y de la gaveta, nube de voquibles, giros y locuciones alzábanse como de nigromántica retorta.

Cada escritor realiza su estilo, se personifica en el ritmo de la frase, en la peculiar manera de romper cláusulas o roturar períodos, en la predilección por ciertos vocablos cromáticos o musicales y determinadas condiciones de la prosa la gradúan como buen narrador o descriptivo afortunado, como didáctico o ameno, como burión y astuto o como grave y majestuoso: con el sargo satiricón, el roto humor picaresco, la soltura de dibujante, el desparpajo idiomático y la gozosa euforia, se retrata a Quevedo y se le identifica. Para esbozar a Jovellanos ocurren notas antagónicas: la parquedad expositiva, lo guapo y ceñido de la locución que calza los pensamientos como coturno estricto, y la templanza y donaire. Inmortalizan a Quintana el fausto evocativo y la robustez de los diseños.

¿Cuál es en Cervantes la cualidad sobresaliente? En alguna de sus "Novelas Ejemplares" y en el propio "Quijote" aturden como en Guzmán de Alfarache los entreveros, broncas y barullos y picardean truhanes y navegantes; en "La fuerza de la sangre", en cambio la inspiración trágica alcanza a Esquilo y Sófocles en sus momentos próceres; la gracia del "Celoso Extremeño" es de aticismo aristofánico; en el discurso sobre las letras y las armas, y en varias asombrosas disertaciones acerca del gobierno y la justicia, cobra el decir filosófico, latina rotundidad forense; cuando narra propias o ajenas biografías, sobrepasa a Torres Villarroel; y pinta collados y los aromas de florestas y los reviste de pastores, zagalas y rebaños con la naturalidad de Garcilaso. Concluamos: Cervantes fue universal.

A proporción de nuestra esfera, de Suárez cabe predicarse laude igual. Didáctico, ameno, socarrón, bullicioso, ascético, descriptivo, inspirado, místico, picaresco, lo mismo narra que enseña, describe que emociona, historia que fantasea, dialoga que arenga. En el croquis chibcha de las canastas chispea tan buen humor como hay grandeza auténtica en la escena donde el réprobo juzga a sus acusadores delante del Tequendama, y sólo "La Anunciación" de Leonardo suscita lo que su canto a Jesucristo: la presencia de Dios sobre la carne del Hombre.

Ni en sus más diestros cultivadores, en Cuervo o en Baralt, y en cierto jesuita admirable que indaga los orígenes del idioma guaraní, tan melancólico y musical como las propias paraguayas polcas, consigue la filología sacudir el aire de cansancio viajero en el descubridor de voces. Pues Suárez obra el hechizo; en la busca de la veta lingüística, hace de la erudición una fábula y cuajado el vocablo que investigaba, lo transporta a nuestros días de labio en labio, por la ancha plaza del mundo castizo, hasta entregárnoslo como un odre pleno de embriagueces humanas. La lengua adquiere en él emoción de vagabundaje.

Hay una nota barresiana en nuestro glorioso prosador. El paisaje propio. Con nuestras mesetas y hondonadas; con las ermitas angelicales que tiritan en la sierra, o con las piadosas basílicas lugareñas; con los patios añejos, que la palmera estiliza; con los ríos inmemoriales donde descarga sus dones primitivos el bosque; con el boceto de las villas núbiles, o de las urbes adultas con la urdimbre de las rutas amplias o con el zig-zag de los senderos montuosos, bordó el mapa espiritual de la patria que él había demarcado diplomáticamente. Su viaje al sur, y las alabanzas del Cauca y Nariño viven como Venecia en el Tiziano, como la Umbría en el Giotto.

¿El Suárez anecdótico? Este dibujillo que se nos ha pedido está descosido de un estudio menos fugaz, que debo a mi formador castizo y a quien honró mi juventud ya fugitiva y entrecana, reconociéndola inspiradora de "Los Sueños". En esa evocación bosquejará un Suárez desconocido cuyo secreto descórrese en enfermizas anécdotas. Adelanto una:

Gobernaba a Colombia cuando en los Estados Unidos murió su hijo, "mi niño", como apocaba entre lágrimas el ágil mancebo, para evocarlo: llamó un astrónomo a palacio y en la azotea donde atalayaba la patria, colocó el telescopio. . . "Búscame en esta esfera la estrella cuya lumbre caiga perpendicular sobre la tumba de mi proscrito". El astrónomo la fijó y desde entonces el filo de la media noche cortaba al medioevo suspenso de una titilación.

Oh, Suárez! illustre tu sabiduría, fortalezca tu sobrellevado dolor y santifique tu virtud, este momento patrio.

Panegírico de un Grande Hombre

Por Monseñor J. M. GONZALEZ ARBELAEZ

*Memoria justí cum audibus. Prob. X, 7.
La memoria de los justos será celebrada.*

Hermanos míos:

La justicia, que pide un reconocimiento; la memoria, que exige un homenaje; la virtud, que impone un tributo; la grandeza, que despierta admiración, y el dolor, que necesita un desahogo; hé aquí lo que nos congrega esta mañana.

Es que el Capitolio y el Vaticano, el templo y la bandera han vestido de luto; la prensa y la tribuna han clamoreado lamentando; correo y telégrafo, la ciudad y la aldea, han dado tristes voces; el ejército y la escuela, la magistratura y el clero, las ciencias y las letras, el corazón mismo de Colombia, han sentido un estremecimiento de amargura, una herida de dolor, se han arrebujado en sudario de luto, porque don Marco Fidel Suárez ha muerto.

Por encargo ineludible, tan caro a mi corazón sacerdotal como desproporcionado a mis fuerzas, debo tejer un elogio que felizmente ya no inquietará su modestia de humildísimo cristiano, ni herirá por lo menguado de su aparejo y corte su exquisito oído de fino clasicista, ni suscitará envidias ni odios, porque ante la grandeza de su tumba, todo, hasta la persecución, se ha descubierto respetuosa y noble.

Cerca de aquí, en abatida choza, cual bella piedra que sale rasgando la entraña del corazón, como vívida estrella que hiende nube de tinieblas, vio la vida. Ni riqueza ni linaje engalanaron su cuna; ni ilusión o lisonja doraron su porvenir; no los hubo menester; su genio le bastaba guiado por el dedo de Dios, para alzarse a recorrer el espacio inmenso de la celebridad en el cielo de la grandeza.

En el seminario, casa de la santidad, palestra de virtudes, turquesa en que se moldean almas de apóstoles; en compañía de la soledad, en coloquio con el silencio, esforzado por la obediencia, enseñado por el ejemplo, alimentado de oración y sacrificio, bebió torrentes de verdad y de bien: empezó a ser mimado de la ciencia, hijo predilecto de la virtud.

El teatro de su acción estaba sin embargo en otra parte: la Providencia le llevó a la capital.

Al llegar el señor Suárez a Bogotá debió de experimentar que un inmenso panorama se presentaba a su vista en aquella ciudad que era cuna de la nobleza colombiana, áurca urna de sagradas tradiciones, molde egregio de todo patriotismo, protagonista de nuestra historia, consagrada mil veces con sangre de héroes, acariciada por los númenes de la ciencia, decorada por manos de las artes bellas, guardada por el derecho, ilustrada por la filosofía, educada por la política y la diplomacia, arrullada por los cantares de sus poetas excelsos y glorificada por la gallardía eximia de sus incomparables oradores. Ciudad religiosa y mística, jubilosa y ardiente cuando se prostra ante el Dios Sacramentado, devota y dulcemente rendida al coronar de oro las sienas de la Reina de Colombia.

Sí; él debió reconocer lo que gustosos aceptamos y proclamamos todos, que aquella ciudad es la ática heredera del buen gusto, la noble señora del castizo decir, la a un tiempo almenada torre de la valentía y regalado jardín de la gracia castellana. En ella viven y vivirán siempre la magnanimidad de Caballero y Góngora, los nobilísimos empeños de Arias de Ugarte, para embellecerla; la caballerosa penitencia de Folch y Cardona, la santidad de Margallo, los martirios heroicos de Mosquera que la consagran; el coraje de Nariño con los ecos encendidos de Acevedo y Gómez y los tonantes acentos de Torres, entreverados con los haces de luz del sabio Caldas que la hacen inmortal y legendaria. Ella debió presentarse al espíritu y al afecto del señor Suárez del modo que a nosotros hoy, como la gota más pura de la sangre de la patria, relicario de todas sus grandezas, colocada tan adentro que es el corazón y tan alto que es el cerebro de Colombia.

Había entonces en ella un núcleo de pensadores tan escogidos por la calidad y tan cabal por el número cual no lo disfrutaba ninguna otra nación hispano-americana. Entre ellos descollaban el más hábil y penetrante de nuestros políticos, el más sagaz y paciente investigador de la ciencia del idioma y el talento ciclópeo adunado con erudición portentosa y el más perfecto de nuestros humanistas. Y fue con ese inapreciable mecenazgo intelectual como Bogotá llevó a término perfecto la formación del señor Suárez, trocando en breve al estudiante oscuro en maestro de envidiable notoriedad y al que recibiera desconocido provinciano, lo consagró figura nacional.

El hombre mediano se forma, el genio más bien se revela. Por eso, a vueltas de breve tiempo la talla intelectual y moral del señor Suárez lo hizo hombrearse a pesar suyo con los primates más ilustres y penetrar por derecho propio, que no por ajena valía, en las más respetables asambleas y ocupar sillón en las más elevadas corporaciones. No poco debió sorprenderse y asombrarse su típica modestia y su humildad invencible al oír entonces el cuchicheo de la admiración y al ver que las blancas alas de la prensa echaban a volar su nombre dondequiera, y, lo que es más, el aplauso inapelable de los maestros de todo género que le levantaban sobre el pavés de la celebridad impartándole los títulos de varón consumado en letras, de distinguido patriota y de excelente cristiano.

Y este es el triple aspecto por el que me permito, hermanos míos, invitaros a dar una mirada, no para vana lisonja, que ni siquiera haría ya agitar su corazón inerte; sino para que bendigamos a Dios en sus obras, pues que El sólo corresponde al fin todo honor y toda gloria.

EL LETRADO

Nadie será osado jamás a disputar siquiera el título de letrado al señor Suárez, aun entendiéndolo a la usanza y con el significado que le daban en los tiempos clásicos de nuestra lengua; porque él no sólo conocía, sino dominaba y señoreaba regiamente las más variadas disciplinas. Su amor a la verdad y sus distinguidas dotes de entendimiento, le arrebataron en gallardo vuelo de cóndor poderoso por los espacios dilatados, ilímites de la inteligencia; y desde allí, en variados giros, con ojo escrutador y certero, escudriñó la ruta sinuosa, a veces ensangrentada de la historia; contempló como en cuadro geográfico los pueblos, la actividad de su comercio, el ajetreo nervioso de su industria, el agitarse de su política, las redes habilidosas de su diplomacia, y escuchó y entendió con deleite los acentos de sus lenguas. En ese viaje se remonta, serena, majestuosamente sobre los más orgullosos picos de los Andes, y de un solo ímpetu se cierne sobre la simpática, noble patria de O'Higgins, admirando su severa organización, sus tesoneros esfuerzos de grandeza y al mismo tiempo, cruzando las ubérrimas pampas y las selvas opulentas, celebra los ejemplares adelantos de las deslumbradoras ciudades de S. Martín y D. Pedro, que enjoyan a la Argentina y al Brasil. Se lanza en seguida hacia el norte para tributar un recuerdo afectuoso a la ínclita patria de Bolívar y al pródigo suelo azteca e internarse luego en la República monstruo con quien fue bené-

voló además en admiración y aprecio. Su entusiasmo lo llevó señaladamente a la cultísima y añosa Europa, que para Suárez no tuvo secretos porque parecía haber abrevado a raudales en las aguas del Danubio, encantadoras leyendas, y luégo haber platicado en dulces tardes, con Virgilio, sobre la grama del Janículo, o escuchado los períodos elocuentes de incomparable prosa que resonaban entre las columnas del Foro; pero no para extasiarse ahí sino llegar hasta el Agora y allá, junto al gran peripatético, escuchar el razonamiento mágico, acera-do, y dialogar luégo con Platón el divino, de quien había de ser émulo y regresar finalmente a ese cielo constelado de genios renacentistas, departir íntimamente con cada uno de ellos y en lo más encumbrado de sus elaciones, en medio de la inmensidad, hallarse con Santo Tomás y León XIII, de cuyos labios recibe lecciones de la sabiduría más excelsa.

Sin embargo, la cultura del señor Suárez debió ser preponderantemente española. Por eso el águila traspuso los Pirineos para embriagarse de azul y de belleza en el dombo, para nosotros sin igual de la bizarra Iberia. Allá, en los inmensos campos de su historia, en los dilatados mares de su sabiduría, junto a las dominadoras cumbres de su santidad, por entre los vergeles encantados de sus artes soberanas y señaladamente a través de la inmensa y variadísima selva de su literatura, dio sueltas a su espíritu gigantesco, conquistador, para que escuchara el habla suave y donosa de la Virgen Avilesa y Doctora sin par, las melodías argentadas del meliflúo León, la numerosa grandiosidad y el encantador aparejo de Granada, al extremo de perfección e ingenio, de variedad y riqueza de Cervantes; y que luégo se arrullara con esa fuente abundosa, mágicamente pródiga y bella de Lope: midiera su alma con la genial de Calderón, la enriqueciera con Mendoza, la hiciera majestuosa con Quintana, correcta y cultísima con Hartzenbuch y Jovellanos; espontánea y galana con Zorrilla y de magnitud oceánica al contacto de Menéndez y Pelayo.

Con todo, el señor Suárez no fue un diletante, pues esa inmensidad de saber, exprimida por milagro de ingenio, sobre la punta diamantina de su pluma, logró escribir obras maestras con un lenguaje y un estilo no superados por ningún contemporáneo y apenas pareables con lo más depurado y selecto, lo más aquilatado y fino de oro que brilló en los veneros de la España clásica hacia las postrimerías del siglo XVI y casi todo el XVII.

En su estilo hay que reconocer el hilo dorado de la lógica, que va engarzando mágicamente frases y períodos que corren

tan espontáneos como discurre la primorosa fuente, serpenteando y desenvolviendo la madeja de sus cristales en delicioso prado. Con ello viene la transparencia en que más bien se ve el fondo del remanso lúcido de su pensamiento que se leen las palabras. A esto se junta la facilidad y facundia con que las frases más brotan que se construyen, y el lozanear de la gracia y la corrección, mezcladas con la donosura y la arrogancia. A par va la sencillez sobriamente aparejada, pero al tiempo mismo con una tan distinguida y tan señorial galanura, que no sabe uno si es el pensamiento quien exorna la frase o es éste quien realza el pensamiento. En el señor Suárez todo se reprime con las donairosas ocurrencias de su Donatelo; todo tersura y casticismo, como si al escribir fuese bordando sedosa felpa de suaves y concertados vocablos; todo dignidad y majestuosa elevación, como si copiara su pluma los rasgos con que una mano consular hiciese ondear fiero, graciosamente, los amplios pliegues de una toga.

Sus múltiples escritos de sabio polígrafo, forman una rica maceta de gayas flores en que alternan una corola ostentosa y ufana que se yergue al sol y al aire, con otra que recata sus gracias en la fronda; ésta alegre y vistosa, tímida y leve la de allá, pero todas bellas, bañadas en perfume y coronadas de rocío hecho perlas.

Tales, los discursos académicos y monografías de lujoso corte; los estudios lingüísticos y gramaticales lastrados de ciencia; las descripciones acabadas, esparcidas pródigamente aquí y allá por el embelesante campo de sus sueños. ¡Ah! sus Sueños, la más grande y gloriosa realidad de nuestra literatura nacional, son también valiosísima presea que embellecerá siempre su figura de letrado; porque mosaico incomparable de pedrería, depurado en la fragua de su ingenio y enjoyado en la dignidad y donosura de su estilo, ostenta alternativamente el diamante rico de la filosofía política y el dije primoroso del minúsculo cuadro de costumbres, vivo, breve, chispeante; el fresco verdor de la esmeralda, cuando amorosamente describe nuestros montes y valles, y el rubí, encendido siempre por la intención más recta en defensa de lo que su honradez creía ser la justicia y la verdad; allí siempre y dondequiera mármol eterno de belleza que durará lo que dure el sentimiento y el aprecio del arte literario.

EL PATRIOTA

Después de lo dicho, soy casi de opinión que en el señor Suárez el patriota superaba al letrado. El patriotismo para él

no era como parecen concebirlo algunos, la exaltación nerviosa y sentimental que se agita desacompañada en el vacío de las ideas o que a lo sumo se despeña frenéticamente, sin tino, en pos de lo quimérico.

En él viene a ser como una derivación de la piedad filial que, desbordando los muros de la paterna heredad, corre para bañar en el mismo raudal vivificante de afectos a todos los que mecieron su cuna bajo el mismo cielo, y va acariciando las vetustas calles y humildes moradas de las aldeas lo mismo que aplaudiendo el exuberante empuje progresista de las ciudades y se solaza en la contemplación de las comarcas prósperas en que verdean las esperanzas ciertas de un grande porvenir al mismo tiempo que se agita ante la belleza augusta de una esbelta catedral y solloza casi de ternura al ver que blanquea en la lejanía, como gaviota del cielo, la hermita dulce del campesino.

Fue eminente patriota en acoger en el relicario de su afecto, por modo igual, no sólo la ciudad de Quesada, exquisitamente culta y bella, sino todas las de Colombia, desde las que se recuestan bajo palmeras deliciosas y arrullan la placidez de sus noches con el rugido de la onda que se rompe el pecho en el acantilado de la costa, hasta las del medio día, levantadas como gallardos leones, centinelas de la Patria en los montes abruptos de aquel suelo volcánico, atormentado, caldeado siempre por el ardor de la lava y el ardor del patriotismo.

Basta ver en sus escritos la íntima fruición con que rememora sus fastos, la fidelidad nimia con que cataloga sus próceres, el brío razonado con que alienta su desarrollo y sus progresos; la dulcedumbre con que pondera y realza entusiasmado, cuánto lo opulento del suelo, cuánto lo levantado del carácter, cristiano y patriarcal, cuánto lo bizarro y denodado de sus hijos. Entonces su pluma se trueca en vara mágica para hacer surgir héroes ignorados; se convierte en dorado pincel que pinta encantadores cuadros, en carcajada de ironía o de franca reprensión por la injusticia y desconocimiento de los hombres, o se vuelve, al contrario, himno de veneración a un sacerdote santo o a un ilustre prelado que le han dado pan y saber; canto viril a la grandeza de los héroes; eco poderoso de la voz de la historia que lleva en pos de sí un gajo de laurel a refrescar cenizas olvidadas.

Entendió así mismo que el patriotismo está no sólo en el grito fascinador de la Plaza Mayor el veinte de julio, ni en el épico

amanecer del Pantano de Vargas, ni en las trompas y atabales nuncios de gloria, los bridones arrogantes y el crujir de aceros y cañones con que heroicas espadas tejieron la corona de independencia y de victoria, el siete de agosto, para las sienas de la Patria. Supo el señor Suárez que un mismo fuego de valor indomable había forjado la espada de César y Bolívar y la azada de Cincinato y Cosme Marulanda; y aunque no hubiera rehuído, dado el caso, romper aceros en campal batalla su vocación como la del gran caudillo de Israel era la de educar al pueblo o como Eleázar, dar en la cumbre venerable de su ancianidad ejemplos de heroísmo. .

De su patriotismo así entendido nos hablarían mejor el ambiente cansado de oficinas y ministerios que devoraron sus años, en búsquedas prolijas de graves documentos y el bucear ansiosamente en largos insomnios por entre el caudal de su ciencia para dar con la fórmula clave para solucionar internacional litigio.

De su amor a la república dirían mucho mejor las sociedades patrióticas de que fue ornamento, la prensa periódica que si fue a veces catapulta de infamias, fue en lo general equitativa, preludiando quizá en lo blanco de sus hojas justicieras el futuro mármol de la celebridad. Lo diría asimismo la magistratura suprema de la república que coronó merecimientos, no ambiciones, y el tricolor sagrado que al ceñirle pecho y corazón, sintió que aprisionaba como nunca la urna de la virtud y el oro de los méritos. Nos lo diría la patria toda desde sus últimos linderos en que él levantó la muralla de nuestro derecho, sombreada sin embargo por el árbol de la paz, y lo dirían el continente y los ecos del mar del norte que presenciaron como el monstruo de la fuerza tuvo al fin que ceder ante el coloso invencible del derecho.

EL CRISTIANISMO

Si algún día, lo que Dios no quiera, para honor de Colombia, la figura del señor Suárez se esfumara del horizonte patrio en cuanto humanista, y filósofo y patriota, por encima de esas ruinas tocada de inmortalidad, veríamos todavía la silueta del cristiano sin tacha, y sin miedo, del apologista denodado, del alumno que devolvió en honra lo que recibiera en virtud a los claustros venerandos del "insigne paladín de Cristo" y su cantor excelso.

El señor Suárez no perteneció a la gloriosa especie de intelectuales, que desdichadamente no escasean en nuestros menudados tiempos, los cuales ignoran groseramente que nuestra

historia es un tropel de heroísmos, no recuerdan que nuestra poesía es armonía dulce de vírgenes selvas y nuestra prosa limpidísimo torrente que corre entre perlas esmaltada de flores, y la causa de este frío descastarse del propio solar, está precisamente en que el soplo de la irreligión con ser muchas veces ficticio ha apagado el ideal de la vida, ha roto en gran parte los vínculos de la raza para sustituirlos por la admiración irrestricta a veces ridícula de lo bello y lo bueno, tradicionalmente cristianos, para arrollarlos sin honor y sin gloria, entre la ola salobre de una civilización archirefinada y decadente, envilecida y decrepita.

Del señor Suárez sería ofensivo decir que no negó su religión porque hay que reconocer que se embebió en ella, supo ufanarse siempre de deber su formación primera a un virtuoso sacerdote y haber perfumado la flor de su inocencia juvenil con el aroma sin par de dulcedumbre y en canto de los claustros del seminario. En su cerebro había demasiado talento, ilustración y lógica para no ver que las alas de la fe no humillan ni abaten la razón; que al contrario ellas arrebatan como en carro de gloria y la pasean en giros dilatados por entre la inmensidad de Dios y la bañan deliciosamente en el mar de sus dulzuras, la extasían con embeleso infinito, en el cuadro de su belleza, la penetran de encendimientos que matan dulcemente, en contacto con su bondad; luego la traen al pie del trono de inmarcesible poderío, al seno mismo de la Verdad Sustancial, al incendio misterioso de la Caridad Subsistente, todo ello coronado de la magnífica pompa de una Majestad Soberana y aquí es el anodarse, aquí el adorar, aquí el aceptar mil veces el sacrificio de la vida, antes que negar, antes que dudar, antes que disimular siquiera un punto nuestra fe. Fue así a presencia de esto, como Juan dijo Charitas; Pablo exclamó: O altitudo; Agustín: O Pulchritudo y el de Aquino: Adorote.

Una vez conocido esto no es menester inquirir más H. M. para saber por qué el señor Suárez durante el curso de su vida enfilase en el campo católico con bruñido casco y limpio acero toledano. Estaba enamorado de la Suprema Verdad y a su defensa se sentía urgido, espoleado a fuer de bizarro paladín. Saltó al palenque y con certeros espaldarazos, desnudó el adversario del flamante gorro frigio y del lujoso palio de los enciclopedistas para que el público viese el esqueleto descarnado de una libertad falsificada y la caricatura inverecunda de la filosofía. Ni trepidó medir su florete con aquel consumado en falacias y arterias, blasfemo por antonomasia del siglo ante-

pasado y hacer igualmente fulminar la chispa de la verdad al choque con la figura orientalista que tenía tanta gracia y delicadeza, en la punta de su pluma, como rencor y odio saduceo a la divina persona de Jesús, en el fondo de su alma. Más de una vez tuvo frente por frente la hidra fracmasónica que lo convirtió en blanco de sus odios, más tuvo ella qué ver que en estos casos un cristiano de esta talla, rompe el acero, rinde la vida antes que ceder y muerto, brotan todavía sus heridas gajos de victoria.

Antes que defensor de su fe, el señor Suárez vivió de ella, realizando lo de S. Pablo, *justus meus ex fide vivit*. Fue hijo humilde y amante de la Iglesia, blasón único y solo timbre que reclamó para sí. En el Papa vió la persona sagrada de Cristo que derramaba santidad en Pedro, sabiduría en León, bondad paternal en Pío y óleo suavísimo de caridad en Benedicto. Con el episcopado colombiano fue sumiso sin restricciones, fue un hijo sin petulancias de dogmatizador porque sabía que eran puestos por el Espíritu Santo a gobernar la Iglesia. El cielo habrá recogido los secretos de consuelo y mutuo aliento, cambiados entre él y el Venerable Decano de la Iglesia colombiana: dos moles augustas que escondieron su cima en las soledades de la inmensidad.

La vida del señor Suárez se ostenta ante la Iglesia y la Patria como columna por la fuerza de su doctrina y virtud; caudal arrollador por sus enseñanzas múltiples; arma triunfadora, esgrimida por mano de la más pura lealtad; cumbre erguida, azotada de rayos, pero blanca de nieve y embriagada de luz; jardín ameno y pradera encantadora de las letras; huerto sagrado de virtudes; ejemplar de mandatarios; molde de patriotas; ornamento de la República; lustre y prez de todo el continente; honor de la raza, y antes que eso, servidor fidelísimo de la Reina del cielo, rendido adorador de Jesús Sacramentado, amador de su bondad, cantor de sus glorias en la más hermosa oración que es eterno monumento amasado de sabiduría y fe, de amor y lágrimas, de luz y belleza, de corazón y entendimiento, bañado en sangre divina y clavado al pie de la cruz del Redentor.

Tuvo yerros? Sin duda que los tuvo H. M. Dios lo sabe, porque fue hombre y por eso ineludiblemente pecador. Esa es la razón por qué la Iglesia viste hoy de luto y repite con sollozos los ecos del Miserere, de un rey arrepentido y el desencanto de lo terrenal con otro que fue el primer sabio y nos deja evocar secretamente la figura del primer legislador y el primer

pontífice delincuentes y santos. Lección que nos recuerda que ante la infinita Majestad, todos somos deudores y que cuanto he dicho nada vale, absolutamente nada en favor de esa grandeza si no está en este instante refrendada por la misericordia de Dios.

Comoquiera que sea H. M. oremos ante la impenetrable sabiduría de los juicios divinos, para que esa alma amanezca el día sin tarde del eterno descanso y en su frente irradie la perpetua luz y que hoy si Colombia se enluta por un dechado de hijos, si nosotros lamentamos el modelo de hermanos, si su familia llora amargada al padre incomparable, haya tan solo uno que se alegre y se complazca de su muerte: el cielo...

En la prosa de Suárez se dan cita todos los grandes escritores de la lengua: Fray Luis de León con sus músicas pitagóricas; Granada con sus reverberaciones de color; Saavedra Fajardo con su fraseo corto y metálico; Quintana y Jovellanos con su sintaxis de andar suelto y amplio; Quevedo con su gracia mordiente; Santa Teresa con su simetría irregular y Cervantes como denominador común.

J. ESTRADA MONSALVE

* * *

Inteligencia superior, erudición portentosa, actividad ilimitada, asombroso criterio, todo eso lo tuvo el señor Suárez.

JUANCE

* * *

S U A R E Z

Si me lanzó la vida contra tu carro un día,
mi ser ante tu genio siente un fervor profundo,
aquí donde reposa el sitio de tu alma epifanía
traigo la voz de un pueblo, quisiera la de un mundo.

GUILLERMO VALENCIA

La Vida de Don Marco

Por Humberto Cáceres

Marco Fidel Suárez, el insigne letrado que se extravió del siglo XVI español para ennoblecere con su vida y con su obra admirables la estructura espiritual del siglo XX colombiano, nació por los lados de la antigua población antioqueña de Hatoviejo, el veintitrés de abril de mil ochocientos cincuenta y cinco. La pequeña casucha que le dio hospitalario albergue, de por sí representa en un todo la pobreza y bastardía del origen; y señala al transcurso de un siglo, en la deruida y humilde contextura, la grandeza sin par de quien supo laborar con sacrificios y amarguras la aristocracia de su nombre, la ejemplaridad de su vida y la inmortalidad de su obra.

Hizo las primeras letras en el rústico ambiente de la patria chica. Los ratos libres los dedicó a oficios mediocres, por ver de ayudar con pingües ganancias al sustento hogareño. En La Ceja concluyó las jornadas escolares, y se trasladó a Medellín, campanero y luego alumno del Seminario provincial. Con pasmosa facilidad superó cursos y distinciones. A los dieciséis años dirigió el periódico "El Seminarista". A los dieciocho ya era profesor de sus antiguos condiscípulos... Sea por el origen, o por su voluntad, no siguió la carrera eclesiástica; y regresó a Hatoviejo como maestro de escuela. En el ejercicio del magisterio discurrieron cinco años; siempre dentro del panorama que abarca el valle de Aburrá. Y siempre pobre, triste e incomprendido. Su espacio vital, claro está, no era ese. Y un día resolvió marchar, por la vía de Abejorral, Sonsón, Aguadas, La Dorada, a la capital de Colombia.

En Bogotá halló un ambiente propicio al logro de sus más caras ambiciones. La Atenas Suramericana le fue pródiga en dones. A poco de haber llegado, triunfó en un concurso abierto por la Academia de la Lengua, con motivo del centenario del natalicio de Andrés Bello. Contaba apenas veintiséis años, y estaba consagrado. Miguel Antonio Caro lo llamó entonces a la Secretaría de la Biblioteca Nacional; la Academia le premió ade-

más nombrándolo secretario perpetuo; y la Real Española lo designó miembro correspondiente. No en vano había dedicado su juventud al culto del saber.

Comenzó acá la buena estrella, si cabe llamarse, del señor Suárez. Rafael Núñez lo nombró Subsecretario de Relaciones Exteriores; luego lo encargaron de la Secretaría. En mil ochocientos noventa y uno fue el Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, y desempeñó la cartera hasta mil ochocientos noventa y cinco, cuando tuvo que renunciar por enfermedad. Por entonces contrajo matrimonio. En el hogar halló el complemento indispensable, la auténtica razón del vivir. Además, la actividad política le embargó este lapso de su vida.

La política fue para Suárez una disciplina espiritual, una misión temperamental, un destino patriótico. A ella entregó su inteligencia, su voluntad, su vida misma, con ejemplar generosidad. La concibió con altura y con nobleza. Jamás como un medio para el logro de individuales ventajas; para la demagógica vocinglería; para el éxito a lo saltimbanqui. Siempre la entendió como el evangelio del bien común; como el ejercicio de las normas de Cristo convertidas en postulados estatales; como el denominador común del trimonio Dios, Autoridad, Familia, que, ortodoxamente interpretado, es sinónimo cabal del engrandecimiento de la Patria. Por eso, indudablemente, fue una víctima de nuestra política idiosincracia.

En mil ochocientos noventa y seis fue elegido Representante a la Cámara y Consejero de Estado. Un año después fundó el periódico "El Nacionalista", en defensa del gobierno de Caro. Comprendió Suárez que una aguda crisis se precipitaba sobre el país, y buscó ayudar a evitarla desde el envidiable campo del polemista. Además, contribuyó al triunfo electoral del binomio Sanclemente-Marroquín, o sea al sostenimiento de su partido en el poder. Cuando Sanclemente se hizo cargo del gobierno, Suárez desempeñó las carteras de Hacienda e Instrucción Pública. Pero breve

fue esta jornada administrativa, ya que al curso de algunos meses sobrevino el golpe del 31 de julio, y con él un cambio en la orientación del régimen.

Suárez se retiró entonces a la vida particular. Retiro doloroso en sumo grado, pues casi de inmediato repentina enfermedad acabó con la existencia de su esposa, que tanto había contribuido al éxito de sus anteriores triunfos. Esta pérdida habría de significarle motivo de grandes amarguras, de inmensas desolaciones, de cruentos pesares.

Solamente retornó a la actividad pública al cabo de diez años, cuando lo eligieron Senador de la República y primer Designado a la Presidencia. La designatura lo convirtió en el acto en jefe de su partido. Presidió el debate electoral que llevó al poder a José Vicente Concha. Ya en la administración anterior había desempeñado por algún tiempo el ministerio de Educación Nacional. Fue entonces cuando pronunció su Oración a Jesucristo, con motivo del primer Congreso Eucarístico de Colombia.

Continuó algunos meses como jefe de la colectividad conservadora; y como miembro de la Comisión encargada de estudiar el Tratado con los Estados Unidos que, como es bien sabido, pondría fin a las diferencias suscitadas por la separación de Panamá. Su invaluable labor en dicha Comisión del Tratado lo destacó bastante, y el presidente Concha lo nombró Ministro de Relaciones Exteriores. En el ejercicio del ministerio Suárez adelantó las bases del arreglo con los Estados Unidos, y firmó con Venezuela y Ecuador respectivos Tratados de Límites.

Había corrido un campo suficiente para que se pensara en él, ahora que se avecinaba un nuevo debate presidencial. Es de advertir que ya se había candidatizado su nombre en mil novecientos nueve, con poca fortuna, pues lo derrotó Ramón González Valencia. De modo que esta candidatura en mil novecientos diez y siete era simple y natural consecuencia de la lógica. Y, triunfando sobre ese otro ilustre colombiano que se llamó para la inmortalidad Guillermo Valencia, Marco Fidel Suárez llegó al solio del Libertador el siete de agosto del año siguiente.

La parábola de su vida quedó así cumplida. De la humilde choza se trasladó al palacio de los presidentes. Y comenzó una admi-

nistración que cubrió todos los campos de la actividad estatal. Algunas obras de su gobierno hay que citar: estableció el telégrafo inalámbrico; creó la escuela de aviación, y reglamentó la profesión de la misma; fundó la fábrica de municiones; nacionalizó el ferrocarril del Pacífico, y dio auge a la construcción de los ferrocarriles del Norte, Sur, Tolima y Puerto Wilches; inició la construcción del Palacio de Justicia, de la Facultad de Medicina, del Laboratorio de Higiene, del Asilo de Locos, del Instituto Técnico Central, del Parque de la Independencia y del muelle de Buenaventura; conmemoró el centenario de la Batalla de Boyacá con solemne esplendor; adelantó tenaz campaña contra las enfermedades tropicales; incrementó la instrucción pública; realizó mecenazgo auténtico para letrados y artistas; recorrió el país de norte a sur y de este a oeste; consiguió la aprobación del Tratado con los Estados Unidos, y no gastó un centavo de los veinticinco millones...! Sobra insistir que por entonces el mundo padeció las consecuencias de la primera guerra; que nuestra economía estaba en ruina; y que todo salía de nuestras propias manos, como por encanto. Por eso es meritoria y excelsa la admirable labor desarrollada por el grande estadista que fue Marco Fidel Suárez, el antiguo campanero del Seminario de Medellín.

Pero nadie está exento de infortunios. La adversidad en todo tiempo y lugar ha sido estrella de los inmortales. Y le llegó implacable a Suárez, cuando todo lo daba por la grandeza de Colombia, batiendo imposibles. Un hijo suyo había viajado a estudiar a los Estados Unidos, donde enfermó gravemente; Suárez no conocía los frutos del ahorro, pues en este campo jamás pudo sembrar; único recurso para salvar el hijo era vender la nómina; así lo hizo; pero infructuosamente, porque era destino que muriese lejos del hogar. Y... quién dijo miedo: fue citado a la Cámara de Representantes, inicuaamente acusado en largas y amargas sesiones, hasta obligarlo al voluntario retiro del mando porque había vendido sus sueldos para salvar una vida: la de su propio hijo; la vida de su único hijo. Y el once de noviembre de mil novecientos veintiuno abandonó la presidencia de Colombia. Sólo cuatro años después, la Cámara lo absolvió y pudo exclamar, resignado: "¡Me volvéis la vida porque me volvéis la honra...!"

Mas, como si poca hubiese sido esta prueba, desapareció también el más amado de los seres: la madre. Y Suárez se retiró definitivamente a su hogar, a rumiar sus penas, y a justificarse ante el tiempo y las generaciones. Escribió una defensa, noble y valerosa. Pero quienes lo acusaron en el recinto parlamentario, robaron de la imprenta los originales. Entonces optó por escribirla de nuevo, y así fueron creándose los admirables "Sueños de Luciano Pulgar". Fueron ciento setenta y tres. Aparecieron de octubre de mil novecientos veintidós a marzo de mil novecientos veintisiete. Ellos fueron admirables; lo declararon con justicia el Cervantes colombiano.

En su retiro fue el Maestro. A él acudieron en busca de luces los expertos de Relaciones Exteriores, pues lo habían designado presidente de la Comisión Asesora; los políticos más destacados, ya que venía siendo el patriarca conservador; los literatos, los pedagogos, los periodistas, los estudiantes, los obreros. En la casa del Camellón de los Carneros se otorgaba consejo y consuelo... Hasta el tres de abril de mil novecientos veintisiete, cuando a las diez y cincuenta minutos de la mañana, expiró estrechando contra su pecho el Cristo que nadie como él ha sabido tan bellamente alabar en la sustancia del verbo.

Oh Suárez: en peregrinación de amor y de férvida admiración hemos venido un puñado de jóvenes a tomar lecciones de humildad y de grandeza, junto a la choza humilde que te vió nacer.

FELIX RUIZ C.

Suárez: tu recuerdo es nuestro guía; al evocarte se despejan los horizontes de la Patria.

Eres norte y faro de Colombia.

ALFONSO CIFUENTES

Suárez: tu gloria perdurará inmortal y auténtica, mientras haya cantores de la Religión y mientras existan modelos acabados de la democracia redentora.

JOSE CLAROS, Pbro.

Suárez: en tu choza se respira la grandeza de la intelectualidad colombiana; si todos los corazones fueran como el tuyo, otra sería la suerte de nuestra querida Patria.

L. TAMAYO

Suárez, Clásico de América

Por Rafael Maya

Para "FUERZAS DE POLICIA"

En Suárez se busca, principalmente, al escritor. Los incidentes de su carrera administrativa están más que juzgados, y la buena o mala calidad de su gobierno es cosa que pertenece al criterio de los políticos profesionales. Siguen debatiéndose algunos aspectos de su carácter, y algunos detalles de su vida, pero aun esto tiene cada vez menos eco y resonancia. Ya poco nos interesa la venta de unos sueldos, y aun parece que esto mismo se ha vuelto en su favor, pues disponiendo del tesoro público, prefirió enajenar sus honorarios para saldar deudas particulares. En todo caso, dentro de algunos años, cuando acabe de serenarse la atmósfera política en torno de su memoria, esta circunstancia se habrá olvidado completamente; si mucho, se leerá como leemos hoy a los historiadores de Julio César, cuando nos hablan de las abrumadoras deudas que pesaban sobre el conquistador de las Galias. ¿Qué sombra arroja esto sobre el estilo en que están escritos los Comentarios? Ninguna. Es un detalle humano que, antes bien, pone de manifiesto la condición flaca y voluptuosa del gran conquistador, acercándolo a los hombres de carne y hueso. Tampoco desdice su valor militar ni de su elegancia mundana el hecho de que lo pinten combatiendo a pie, como cualquier soldado, y siempre en las primeras filas. Al señor Suárez se le hicieron cargos enormes y minúsculas ofensas, como la de decir y afirmar la gente que solía tomar un tren y dirigirse a cierto sitio de la sabana, con el fin de enterrar el dinero ganado en fantásticas especulaciones. Yo escuché la especie muchas veces, y solía comparar semejante adefesio con la vida austera y pobre que el señor Suárez hacía. Eramos vecinos, y solía yo detenerme a conversar con él algunas veces. Por cierto que siempre llevaba en brazos a su nieto, hoy estudiante universitario, y solía colocarse al pie de un esbelto papayo que había en el patio de su casa, en la calle quince, árbol que se divisaba desde la calle y que le daba a ese patio un fresco ambiente santafereño, poco compatible con el ruidoso tranvía que pasaba frente a la casa. Solía encontrarlo también a su salida de la iglesia de La Capuchina, muy a las seis de la mañana, cuando acababa de comulgar y en circunstancias en que los exámenes me obligaban a

desafiar la niebla de esas horas. Por mucho tiempo fue espectáculo diario su figura, y en cierta ocasión, uno de sus mejores amigos, el lamentado Alberto Vélez Calvo, me hizo el favor de presentarme a él. El señor Suárez no recordaba, ¡y qué iba a recordarlo!, que siendo presidente de la república y acabando de llegar yo a la capital colombiana, había ido a visitarlo en compañía del eminente jurista y escritor caucano doctor Adriano Muñoz, entonces consejero de Estado. Por último, le vi muerto. Aquella faz rubicunda de su edad madura se había convertido en una máscara de cera sobre la cual acababa de imprimir cicatrices profundas la garra de la muerte. Así, transfigurado en un despojo de sólo huesos, sin más ligamento que la piel de asceta, abandonó para siempre su modesta casa de la calle quince, de cuyas vecindades no me he movido en mucho tiempo. Después fue segado el memorable papayo, y la residencia sufrió fundamentales reformas. Hoy son muy pocos los que, al pasar por allí, saben que en esa casa habitó y escribió los Sueños don Marco Fidel Suárez.

Pues bien, el público persigue en Suárez al escritor, que era el aspecto sustantivo de su personalidad. El lo sabía, y acaso por eso mismo consumió sus últimos años sin alzar la cabeza de las cuartillas, en una fiebre de producción que causaba asombro, dada la edad en que realizó la obra magna de los Sueños. Porque Suárez sería, a no dudarlo, una de las grandes figuras de nuestra literatura si sólo hubiese dejado su oración sobre Jesucristo, sus estudios gramaticales, sus páginas sobre Zea, Murillo Toro, Carlos Holguín, Núñez; sus discursos sobre el carácter, sobre la lengua castellana, sobre Cuervo, o algunas de esas páginas políticas, tan finas y agudas, que solía publicar en el Diario Oficial, como su elogio de la paciencia. Con eso bastaría para que su nombre se venerase al lado de los Cuervo, Caro y Carrasquilla. Pero las luchas políticas, y el interés, muy razonable, de defenderse personalmente y defender la obra de su gobierno, le llevaron a escribir los Sueños. Y eso arrancó su nombre de la hornacina académica en que había estado hasta entonces, para entregarlo a la popularidad nacional. Naturalmente, esta popularidad, o más bien curiosidad, se limitaba por entonces al fondo político de esos escritos, donde la gente veía retratados de dos rasgos defintivos a personajes de mucha acción entonces, aludidos en forma incisiva otros, vueltos estu- penda caricatura algunos, y no pocos heridos en lo íntimo del alma. Pero aconteció que muchos de esos personajes murieron, o fueron barridos por los sucesos políticos posteriores; otros, caído el gobierno de que eran personajes representativos, entraron en la tiniebla del anonimato, a tiempo que los sucesos

mismos se iban enfriando, como la lava, para no dejar más que ese residuo inofensivo de la anécdota, tan parecido al desperdicio geológico de los volcanes. Y entonces comenzó a destacarse el valor literario e intelectual de la obra del señor Suárez, con independencia de los hechos políticos que inmediatamente la habían generado.

Porque si los doce volúmenes de los sueños no contuviesen más que las quejas políticas y contumelia literaria; si no fuesen más que un archivo de caricaturas humanas y un nido de púas verbales, valdrían, a la verdad, muy poco, o sólo tendrían interés para los políticos profesionales. Pero en medio de toda esa aspereza sembró el señor Suárez, a manos llenas, mucha doctrina filológica, incontables y preciosas enseñanzas de orden internacional, verdades históricas de ejemplaridad siempre oportuna, rasgos puramente literarios de inaudita belleza, divagaciones novelescas llenas de gracia y agilidad, digresiones filosóficas de todo orden, frutos de la propia experiencia, de la lectura de libros, del trato con los hombres; en fin, hizo como el agricultor que, en campo lleno de guijarros y de trozos de vidrio, arroja toda clase de semillas y de pronto ve aparecer las más variadas y peregrinas especies vegetales, alfombrando aquel áspero e ingrato suelo. Esos son los Sueños del señor Suárez. Esquivada la espina, se encuentra la corola riquísima de pétalos; si le hurta y si uno se desentiende un poco, poma fragante, madura en el suelo clásico, bajo el sol de los siglos; si echa a un lado el pormenor personal, ya sin valor histórico, se obtiene la doctrina segura en muchos órdenes del pensamiento; y si uno se desentiende del hombre justamente rencoroso y justicieramente agresivo, se las halla con el grande escritor castellano, que recuerda por igual a Cervantes y a Santa Teresa, pues poseyendo la infinita gracia del uno, no desdeña la inverosímil naturalidad de la otra.

Lo que constituye un problema al estudiar al señor Suárez es la imposible compaginación de su carácter y de su estilo. El hombre era una cosa; el escritor otra perfectamente distinta. No había en él, como en Cervantes, esa perfecta unidad entre el temperamento y la pluma. Cervantes, a pesar de lo azaroso y mezquino de su existencia, conservó siempre inalterable el buen humor, e hizo de las miserias cotidianas pajaritas de papel que se levantaban al soplo de la desgracia. Lo que hay de inmortal en Cervantes es esa divina ecuanimidad ante la vida y ante los hombres, ecuanimidad que apenas se desvía un poco en el sentido de la ironía y de la sátira. Suárez, muy sensible ante la vida a causa de sus precarias condiciones de linaje, ele-

vado a puesto de máximo honor, fue siempre un resentido en toda la amplitud del término, y trocó en amargura y humorismo los zumos vitales que, en Cervantes, son como la espuma, ligeramente amarga, de una sonrisa desengañada, pero no rencorosa. Mas todo esto es anécdota e irá quedando en la sombra a medida que la memoria de Suárez entre en esa zona alta del tiempo a donde no llegan los soplos de la tierra, sino el aura apacible de las regiones inmortales.

Fuerza es convenir en que Suárez se salvó sólo por la gracia maravillosa de su estilo. Me parece que fue hombre de escaso caudal de ideas, o que, comparado con algunos de sus contemporáneos, como Caro, se echa de ver la parquedad de su acervo ideológico. Claro es que no me refiero a la abuncia de ciertos conocimientos como los históricos y gramaticales, que al fin y al cabo son obra de erudición, y que en Suárez aparecen abundantísimos, perfectamente asimilados, y en ocasiones reforzados con consideraciones originales de mucho alcance. Me refiero a ese poder creador, independiente de la erudición o de los conocimientos científicos, que tienen ciertas inteligencias dotadas de gran capacidad filosófica, y que las habilita para las vastas abstracciones, para los más complejos procesos inductivos, o para encontrar fácilmente la relación de unas ideas con otras, o remontarse con rápido vuelo a las causas y orígenes de las cosas. Es lo que se advierte en Caro, por ejemplo, de cuyos escritos hay siempre más cabida para la especulación original que para la divulgación erudita. Y es que, a lo que se me alcanza, y dicho sea con toda la timidez del caso, me parece que el talento filosófico fue una de las facultades más endeblés en el señor Suárez, al contrario de lo que acontecía con el traductor de Virgilio. En cambio, tuvo el clásico de los Sueños, muy desarrollado, lo que podríamos llamar talento histórico, consistente en una genial capacidad para juzgar los hechos humanos, sacar de ellos consecuencias y deducciones de aplicación inmediata, valorarlos a la luz de la moral o de la religión, y convertirlos en cosa viva, en entraña misma de la historia. Pero en el terreno de las ideas puras, en el campo de la abstracción especulativa, era el señor Suárez bien endeble. Su misma oración sobre Jesucristo, consumada desde el punto de vista literario, perfecta en cuanto a corrección literaria, admirable como creación de estilo, es débil desde el punto de vista de la crítica filosófica o religiosa, o, por lo menos, no va más allá de lo que puede leerse en cualquier buen expositor católico de la vida de Cristo. ¡Pero cuánta tersura, cuánta delicadeza, cuánta poesía en esa página incomparable! Hay allí párrafos que parecen propiamente de

Fray Luis de León. Mejor diríamos, una poesía del cantor agustino, diluída en la más pulcra y armoniosa de las prosas. Valga este ejemplo:

“El caminante que anda por las sendas de nuestras montañas, madruga a veces en medio de espléndida noche, y al levantar los ojos, siente ante su nada y ante la inmensidad de los cielos y ante los arcanos del tiempo, melancólicas fruiciones en que se mezcla el silencio que suena en sus oídos y los destellos de aquellos piélagos de lumbre. Entonces si de aquella contemplación lo sacan el orto y el ascenso de la refulgente estrella del Pastor, puede recordar a Cristo, que también supera en luz a todo el universo de los seres, y que dijo de sí: “Yo soy la raíz y el linaje de David. Yo soy la estrella resplandeciente de la mañana”.

¿Quién no percibe aquí un eco clarísimo de la Noche serena de Fray Luis de León?

Respecto de ciertos secretos del estilo del señor Suárez, oigamos lo que dice un crítico tan autorizado como Monseñor Carrasquilla:

“En un artículo sobre prosodia castellana, que publiqué hace años, escribí lo siguiente: En el incomparable discurso sobre Jesucristo, dice don Marco Fidel Suárez, hablando de San Francisco Javier: —Mucho tiempo después, al pasar los marinos de Inglaterra frente al promontorio donde murió aquel héroe, detenían sus navíos, y hacían resonar las soledades del mar de la India, saludando a Javier con los honores de almirante—. Dígase ‘muchos años después’, ‘por la isla donde murió’, ‘saludando al misionero con los honores navales’, y el magnífico período habría perdido mucho de su grandiosa sonoridad. Y si mudamos la frase ‘detenían sus navíos’, cuya suavidad contrasta con lo anterior y lo siguiente, diciendo, verbigracia, ‘paraban sus naves’, le habremos quitado el primor exquisito al paisaje”.

Ante todo, se ha dicho que el señor Suárez fue un clásico. El público otorga este título a quienes escriben en forma magistral, y eso está bien. Pero yo me pregunto si el concepto de clásico puede extenderse universalmente a todos los grandes escritores del mundo, dentro de cierta unidad de caracteres, o si, por el contrario, cada pueblo imprime un sello especial a la idea de lo clásico, o cada siglo posee un clasicismo distinto. Yo sé que son igualmente clásicos Cervantes, en España; Shakespeare, en Inglaterra; Racine, en Francia, y Dante, en Italia; pero, ¡cuánta diferencia entre estos genios! ¿Qué es lo que tienen los cuatro de clásicos? ¿Bajo qué concepto aparecen unidos caracteres mentales tan opuestos? ¿Será sim-

escritores colombianos, entendiéndose que se trata sólo de aquellos que puedan hombrearse con el autor de los Sueños? A mi entender, en varios y contradictorios caracteres. Aclaro, una vez más, que no me refiero a las condiciones de corrección gramatical, de propiedad idiomática, pues en esto todos los buenos escritores se parecen, desde luego que son unas mismas las doctrinas científicas que acatan sobre la materia. Pero en cuanto a las condiciones estéticas del estilo, ya la cuestión es diferente, pues aquí prevalece un elemento personal por encima de los cánones impuestos. El estilo del señor Suárez es la llaneza misma, junto con la gracia más ágil que pueda imaginarse, y sin que esto le impida elevarse en ocasiones a cumbres airoas del pensamiento, o alcanzar momentos de intensidad expresiva sorprendente.

Esto de la llaneza es aparentemente simple, pero muy complicado en el fondo. La llaneza no es la simplicidad, ni en el sentido elemental de la frase, ni el lugar común, ni el ponerse al alcance del vulgo por lo trivial de las ideas o del lenguaje. Es todo lo contrario. La llaneza, en el orden literario, equivale a la bondad en el campo de la moral. No son buenos ni el rústico ni el tonto, por más que lo parezcan, sino el hombre de recias disciplinas, que ha vencido completamente al hombre viejo, de que habla San Pablo, y se ha revestido de Cristo. A la verdadera bondad sólo se llega después de muchos sacrificios, sobre todo del sacrificio del egoísmo. Comprendo que hay gentes naturalmente buenas, pero el término suele tomarse entonces en sentido social; penetrando en el fondo de aquellas conciencias, suelen hallarse monstruosas aberraciones. También acontece que existen escritores naturalmente llanos, pero éstos son generalmente los ignorantes, los hombres de escasa cultura, los "primarios" irresponsables. Pero la otra llaneza, la de Suárez, es fruto complicado de mucho estudio, de mucha disciplina, de mucha reflexión, y a ella sólo se llega después de haber limpiado el pensamiento de excesos y redundancias, y de haber luchado con el lenguaje para extraer de él únicamente las fórmulas de mayor poder expresivo. Así se llega a la consumada llaneza del señor Suárez.

Pero la llaneza necesita un complemento indispensable para no degenerar en la simple salmodia discursiva, o en el canto llano gramatical. Es la gracia. La gracia imprime movimiento a la naturalidad, y hace profundamente expresiva la sencillez. Es la sal que se le vierte al cantor para quitarle su inevitable aire de tontería. Si el estilo del señor Suárez no

poseyera este condimento espiritual, sería insípido. La gracia es su razón estética de ser. No sólo aquella que se traduce en gracejo, chiste o ironía, como pudiera pensarse a primera vista, sino aquella otra que depende del giro mismo del pensamiento, o del modo especial de considerar las cosas. Por esta razón el estilo del señor Suárez no deja sensación de cosa herrumbosa, sino de materia pulimentada y brillante. Siempre es nuevo, como la verdad y como la vida. Se le lee como se le leyó ayer, con idéntico deleite. Puede ser que algunas de sus ideas no llamen la atención, o que no pocas de sus apreciaciones aparezcan como trasnochadas; pero de lo que sí hay seguridad completa es de que el giro artístico en que vertió esos pensamientos conservará siempre su vitalidad literaria, exactamente como acontece con algunas danzas orientales o paganas, que no obstante haber perdido por completo su significación litúrgica, siguen cautivando la imaginación nada más que por la expresión rítmica de los movimientos.

Lo que no le impide al señor Suárez elevarse, en ocasiones, a esferas de sublime contemplación; pero aun en este caso, su estilo permanece idéntico a sí mismo, sin encrepamientos ni raudos despliegues verbales. Es llano en la esfera de lo habitual, como lo es en las altas zonas de lo sublime, sin degenerar nunca en el énfasis retórico. Acontece, por el contrario, que un artista muy consciente de su técnica, como lo fue el señor Suárez, suele extremar la sencillez en los momentos más patéticos de la emoción, para que ésta aparezca desnuda, sin el auxilio de la hinchazón oratoria a que suelen apelar otros escritores para dar la sensación del arrebató o del arranque lírico. El señor Suárez no produce nunca de esa manera. A medida que se inspira, su lenguaje, como el aire de las alturas, se enrarece, es decir, va perdiendo densidad idiomática, hasta convertirse en una especie de exhalación interior. En otras ocasiones, a la inversa, recarga el escritor intencionalmente el sentido de las frases, agrupa elementos, sobrepone giros, con el objeto de lograr un efecto expresivo de máxima intensidad. Pero siempre sin mengua de eso que hemos considerado como la cualidad esencial de su estilo: la llaneza. A este último se acoge cuando necesita dejar bien grabada en el ánimo de los lectores una circunstancia particular, ya se trate de una sentencia, de una caricatura verbal, o de un paisaje. Cito este maravilloso párrafo del Sueño de Blas Gil y el Moro, que dice:

“La tarde del 3 de enero de 1901 fue una de las más despedadas que se ven en la provincia de Tequendama, región que

corre desde la encumbrada corniza en que descansa la Sabana de Bogotá, por una de cuyas abras da el río Funza el salto audaz que es maravilla del globo, hasta donde el Magdalena lame las tierras ardientes de sus vegas. Bella fue esa tarde, tendida como palio de luz y zafiro sobre pliegues de vegetación, en que se dilataba la vista, pasando de las sombras de las cañadas a las cumbres iluminadas de los montes, del verde amarillo de los cañaduzales al verdinegro de los plantíos de café, del pajizo de los potreros y del color franco de la vegetación más cercana, al azul vaporoso de las cordilleras más distantes. Cerraba este cuadro por el oeste de la cordillera del Quindío, confundiendo sus cumbres con los campos del cielo, o velándolas con los vapores del Tolima y del Santa Isabel, o dejando ver más allá de sus perfiles nubes guarnecidas de fuego, oro y rosa, flotantes sobre los valles del Cauca. Al caer de aquella tarde, y al compás que ella entraba en el ocaso, iba la noche subiendo por el oriente, y ostentando sobre sus crespones el diamante solitario de la estrella Sirio, y las siete luces de Orión, de aquel Orión que es la joya más espléndida con que se adorna la hija del Caos, madre del Sueño y del Olvido. Podía pues decirse que en esta tarde del 3 de enero de 1901 habían entrado en competencia los horizontes de los Andes y los de Úrano a conmover a los espectadores con las aspiraciones y recuerdos que se sienten delante de las lejanías de la tierra o de las profundidades estrelladas de los cielos”.

Esto es sublime, y para aquilatar la perfecta belleza de semejante descripción, basta leer, en el capítulo VII de la perfecta casada, de fray Luis de León, una pintura del amanecer que hay allí, para que después se diga qué es preferible: si este crepúsculo del señor Suárez, o la aurora del incomparable agustino. Creo que el lector permanecerá indeciso, como los poetas o como los pintores, entre la grandeza de dos espectáculos igualmente arrobadores y espléndidos.

Perteneció el señor Suárez a una especie de hombre cuyo tipo tiende a desaparecer en el país. Este tipo fue el de sujetos a quienes importaba, sobre todo, poseer una filosofía y un credo religioso, antes que conocimientos de otra índole. Necesitaban ellos estructurarse mental y moralmente, para entrar en los dominios de la ciencia, de la política o de la literatura. De allí que esa generación hubiese poseído hombres de una sola pieza, tanto en sus convicciones políticas como en sus predilecciones literarias. No estaban a merced de las novedades, ni del éxito del momento, sino que fortalecidos en su convicción, que para ellos representaba frecuentemente la filosofía de su pro-

pia existencia, juzgaban las cosas en ocasiones dogmáticamente, pero con absoluta sinceridad e ilustrándolas con toda clase de argumentaciones válidas. Podemos no estar de acuerdo con algunos asertos literarios de Caro, por ejemplo, pero no por eso se dejan de leer con sumo agrado y con sumo provecho los escritos en que sostiene puntos de vista que no pueden ser los nuestros. Pues otro tanto acontece con el señor Suárez. Se discrepa de él en ocasiones, pero se admira el caudal de erudición y la ciencia con que sostiene sus tesis. No sucede lo mismo con hombres que suelen mirar las cosas desde puntos de vista relativos y que, por consiguiente, no se creen obligados a ilustrar y fundamentar sus creencias. ¿Para qué acopiar pruebas, y acudir a los vastos campos de la erudición histórica o filosófica, si lo que hoy se afirma mañana puede ser negado, y si un capricho de la persona o un ligero cambio de los acontecimientos pueden desviar completamente el juicio por cauces nuevos e inesperados? A la verdad, es esto lo que se advierte en conciencias y criterios desprovistos de esa formación filosófica y moral que producen las grandes e incontrastables convicciones. En el señor Suárez se advierte lo contrario. Como crítico literario, sus ideas descansan en sus profundas convicciones de humanista, de clásico, y cuando puede aplicarlas en toda su extensión a un escritor que las representa auténticamente, realiza estudios tan magistrales como el que consagró a Caro. Como historiador, cree en el gobierno providencial de los sucesos, y en la irrevocable autoridad de las causas morales; y entonces traza páginas magistrales como sus estudios sobre Núñez y Holguín, sobre Juan del Corral o Francisco Antonio Zea. Como político, sostiene la absoluta dependencia que esta ciencia debe tener con la ética cristiana, y redacta los admirables documentos que, bien como jefe de un partido político, y como presidente de la república, o como simple ciudadano encargado de vindicar el buen nombre de su administración, escribe a diario, con pluma en que a la claridad de Balmes se juntan la sabiduría política de un Saavedra Fajardo o de un Donoso Cortés, y en ocasiones el esguince mordaz de un Quevedo. Hay, además, la circunstancia de que, en el señor Suárez, como en todos los grandes escritores, unas facultades les prestan ayuda a las otras, y los recursos de una ciencia se ponen al servicio de otra cualquiera de las disciplinas de la inteligencia. Lo que el señor Suárez no alcanza a comprender mediante la experiencia personal, lo deduce de los datos de la psicología general y de las enseñanzas de la historia. Por eso acude frecuentemente a los dictámenes de la conciencia o al veredicto de los siglos. El escritor político se siente auxiliado

a cada paso por el teólogo y el moralista. Al historiador apoyan el filósofo y erudito. Al lado del crítico literario se hallan siempre el filósofo, el gramático y el estilista. Para fundamentar las efusiones del místico o del escritor religioso, acuden el teólogo y el exégeta, y así sucesivamente, de manera que cada página del señor Suárez viene a ser como una síntesis de los más variados y profundos conocimientos.

Pero hubo en el señor Suárez un aspecto dominante de su inteligencia, una actividad casi exclusiva de su conciencia de hombre y de escritor, y fue la literatura religiosa. El señor Suárez es, por definición, un escritor religioso. Urge aquí aclarar un poco este término. No fue propiamente un polemista católico, en el sentido de la controversia, pues casi nunca anduvo enredado en cuestiones de este orden, habiéndose limitado a la exposición de puntos de doctrina o de moral. No tuvo, pues, punto de contacto con los dos mayores controversistas católicos que ha tenido el país, y que fueron don José Joaquín Ortiz y don José Manuel Groot. Sólo en uno de los Sueños, en el de Renán, se lanza abiertamente a la polémica, y eso contra un enemigo histórico, no real. Ortiz y Groot si fueron hombres de lucha diaria en el estadio de la discusión religiosa. El primero en sus célebres Cartas de un sacerdote católico, en que se enfrentó a uno de los más aguerridos polígrafos de la época, hombre de acción parlamentaria, de inagotable elocuencia, poeta y dramaturgo. Me he referido a don José María Samper. El otro, mejor equipado que Ortiz en cuanto a conocimientos científicos, y dueño de una de las más grandes erudiciones en materia religiosa que ha conocido el país, refutó a Renán, y sentó sobre el famoso heresiarca francés principios críticos que después han sido confirmados unánimemente aun por los historiadores compatriotas de Renán. El señor Groot calificó al autor de la Vida de Jesús de simple novelista impío, y hoy ni librepensadores de bajo fondo se atreven a citar a Renán como autoridad en asuntos bíblicos. Se le tiene, eso sí, por el más puro de los estilistas franceses.

El señor Suárez no fue, pues, ni polemista religioso ni controversista católico, quizás por no haber tenido ocasión para ello, ya que los tiempos en que actuó fueron de aceptación plena de los postulados católicos, tanto en la vida privada de los ciudadanos como en la pública de la nación. Hubiera alcanzado tiempos de efectiva persecución religiosa, como los que vieron combatir a los dos próceres antes nombrados, y entonces la Iglesia de Cristo habría tenido en él a un confesor integérrimo, y probablemente a un mártir, pues su fe reclama

la prueba del hierro y de la afrenta, para salir victoriosa. A falta del sacrificio efectivo de su vida, dedicóse con ardor apostólico a la exposición de doctrinas religiosas, y a la siempre hermosa y oportuna literatura apologética, en la cual dejó páginas que Ernesto Hello hubiera agregado a sus *Vidas de Santos*.

Su oración sobre Jesucristo es la obra más pulcra que salió de su pluma; pero al lado de ella hay otras que resisten la comparación con esa deslumbrante pieza literaria. Sólo que permanecen medio olvidadas, pues les ha sucedido lo que al agua que salta entre mármoles, y es que el prodigio de la piedra ornamental hace olvidar el fresco milagro de los cristales que se rompen con música siempre nueva. Las solemnidades del primer Congreso Eucarístico celebrado en Colombia le han dado a ese discurso un relieve inmortal. Sin embargo, la oración sobre San Francisco de Asís, y la pronunciada en el Colegio de San Bartolomé con ocasión del Congreso Mariano, merecían también hallarse esculpidas en láminas de oro y colocadas en el interior de la Basílica. En la primera hay párrafos que podrían ir engastados en la oración sobre Jesucristo. Este, por ejemplo:

“Obra como esta, de tamaño infinito, y de capacidad inmensa, la consumó ya el Señor; pero al mismo tiempo la prosigue por medio de una facultad propia de su omnipotencia y que consiste en ir suscitando sin cesar imitadores suyos. Los humanos se llevan al sepulcro su genio, su esfuerzo y todo lo personal de su existencia; sus proezas se desvanecen así, su gloria se trueca literalmente en puñados de cenizas, y todo su poder viene a caber en una estrecha fosa. A nadie sino a la muerte pasa la gloria mundana, aunque ésta trate de sobornar a la memoria para que la proteja; a ninguno sino a los gusanos se transmite el legado de los llamados inmortales, cuyas obras de inteligencia y de valor se convierten en alimento de aquellas larvas. Pero Dios Hombre sí tiene la virtud de sus atributos, sus obras, sus milagros, su evangelio de verdad y de justicia; eso no se eclipsa, ni se destiñe, ni se desvanece, ni se confedera con la ignorancia y la pasión, sino que forma un patrimonio inmarcesible en manos de Jesús y de las obras de sus discípulos. Ellos, al cabo de los siglos, hacen resonar el órgano de la redención con voces que nunca se amortiguan, con armonías que jamás se apagan, a los pies de la santidad personificada, y ante los ojos que envuelven en luz el universo”.

El otro discurso, que se halla inserto en el llamado Sueño de Chiquinquirá, el cual figura en el tomo undécimo de los

Sueños, donde puede verse asimismo el discurso sobre San Francisco de Asís, es página maestra de la literatura piadosa, como raramente se encuentra en los místicos españoles, a causa de sus condiciones de unción religiosa, ternura humana y fervor místico. En la clásica obra de San Alfonso de Liguorio sobre la Virgen no hay capítulos que superen al escrito del señor Suárez, ni aun los más fervorosos. Ignoro si el señor Suárez conoció la admirable obra de Grignon de Montfort sobre la devoción mariana, obra de insondable profundidad y de verdadero aliento profético, que es el más grande y hermoso diamante en que puede posar la planta la Corredentora del género humano; pero si el señor Suárez no conoció esa obra, cuya divulgación universal es cosa de nuestros días, sí coincidió con el venerable tratadista en efectos e ideas, en lo concerniente al culto mariano. El discurso del señor Suárez tiene como objeto a la Virgen de Chiquinquirá. Transcribo algunas ideas:

“El cuadro no es del pincel de Rafael, ni recibió la inspiración de Murillo; no cruzó el mar para venir al Nuevo Mundo desde alguna ciudad europea, nodriza de las artes; lo ejecutó un aficionado, cuyo nombre apenas se recuerda, valiéndose de un lienzo tejido por mano indígena, que talvez temblaría al recuerdo de la reciente conquista; y lo pintó no con artística paleta, sino con tierras del campo, mezcladas con zumo de hierbas y flores”.

Realmente, es imposible transcribir más, pues el discurso tiene tal unidad que darlo en fragmentos sería como rasgar un manto de seda para mostrar la calidad preciosa del tejido. A esta página sólo le falta la rima para que se convierta en uno de los más hermosos poemas escritos en castellano en honor de la Virgen. Sería de desear que se hiciese con ella el trabajo de versificación que realizó Caro en el elogio de la edad de oro, que figura en el Quijote. De este modo se comprobaría, como ya lo hizo el gran humanista bogotano respecto de Cervantes, cuántos y muy aprovechables elementos poéticos hay en la prosa del señor Suárez, no sólo en el orden de las ideas o imágenes, sino en el del propio ritmo y número de la prosa, la cual puede transformarse fácilmente en versos, con ligeras alteraciones y cambios convenientes.

Al congreso nacional fue presentado un proyecto de ley sobre erección de una estatua al señor Suárez. Ignoro qué suerte haya corrido, o corra en los próximos debates. El nombre del señor Suárez es todavía, para muchos, piedra de contradicción, y en torno suyo no se han acallado los odios ni las

enemistades. Probablemente sucederá con este hombre lo que estamos presenciado con Núñez: un debate permanente sobre su obra y su persona. Además, los Sueños, cuya difusión se hace cada día más extensa, serán los mismos encargados de renovar los ataques a la memoria del señor Suárez, puesto que hay en ellos acusaciones y sarcasmos de esos que no pasan, y que cada generación va recogiendo, bien para aplaudirlos o bien para vengarlos en la gloria y en el renombre del autor. Pero si existe una zona neutral en la que es necesario que se junten amigos y enemigos, correligionarios y adversarios políticos, para verificar un gran acto de desagravio al señor Suárez. Ni en el campo internacional ni en el de la literatura puede tener el señor Suárez opositores, puesto que mirar con desvío la obra realizada por él en esas dos actividades, implicaría casi una traición a la república. El señor Suárez fue internacionalista de larga y segura visión, y la actual política exterior de la nación no es más que un desarrollo de sus doctrinas. Como escritor, colocó en sitio de honor el nombre de Colombia, enalteció a la América Latina, y fue un verdadero e ilustrado paladín de la hispanidad. Glorifiquemos, pues, al internacionalista y al escritor clásico, colocando su estatua frente al nuevo palacio de las relaciones exteriores. El señor Suárez fue, sin duda, una de esas víctimas escogidas por la Providencia para castigar las culpas de todo un pueblo. Cúpole, en cierto modo, el más glorioso de los sacrificios: aplacar, en su persona, cóleras y castigos de que habrían sido víctimas muchos de sus conciudadanos, a no haber existido el justo que salda siempre las cuentas pendientes con Dios y con la historia. Necesario, pues, que el varón escogido precisamente a causa de su inocencia y de sus méritos, según los misteriosos planes de la economía divina, reciba ahora la parte de gloria terrena que le corresponde, para que acá abajo la historia quede satisfecha, la justicia social reparada, y los partidos políticos exonerados de una culpa que probablemente ha impedido que marchen con más libertad por los caminos del progreso.

Nada degrada tanto al hombre como la falta de energía intelectual precisamente porque lo despoja de su carácter más profundo. La antigua sabiduría, por boca de Aristóteles, enseñó que el hombre era un dios mortal nacido para el pensamiento; y la moderna, por boca de Pascal, ha dicho que el hombre es una débil caña, pero una caña que piensa. La carencia de energía mental acarrea la pérdida de aquello que realza a ese dios mortal y ennoblece a esa débil caña.

MARCO FIDEL SUAREZ

En la Muerte de un Prócer

Por Ismael Enrique Arciniegas

La noticia de la muerte del señor Suárez conmoverá a toda la nación.

Es altísima columna que se desploma con estrépito; es luminoso fanal que se extingue, después de haber alumbrado, en larga jornada, el derrotero de una gran colectividad política.

Su cuerpo, fatigado por los años y por decepciones y sufrimientos, va a dormir en su lecho de tierra, bajo la cruz que fue consuelo y esperanza de su corazón en el vencimiento y en el infortunio. Su espíritu, que era luz excelsa, va a fundirse para siempre en la luz indeficiente.

Surgió de la democracia, la que ha dado nuestros grandes pensadores, guerreros de renombre, conductores de partidos y elocuentes tribunos; y en ascenso firme fue a la cima, por escala de merecimientos y entre el respeto y la admiración de sus compatriotas. Oyó los aplausos y homenajes que se tributan a la inteligencia; vio ensalzado su nombre, extendida su fama más allá de las fronteras patrias, presidió Academias, fue sabiduría y consejo acatados, conoció la excelsitud del poder, todo lo que es altura terrena, y no sintió nunca el deslumbramiento de la soberbia. Para él todo eso era vanidad de vanidades, polvo que iría al polvo.

“No serás más porque te alaben ni menos porque te vituperen”, decía con Kempis, en días de triunfo o en horas de angustia moral.

Muertos Groot y Ortiz, los reemplazó en la prensa como polemista católico. Por el estilo, por la firmeza de sus creencias, fue el Veuillot colombiano. No se avergonzó

de Dios ante los hombres. Dios no se avergonzará tampoco de él.

Su pluma desató cóleras. Sus polémicas llevaron su nombre a todas partes, aclamado por unos, vilipendiado por otros. Despertó iras, pero en el campo contrario no se dudó nunca de su sinceridad.

Era un convencido. Ni cedió, ni transigió. Y guiado por su convicción inquebrantable fue sin vacilar, en línea recta, hacia su ideal político y hacia su ideal religioso. Ambas inspiraciones se confundieron siempre en una sola, en su espíritu de creyente y en su pluma de miembro batallador de un partido.

Rayó a grande altura como escritor. Su erudición era pasmosa. Ningún libro de los clásicos españoles tuvo página desconocida para él. Su prosa, macisa, serena, era como caudal de aguas profundas: tenía la majestad de las cosas grandes. Su estilo, con la palabra siempre precisa, con el adjetivo siempre exacto, era diáfano, sin que languideciera nunca en nota inarmónica. Ampulosidad, jamás. Siempre sencillez, elegancia y pureza. Y el razonamiento, por su fuerza convincente iba a la par con el atavío severo y espléndido.

Página más bella no se ha escrito que su “Oración a Jesucristo”. Habrá otras iguales en cadencia, en condensación de pensamientos altos, en elación mística. Pero superiores no. Toda la galanura del decir en nuestra lengua, la de los Luises, la de Santa Teresa, la de los arrobos de los solitarios ante el altar, es música en esos períodos en donde parece que canta algo etéreo y ultraterreno.

Religión y Patria fueron deidades de su vida. Para ambas eran sus horas de contemplación silenciosa. Y para una y otra, ligadas idealmente a su credo político, fue su diario batallar.

La patria no tenía linderos en selvas inmensas y desconocidas. Quiso fijarlos, como valla infranqueable a la codicia, como muros eternos de la heredad que se nos dio en patrimonio. Y con tesón, descontando sueño a sus noches y reposo a sus días, anheló que al cerrar los ojos se cerrara también la era de nuestras disputas internacionales. Su obra en ese campo queda inconclusa, pero no por flaqueza en su ánimo sino por extrañas flaquezas.

Ante lo inevitable después del despojo, ante la violencia del fuerte sobre el débil,

luchó también con todo el entusiasmo de su espíritu de combate. Desmembrada la República quiso reparación amplia por la ofensa inmerecida. Y si en el pacto legitimado por la fuerza puso su firma, no dejó con ella ni sus convicciones ni su entereza de patriota.

El poder fue para él Calvario. Ante la división de su partido, que para juntarse en un solo campamento insinuaba su retiro, volvió tranquilo a su hogar, a sus libros, a su vida de solitario.

Que duerma en paz el gran luchador.

Que el rumor de las tormentas que estallaron sobre él, se extinga para siempre en torno de su sepulcro. Fue un convencido, un patriota eximio, un colombiano ilustre y eminente, una verdadera gloria nacional.

Dos cualidades principales son necesarias para el adelanto de los estudios; la atención y la constancia; y ambas no son otra cosa que manifestaciones de la energía de carácter.

MARCO FIDEL SUAREZ

* * *

Y si lo más esencial del alma es el pensar; si la diferencia exterior del hombre no es la risa ni las lágrimas, sino la palabra; si los pueblos no acaban sino cuando su lengua acaba, podemos decir que el pensamiento es el alma, la palabra es el hombre y la lengua es la patria.

MARCO FIDEL SUAREZ

* * *

Los árabes, aun antes de formar una gran nación, ponían particular cuidado a dos cosas, que eran sus caballos y su lengua. Como Malherbe, ya casi moribundo, se entretuviese en el examen de una palabra, y su confesor le exhortase a pensar en cosas serias, el grande humanista dizque le replicó que nada más serio que la pureza del idioma: exageración de una verdad. Pero todo lo anterior es poco en favor de las humanidades, si consideramos que el Antiguo Testamento se cierra con un pensamiento que no es otra cosa que una regla literaria.

MARCO FIDEL SUAREZ

JESUCRISTO

Por Marco Fidel Suárez

La persona de Jesucristo, Dios y hombre, se presenta de tal modo a la inteligencia humana, que la satisface y sosiega. Desde que nuestra mente medita en la deidad, la percibe como grandeza soberana, esto es, como sér infinito, porque según la expresión de Fray Luis de Granada, nada hay grande si tiene límites. La divinidad de Cristo sacía así nuestros más hondos anhelos; y al mismo tiempo su naturaleza humana, a la cual se une el sér infinito, concreta esta idea agobiadora en un hombre más levantado en perfecciones que todas las criaturas, en un hombre que es nuestro hermano y nuestro amigo, a quien podemos hablar y de quien podemos esperar, no frívolos favores, sino beneficios de bien incomparable.

Del mismo modo, la persona de Jesucristo armoniza con nuestro corazón y con sus aspiraciones y necesidades. El distintivo de nuestro ánimo son las tres pasiones de que habló el apóstol del amor divino cuando dijo que en el mundo es todo concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida. La conciencia propia y el trato con nuestros semejantes nos dicen que efectivamente la vida es una feria donde de ordinario se piensa y se obra al impulso del amor de los deleites, del amor al dinero con que aquellas se obtienen y del orgullo o prurito de superioridad.

A poco que se medita en estos tres estímulos se reconocen que ellos son desordenados, pues el placer no puede ser fin de nuestra actividad, una vez que aumentado indefinidamente daña la naturaleza; ni el oro es un bien cuando sobrepuja a la satisfacción de nuestras necesidades; ni la soberbia puede jamás justificarse puesto que se opone a la igualdad esencial de las almas.

Jesucristo en su nacimiento, en su vida y en su muerte, es el contraste de aquellos tres desórdenes. Varón de dolores, él lo fue desde que empezó a respirar en su pesebre desmantelado y frío hasta que expiró en una cruz, sufriendo todas las penas, excepto el remordimiento. Su pobreza fue tal, que viviendo de su trabajo de obrero o de las tareas de su predicación, careció de cuna, de techo, de mortaja y de sepulcro. Manso y humilde de corazón, se anonadó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte, de esclavo.

De suerte que la vida de Jesús es un tejido de austeridades, privaciones y abatimientos, con los cuales acude como maestro

y redentor a vencer la soberanía, la codicia y la concupiscencia de los mortales, brillando así su sér divino aun en medio de aquellos sacrificios, pues cuando ayuna en el desierto los ángeles le sirven; cuando crusa los caminos de su patria, sin más bienes que una túnica, alimenta con unos pocos panes a millares de hombres, y cuando expira entre malhechores la tierra tiembla y los astros se oscurecen.

Esas virtudes de Jesucristo purifican y enaltecen la naturaleza humana. En primer lugar la austeridad de Nuestro Señor exalta el dolor, que no siempre es un mal, sino un grande elemento en la vida. La placidez del ánimo y el contento que lo posee cuando sus actos son ordenados, son un mal cuando no corresponden a ese orden; y el sufrimiento, o sea la victoria de la voluntad sobre el dolor, es fuego que temple y crisol que purifica. El martirio, que es un dolor heroico al servicio de la verdad o la justicia, es fecundo en dicha porque produce gloria. Cristo, rey de los mártires, es modelo y causa de magnanimidad, de eso que hoy se llama elevación de carácter. Al someterse el Dios hombre a la muerte, nos dio de ella la verdadera idea, presentándola como el fin de una existencia preparatoria y como la puerta que da entrada a la inmortalidad; nos enseñó también a vencer esa cruel enemiga, pues cuando ella sume en la fosa de un sepulcro nuestra dicha, entonces él nos levanta el corazón, recordándonos que es muerte de la muerte y que San Pablo le llama el Dios de la esperanza; y nos enseñó asimismo a recibirla y soportarle y a beber su amargo cáliz, verificando el poema sublime que comienza: "Ven, muerte, tan escondida", como cuando el padre Francisco Suárez, acabó diciendo: "¡Oh, qué dulce es morir!"

En segundo lugar, la humildad de Cristo engrandece a sus imitadores, pues al propio tiempo que ellos se tienen en nada y menos que nada cuando se compara con aquel modelo infinito, resultan grandes por su conformidad con la voluntad divina, es decir, por la obediencia a la ley de Cristo y por el cumplimiento del deber. Quién más humilde que Pablo, siervo de sus hermanos y obediente en las cadenas? Y sin embargo, aquel vaso de elección puesto por el cielo para evangelizar el paganismo, al someter éste a la gloria de Dios, conquista para sí inmortal corona. Quién más pequeño que Francisco, obligando al hermano a que le huelle la cerviz? Y no obstante, aquel pobre prodigioso granjea tanto mérito al moralizar y convertir generaciones depravadas, que todos le enaltecen como serafín humanado y bienhechor de nuestra especie.

Jesús, enseñando la humildad, rectificó la idea de la gloria. Esta es idolatría cuando tiene por fin al mismo individuo y cuando hace nacer en los otros la adulación y la lisonja, y en-

tonces produce sin falta una reacción de abatimiento, sacando verdadero el oráculo divino: "Quien se ensalza se humilla". Pero cuando el cristiano, apartando los ojos de su nada, los eleva al Dios de la majestad, único objeto digno de adoración y rendimiento; cuando pone por fin de sus esfuerzos la gloria del Creador, cual lo hizo el gran capitán de la Compañía de Cristo, entonces, a vueltas de esta gloria, le viene a él mismo, sin quererlo y sin buscarlo, la honra de poderse llamar hombre de Cristo y su fiel discípulo.

Finalmente, la pobreza de aquel que fue más pobre que las aves del cielo, educa al hombre haciéndole ver las riquezas como ídolos indignos de sus desvelos; pero al mismo tiempo ese despojo voluntario enriquece al individuo, pues le da los medios de servir a la sociedad de sus hermanos. Por eso la pobreza del evangelio ha sido desde el principio fuente de civilización material, prolongando los últimos tiempos del imperio degenerado, puliendo y enseñando a los bárbaros que bajaban de Escandinavia o de las llanuras del Ponto, sacando a la cultura los pantanos de Germania, conquistando y colonizando las tierras del nuevo mundo, y hoy mismo proveyendo a las necesidades sociales por medio de La Salle o de Don Bosco.

La pobreza evangélica de los imitadores de Jesús acarrea a la larga inmensa copia de prosperidad y bienestar. Un caballero español, doctor de la Universidad de París, movido por la gracia de Dios, emprende viaje a civilizar las tierras del Himalaya y el Ganges, y después de recorrer treinta mil leguas obrando milagros y haciendo bienes incalculables, muere muerte solitaria en una de aquellas costas; pero las huellas de ese apóstol son tan luminosas y sus expediciones han sido tan benéficas y admirables, que mucho tiempo después, al pasar los marinos de Inglaterra frente al promontorio donde murió aquel héroe, detenían sus navíos y hacían resonar las soledades del mar de la India, saludando a Javier con los honores de almirante. También el héroe santo de Loyola, después de consagrarse a Dios anda como pobre peregrino de lugar en lugar, frecuentando los hospitales, mezclado con los niños en las escuelas, encarcelado a veces por la perversidad de los hombres; pero su obra humilde se desenvuelve presto tan fecunda y tan valiente, que cuando aquel santo se dormía en el Señor, pudo legar a sus hijos por testamento estas palabras: "Os dejo un mundo".

De modo que Dios hombre, como ejemplar y como maestro, corrige en el hombre aquellas tres concupiscencias, pero sin abatirlo, antes por el contrario, convirtiendo la sensualidad en heroísmo, la codicia en beneficencia y la soberbia en engrandecimiento, mediante la gloria del Creador. Así es que Cristo, man-

dándonos ser perfectos como su Padre celestial, realiza en medio de los hombres una como fábrica de modelos de pobreza, austeridad y humildad, que mantienen levantada la idea de la perfección y exaltan el blanco a que tiran los esfuerzos de la virtud. Cuando por esas calles va una de aquellas criaturas que han hecho pacto con la castidad, con las privaciones y con el abatimiento, conduciendo filas de huérfanos o pidiendo la limosna ostiaria para los desamparados, o en busca de enfermos, o llevando a las escuelas la enseñanza, o regresando de los desiertos donde truecan al salvaje en ciudadano y convierten en poblaciones las selvas, cuando esto vemos, podemos pensar que esas modestas criaturas por un lado imitan a Jesucristo y por otro están dando a los hombres la voz de excelsior para que se perfeccionen y adelanten.

Iluminada así nuestra raza por el ejemplo y la doctrina de Cristo, exaltada así en presencia del pesebre y de la cruz, ¡qué campos tan vastos se le abren en el orbe y en los siglos para buscar la perfección bajo los destellos de aquel luminar infinito! ¡Cuán elevado modelo, cuán poderoso estímulo los que llevan al hombre en pos de su glorioso fin! Esta esfera que rueda en el espacio, húmeda de lágrimas y sangre, arrojada con las cenizas de la muerte, según la expresión de Juan Pablo Richter, ¡cómo se ilumina y refresca bajo las huellas de Cristo, que con su obra de libertador divino hace recordar aquellas palabras inspiradas: *Tenebrae transierunt et lumen verum jam lucet*; pasó la noche, ya está alumbrando el verdadero sol!

Ante todo, en presencia de Jesús, el paganismo con sus tinieblas y su crueldad, con sus perfidias y concupiscencias, es vencido por la ley de la hermandad cristiana. A poco vivir experimentamos que sin los influjos de Cristo es muy cierto que el hombre es lobo para el hombre, y muy verdadero aquello que dijo el padre Rivadeneira, que el hombre vive entre enemigos. Ante este hecho, el individuo llevado de sus instintos, o se encoge de hombros, despreciando a los demás y repitiendo como el otro: "Mientras más conozco a los hombres más estimo a mi perro", o adopta por partido la misantropía, menos fea que aquel desprecio indiferente, pero más amarga para el que la padece y más dañina para la sociedad. Pero por encima del escepticismo que desprecia y de la misantropía que odia y se querella, se levanta la ley de la caridad, sobrenatural porque excede a la naturaleza, basada en la redención de Cristo, que ha establecido la fraternidad de los hombres, y corroborada por el reconocimiento de que las injusticias ajenas son imágenes reducidas de nuestras propias injusticias. Y por sobre este concepto de la caridad y la tolerancia, se escucha, confirmándolo, aquella conmovedora palabra de nuestro Salvador: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen".

La caridad es el mandamiento nuevo, ratificado de un modo particular por Jesucristo, en el momento en que, instituyendo la sagrada eucaristía, se dio por alimento a los hombres, en toda la realidad de su naturaleza divina y humana, en toda la plenitud de su persona infinita. En este misterio de los misterios, en este sacramento de los sacramentos, se ostenta de un modo pasmoso, aterrador, el abismo del amor divino. Qué diríamos, en verdad, si viviendo un pobre lázaro a la vera de un camino, bajo una triste enramada, soportando el frío del invierno y los soles del verano, sintiendo la espada de sus dolores y el dolor de verse abandonado y solo, qué diríamos si a Bonaparte le hubiera venido en voluntad, el día siguiente a su coronación, ir a visitar aquel pobre, y bajando de su imperial carroza, entrar en su tugurio y saludarle con estrecho abrazo y amorosos ósculos, y no sólo alimentarlo y asearlo, sino permitir que su propia sangre fuese transfundida en las venas de aquel desgraciado? Qué diríamos al escuchar esta maravillosa historia de amor? seguramente no la creeríamos. Pero si ella hubiere acaecido, ella sería nada, comparada con el amor de Jesucristo que se une sustancialmente al hombre, porque entre éste y Jesús va la diferencia infinita que media entre Dios y nuestra miseria, mientras que entre el emperador y el leproso no hay, en resumidas cuentas, otra diferencia que dura apenas lo que tardan los obreros del sepulcro en empezar a devorar de un mismo modo al ungido de la gloria y al esclavo del infortunio.

El nuevo testamento de la caridad de Jesucristo, sellado con su pasión y garantizado con su presencia real, diviniza en cierto modo las relaciones entre los hombres. De la cruz, símbolo de ese sacrificio y de ese sacramento, brota el raudal de la misericordia que disipa la ignorancia, rompe las cadenas, y ampara, alivia o consuela las desgracias; esa caridad es, dígame lo que se quiera, la única solución que puede ofrecerse al pavoroso problema de la distribución de los frutos del trabajo y a la formidable colisión de intereses y pasiones entre las clases sociales. De allí mismo fluye la idea de la justicia, fuente del derecho y la libertad, base del orden público y clave de las relaciones entre los individuos, entre el individuo y el estado, y entre los diversos estados que forman la sociedad de los diversos estados y naciones; fuera de esa justicia cristiana, en los pueblos que la repudian, no existe sino el influjo póstumo de sus antiguas inspiraciones y tanteos estériles, como el de la paz universal, que resulta completamente irónica e invertida, cuando trata de guiarse por un faro distinto de la estrella de Belén.

Jesús, influyendo sobre el mundo por medio de su evangelio, de su Iglesia y de su presencia real, redime perennemente. A él,

crucificado en desnudez lastimosa, acude el pobre que carece de pan y abrigo. A él, puesto entre infames, afrentado y calumniado, vuelve los ojos el que se siente injustamente perseguido o convertido en ludibrio de los hombres. A él, coronado de espinas, se dirige el que padece los dolores de la mente, el recuerdo del bien perdido, la viudez amarga, la comprensión del propio mal, la comprensión de la injusticia ajena. A esas manos clavadas pide alivio aquel que no puede obrar porque se le desconoce su derecho. A esos pies adheridos a un madero pide libertad aquel que sabe "cuán áspera es de subir la escalera de un amo". A él, descoyuntado y hecho retablo de heridas y de sangre, se dirige el que siente las enfermedades de este cuerpo, pasto ahora de pasiones y mañana de gusanos. Y a él acude el que acaba, porque él, a fin de completar su redención, quiso también ser moribundo y enseñar a morir.

El Verbo humanado es cabeza de su Iglesia, formada de todos los que están unidos por la doctrina de Jesucristo, por la participación de su gracia en los sacramentos y por la obediencia a su infalible vicario. Esa Iglesia santa comprende las naciones, abraza los siglos y resiste el oleaje del tiempo y el oleaje de la justicia. En su centro está Cristo crucificado, difundiendo de sus llagas los favores de su redención y de su providencia: en las de sus pies recibe el llanto de los pecadores, que se regeneran por el arrepentimiento; de las llagas de sus manos corren todas las bendiciones y todos los consuelos, y en la de su costado se recuesta la pureza y se duerme la inocencia de los párvulos que sueñan con el cielo al sentir palpar el corazón de Dios.

La santidad en sus multiformes manifestaciones es obra de Jesucristo. El es quien da a los mártires una fortaleza tan grande que los hace superiores a los tormentos e iguala en heroísmo a Pablo con los niños Justo y Pastor, a la viuda Felicidad con el soldado Sebastián, a Esteban diácono con Cipriano pontífice, al canciller Tomás Moro con los negritos de los lagos africanos. La austeridad de los anacoretas, la pureza de los monasterios, el éxtasis de la contemplación que anticipa el cielo, de él provienen. Suyas son las inspiraciones de la ley divina expresadas por la pluma con que Luis de la Puente pintó con transparencia y sencillez insuperables los misterios de la pasión; o por el estilo con que San Juan de la Cruz escribió pensamientos de profundidad celestial; o por aquel que sirvió a Kempis para formar ese místico oráculo por cuyo medio la Providencia habla a cada corazón la voz que él necesita. La santidad activa y social de la beneficencia tiene a Jesús por guía en todas las circunstancias y situaciones, para vencer al bárbaro, para mitigar al encomendero, para ahuyentar al pirata, para civilizar al salvaje, para contrarrestar en

estos tiempos la corrupción y crueldad de los enemigos de la inocencia.

Todos los esfuerzos del hombre dirigidos a su prosperidad y perfeccionamiento convergen hacia Cristo de un modo más o menos directo o inmediato, tal que con razón puede él ser considerado como eje del verdadero progreso. Su palabra, verbo eterno de verdad, es luz de las ciencias. Ella inspiró a San Pablo y le abrió los cielos para que contemplase los misterios de la redención. Iluminó a San Agustín, dándole la ciencia de la gracia e inspirándole la divina filosofía de la historia, donde después trazó Bossuet la sociología de los siglos. Su fe, aplicada a los pensamientos gigantescos de Aristóteles, les prestó alas, sobre las cuales el de Aquino ascendió a angélicas alturas. También fue suya la inteligencia del descubridor del cálculo más sublime, comparado en la variedad de su saber al atleta que con férreo brazo era capaz de conducir un carro de ocho caballos de frente; entendimiento portentoso que después de lustrar los cielos de la sabiduría, cedió la palma del pensamiento más admirable al humilde carmelita Juan de Yepes.

Muchos descubrimientos científicos son palmas que tapizan el viacrucis. Newton y Leibniz, maestros de la ciencia matemática, fueron hombres de Cristo. Galileo, Copérnico y Pascal le ofrendaron sus conquistas sobre las leyes de la naturaleza. Cuando Colón, después de navegar por un mar desconocido y por un mar de angustias e incertidumbres, alcanzó al fin la mayor de las dichas, al golpe que ésta dio en su corazón cayó de rodillas en la arena y adoró a Jesús. El que en su escritorio descubrió nuevos luceros era cristiano observante; y aquel numen contemporáneo que ha merecido ser llamado generis humani defensor, aquel descubridor de la vida microscópica, educada por él para la beneficencia, también confesó solemnemente la verdad cristiana.

En todos los tiempos de la era de Cristo, inclusive los que corren, Cristo ha tenido fieles entre los fundadores de imperios, entre los defensores de la libertad, entre los grandes legisladores y aun entre aquellos que parecen tocados por la mano de Dios para transformar las naciones, como hombres fatales, por medio de la guerra. Así vemos en torno de él a esos instrumentos de la Providencia en variedad grandiosa, desde García Moreno, que fue mártir suyo, y desde Guillermo I, que con devoción edificante hacía profesión de fe al manifestar sus victorias, hasta el immaculado Washigton, que en su testamento político recomendaba a sus conciudadanos la lealtad a Cristo, hasta aquel ejemplar sobresaliente del género humano que después de conmover la Europa, pereció cautivo “dobleando la cerviz al deshonor del Gólgota”.

La belleza inefable de Jesús, el purísimo ideal de su doctrina y ejemplos, y lo grandioso de su historia y de la historia de su Iglesia elevan tanto las bellas artes y la literatura, que en ninguna parte brillan lo bello y lo sublime como alrededor de su patíbulo. El gibelino que peregrinando por los reinos de la muerte cantó los eternos dolores; el gran trágico que esculpió con vigoroso estilo las desgracias humanas, y aquel que alcanzó entre todos los autores la palma de la popularidad escribiendo la comedia de risa y lágrimas que representa nuestra vida diaria, todos tres siguieron a Cristo y expiraron en su seno.

El más bello asunto de los pinceles es la vida de sus discípulos y su propia imagen, que en el martirio o en la gloria hace que el lienzo y la tierra cobren existencia casi celestial. Su faz divina vence en hermosura infinita la belleza sensual del apolo y su agonía majestuosa eclipsa la desesperación del Laocoonte. Muchos de los edificios santificados con su real presencia o donde se predica su palabra son el sumo posible de la belleza y vencen a las pirámides y a las torres de la arquitectura comercial, que son poco en comparación de las catedrales de la edad media, o de aquellas que se elevan sobre la metrópoli de los mares o sobre la capital del mundo cristiano. El arte de los sonidos, a cuyo poder percibe el alma ráfagas instantáneas de una dicha ultraterrena, formó para Cristo sus más escogidas creaciones; a él adora esa musa divina cuando canta los misterios del juicio final, cuando expresa el dolor de la Madre de Dios en el Calvario, cuando implora la misericordia del cielo en nombre de la penitencia y cuando hace pasar sobre la tierra, cuna y sepulcro de la raza humana, el requiem sempiterno, voz de la muerte, confundida con la voz de ángel que guarda las promesas de la resurrección.

Jesucristo es rey de las naciones, que le reconocen como causa principal de su cultura y prosperidad, menos en aquellos días en que la locura ofusca los entendimientos, alterando la idea de la justicia y velando los rayos de la evidencia. Su evangelio es célula portentosa a cuyo derredor se forma el organismo de la libertad y el derecho, así como todo el sistema de la legislación. La igualdad y la fraternidad, que en boca de ateos se reducen a ironía sangrienta, son plantas que no pueden vivir lozanas sino en el huerto del Padre celestial. Por eso los pueblos, en los días de sus grandes expansiones, de sus empresas gloriosas, invocan al Dios crucificado como a Dios de los ejércitos, y su cruz es el emblema del honor sobre el pecho de los héroes, así como su imagen es símbolo de paz y alianza, colocada sobre la cima de los Andes y bendiciendo los mares y los continentes.

Su influjo trasciende al género humano, no sólo porque éste es el objeto de la expansión de su doctrina y de su Iglesia, sino

porque Cristo es en los tiempos el centro de donde corren las edades modernas y a donde se dirigieron los vaticinios y presentimientos de las antiguas edades. Cristo es el Mesías de los profetas y al mismo tiempo el justo descrito por Platón, y tal vez el niño divino que cantó Virgilio al predecir los tiempos de justicia que habían de descender a la tierra al revolver de los cielos. Así es que el Dios hombre es la piedra angular de la historia, como le llama el más valiente de sus enemigos, y en él se cumple la palabra del apóstol: "Jesucristo hoy, y ayer, y en todos los siglos".

El caminante que anda por las sendas de nuestras montañas madruga a veces en medio de espléndida noche, y al levantar los ojos siente, ante su nada y ante la inmensidad de los cielos y ante los arcanos del tiempo, melancólicas fruiciones en que se mezclan el silencio que suena en sus oídos y los destellos de aquellos "piélagos de lumbre". Entonces, si de aquella contemplación lo sacan el orto y el ascenso de la refulgente estrella del pastor, puede recordar a Cristo, que también supera en luz a todo el universo de los seres y que dijo de sí mismo: "Yo soy la raíz y el linaje de David, yo soy la estrella resplandeciente de la mañana".

Cristo ilustra pues nuestro entendimiento y educa y reforma nuestro corazón, enalteciendo de esta suerte todas las potencias humanas; es la causa más fecunda de civilización, bajo el concepto de las ciencias, de las artes y de las virtudes; es cabeza y vida de su Iglesia, así como salud de las sociedades y la base más sólida de los estados y su mejor pacificador y maestro; domina el orbe y es el centro de la historia y el foco y núcleo de los tiempos; de su persona divina irradian lo verdadero, lo bello y lo bueno en misteriosa trilogía, infinitamente más fecunda que la trilogía hegeliana.

Tal le podemos contemplar con los ojos de la fe, radiante de eterna belleza, admirable de juventud inmarcesible, en medio de las muchedumbres, sobre las laderas de los collados o a las orillas de los lagos, o resplandeciente de lumbre celestial, como en el Tabor o en su ascensión gloriosa. Así le podemos oír, pronunciando palabras de vida eterna, en estilo divino, propio suyo, llamando a los pequeñuelos con lenguaje tan dulce como la voz de la Providencia, fundida con lo más puro del amor maternal; o predicando su ley en forma tan clara, tan concisa, tan profunda, como no la tuvo la sabiduría griega; o empleando palabras mucho más vivas y enérgicas que las de Sófocles y Eurípides, para abatir a los fariseos, a los que exaltaban la ley y la virtud en el acto de violarlas.

A él, a ese Dios y rey de nuestras almas, a ese hermano adorado y amigo dulcísimo venimos, porque estamos trabajados y

abrumados porque deseamos trocar el yugo que nos agobia por su yugo llevadero y suave, y porque en medio de esta noche social, él es el camino, la verdad y la vida. El sabe que hoy en el mundo, Colombia, aunque incipiente y lacerada, es de los pocos pueblos que le confiesan, pues se consagró a su Corazón, ha reconocido legalmente su soberanía y hecho de este congreso eucarístico un acontecimiento nacional.

Oh Dios de amor y de poder! Da tus pies a los colombianos que queremos llorar sobre sus llagas los errores pasados; de las llagas de tus manos derrama óleo divino sobre las heridas de este pueblo; y en la llaga de tu corazón guaréce las generaciones inocentes. No permitas que ningún colombiano sea siervo intelectual de enemigos extranjeros tuyos. Al darte en comunión eucarística en esta semana dichosa, tus sacerdotes repiten miles y miles de veces que eres cordero de Dios que quita los pecados del mundo y lo pacífica. Danos pues la paz, la paz, que es dón tuyo y prenda de civilización terrenal y de eterna ventura.

El gran Libertador, escogido por el cielo como uno de sus primordiales instrumentos, sería sellado por razón de su espíritu, de su corazón y de sus hechos. Cometió faltas como las cometieron Julio César y Napoleón Bonaparte, que pueden considerarse pares suyos; pero ellas no amenguan los destellos de su entendimiento inspirado, de su ánimo preponderante, ni de sus virtudes generosas.

MARCO FIDEL SUAREZ

• • •

Inspirado Bolívar por el amor de patria y de sus hermanos, contempló los sucesos del porvenir, perdonó la ingratitude, dió ejemplos de desprendimiento incomparable. En sus campañas y batallas subió al nivel de los guerreros más grandes; su oratoria militar es obra sublime. La adversidad fortificaba su voluntad, y si el éxito llegaba a deslumbrarlo, su magnanimidad se sobreponía luégo. Nadie puede imaginarlo en alianza con la mentira o la doblez. El infortunio lo coronó aliado con la reputación, y al cabo de un siglo su gloria esplende en el monte sacro, cuna de su vocación, y en la capital de la primera república del orbe, que le rinde homenaje.

MARCO FIDEL SUAREZ

ESCRITOS Y DISCURSOS DE SUAREZ

Por J. M. Saldarriaga G.

Enumeramos a continuación los principales escritos y discursos de don Marco Fidel Suárez:

Ensayo sobre la Gramática de don Andrés Bello, con el cual se ganó el concurso de la Academia Colombiana de la Lengua en el Centenario del patriarca de las letras americanas. Sirvió este Ensayo de base a los Estudios Gramaticales, obra publicada en Madrid, en la clásica Colección de escritores castellanos, en 1885, y precedida de una advertencia y noticia bibliográfica de don Miguel Antonio Caro.

Juan del Corral. Bogotá, 1881. Publicado en Escritos.

El Progreso. Bogotá, abril de 1882. Publicado en El Repertorio Colombiano.

El Carácter. Discurso pronunciado en la premiación de los alumnos del colegio del Espíritu Santo el 15 de noviembre de 1882.

Francisco Antonio Zea. Mayo de 1883. Reproducido en Escritos.

Una crítica injusta contra Bello. Publicado en El Repertorio Colombiano, agosto de 1884. Refuta en él una censura hecha a la Gramática de Bello por el periodista chileno don Zorobabel Rodríguez en El Independiente, de Santiago.

Arquidamo. Discurso de Sócrates, traducido por don Marco. Publicado en El Repertorio.

Filosofía Antifilosófica. En El Repertorio. Refutación a una conferencia pronunciada en el salón de grados de la Universidad Nacional por el profesor Ernesto Roethlisberger. 1884.

Cristóbal Colón. En Escritos. Escrito con ocasión del descubrimiento de América.

El Positivismo. Conferencia leída en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en junio de 1893.

Rafael Núñez. Octubre de 1894. En Escritos.

Carlos Holguín. En Escritos. Octubre 26 de 1894.

La Regeneración. Bogotá, abril de 1896.

Juan Pablo Restrepo. En Escritos. Bogotá, 1896.

Los Maestros de Maquiavelo. En Escritos. Mayo de 1896. Refutación a Los discípulos de Maquiavelo, artículo publicado en El Republicano, en que se arguye de maquiavelismo al señor Suárez.

Los Estados Unidos y Cuba. Junio de 1898. En Escritos.

La Misericordia. Discurso pronunciado en la Sociedad de San Vicente de Paúl, el 23 de julio de 1905.

Análisis Gramatical de "Pax". Bogotá, julio 30 de 1907. Imprenta de "La Luz".

Don Miguel Antonio Caro. Anuario de la Academia Colombiana, tomo II.

El Partido Nacional. Bogotá, 1910.

El Castellano en mi Tierra. Discurso leído en la sesión solemne del 17 de julio de 1910, con motivo del Centenario de la Independencia.

La Enorme Injusticia. Febrero de 1911.

Contestación al discurso de recepción de recepción de don Carlos Calderón en la Academia Colombiana, el 29 de abril de 1911.

Minucia Ortográfica. La Sociedad, septiembre 25 de 1911.

Elogio de don Rufino José Cuervo en la Academia Nacional de Historia, sesión solemne del 12 de octubre de 1911. Publicado en Boletín de Historia y Antigüedades.

Colombia y los Estados Unidos. Abril de 1913.

La Industria del Trigo. Mayo de 1913.

El Centenario de Don Bosco y su Obra. Uno de los más bellos discursos que pronunció el señor Suárez.

Jesucristo. Oración pronunciada en el primer Congreso Eucarístico Nacional, celebrado en Bogotá en 1913. Es la obra maestra del señor Suárez y la más bella página que salió

de su pluma privilegiada. Ella sola bastaría para inmortalizarlo.

Discurso en la Velada en honor de don Víctor Mallarino, el 2 de marzo de 1914.

Gramática y Política. En "El Nuevo Tiempo". 1914.

Tratado entre Colombia y los Estados Unidos. Mayo 31 de 1914.

Discurso en el tierro del General Rafael Uribe Uribe. Octubre de 1914.

Horacio y sus Poesías. Carta-prólogo a las traducciones de Horacio, hechas por don Francisco Vergara Barrios. Bogotá, octubre 20 de 1915.

Antioquia Conservadora. Carta de contestación al doctor L. E. Nieto Caballero. Bogotá, diciembre 15 de 1915.

El Quijote. Discurso en la sesión solemne de la Academia Colombiana para conmemorar el tercer centenario de la muerte de Cervantes.

Un proyecto que ojalá fuera realizable. Febrero 19 de 1917.

Discurso de posesión de la Presidencia de la República. Agosto 7 de 1918.

Discurso en honor de la Virgen María. En "El Nuevo Tiempo". Agosto de 1918. Con motivo de la celebración del Congreso Mariano celebrado en Bogotá.

Los Apaches. En el Diario Oficial del 12 de diciembre de 1918. Escribió ese artículo el señor Suárez oyéndose llamar de apache y siendo Presidente de la República.

Exposición sobre el viaje presidencial. Bogotá, abril 17 de 1920.

Discurso dirigido al doctor Domingo A. Coronil, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Venezuela, en el acto de su recepción, el 27 de diciembre de 1920. Contiene las bases de la Armonía Boliviana o "Doctrina Suárez".

Libertad de Imprenta. Carta al doctor Luis Cuervo Márquez. Bogotá, diciembre de 1920.

Discurso ante el cadáver del General Rafael Reyes. 1921.

Cartas del Presidente de la República, publicadas en el Diario Oficial, en 1921. Son diez cartas dirigidas al Director de la Imprenta Nacional, con el fin de "dar al público ciertas explicaciones".

Honores y Deshonra. Era la defensa que el señor Suárez hacía de algunos actos de su gobierno. Apareció publicada en el "Diario Nacional" el 30 de mayo de 1922.

Marcelino Vélez. Abril 21 de 1923.

Discurso ante el cadáver del doctor Nicolás Esguerra. Diciembre 23 de 1923.

Discurso a la Juventud Católica de Caldas. El domingo 7 de febrero de 1926.

Discurso ofrecido a San Francisco de Asís. Bogotá, octubre 9 de 1926.

Pensilvania. En "El Nuevo Tiempo". Octubre 26 de 1926.

Los sueños de Luciano Pulgar. El primero fue publicado el 16 de octubre de 1922 y el último el 9 de marzo de 1927. Fueron en total 173 Sueños, publicados en los principales periódicos de Bogotá y del país. Más tarde el mismo señor Suárez corrigió y publicó los siete primeros tomitos. Los Sueños del señor Suárez son una verdadera Enciclopedia.

Un patriotismo exento de sinsabores, un patriotismo cómodo y epicúreo, no es patriotismo. El hombre se habitúa hasta con el dolor. Las desventuras políticas tienen también su soberbia, la cual consiste en que el sujeto, olvidando que es una simple unidad, como el mendigo, como el proscrito, se acostumbra a esperar consideraciones varias, cuando en realidad le bastan aquellas que le ofrecen otras unidades muy contadas, que son instrumentos de la caridad de Dios.

MARCO FIDEL SUAREZ

JOSE EUSEBIO CARO

Por Eduardo Carranza

Hace un siglo el romanticismo enardecía a todas las juventudes europeas, deliberaba en las sienes de las mujeres, y como un fervoroso viento cargado de gérmenes abría de par en par las puertas del olvidado mundo del corazón. Con él volvían a la tierra la nostalgia y el ensueño. Un afán de aventura espolcaba los espíritus. De las estrellas llovía, tenuemente la melancolía. Y el hermoso y tempestuoso lord Byron proclama al corazón rey del mundo. Manfredo se revuelve contra el cielo, y Don Juan profiere sarcasmo bajo capa escarlata. Regresaban al mundo la fantasía y el dolorido sentir.

Como reacción contra el tipo recortado, gris y prosaico del burgués surge contemporáneamente un nuevo estilo de héroe demoníaco y a la desesperada. Un héroe que vive a ráfagas y con el corazón siempre en vilo. De otra parte, los amantes se pasean enlazados por el talle entre las tumbas o por la orilla del océano y se alejan por la infinita avenida de cipreses.

Es este el ambiente vital y estético que enmarca e informa la poesía y la existencia de José Eusebio Caro. Nuestro gran romántico reducirá la filosofía ambiental y las viviendas de su tiempo a sustancia personal y les dará expresión en idioma cristiano, colombiano, hispánico.

El esclarecido linaje de los Caros se halla tan entrañablemente vinculado a la historia de nuestra patria, que bien puede decirse que la crónica de esa familia se confunde, a trechos, con la historia de Colombia. Así como se ha hablado de la función representativa de algunas individualidades heroicas en el destino de los pueblos, puede hablarse también del influjo decisivo que sobre aquel ejercen algunas familias de poderosa vocación dominadora. Tal el caso de los Caros en Colombia.

Nace José Eusebio Caro en Ocaña de Colombia el año de 1817, cuando tocaba ya a su fin la gesta libertadora. Llega a la mayor edad en el momento en que, entre las convulsiones de nuestro patético y lluvioso siglo XIX americano, se organizan las nuevas Repúblicas, ya desaparecido el genio tutelar de Bolívar. Niño todavía pierde a su padre en circunstancias dramáticas. Vive una estudiosa adolescencia en la docta ciudad de Santa Fe de Bogotá. Doctos varones le comunican el gusto por las disciplinas clásicas y el amor inteligente a los grandes modelos grecolatinos. Pero al mismo tiempo el huracán romántico había traspuesto los Pirineos, y, saltando sobre el mar, volaba por el aire propicio de la América recién liberada. Está dorado Caro de una inextinguible y ávida curiosidad intelectual. Lee a los románticos ingleses y franceses, particularmente a los primeros. Ya en esa edad muy juvenil escribe sus primeros poemas, apasionados, turbadores, meditabundos, extrañamente modelados, sorprendentes en el ambiente pseudo-clásico que le rodea. A los veinte años es un poeta hecho, en la plenitud de sus dones, recursos y designios. Y ya desde los veinte años el amor y la política le enardecen y le alzan como dos alas. Su vida se vió llena de contradicciones. Padeció incluso destierros políticos y campañas militares. Tiene su existencia una orla fascinadora de amor y de aventura.

La muerte sorprendió a José Eusebio Caro en las playas de Santa Marta, cuando regresaba para reincorporarse a su hogar tan amado, a la vida literaria y a las luchas civiles de la Nueva Granada. Una fulminante fiebre epidé-

mica le abatió en pocos días. Murió el 28 de enero de 1853, a los 36 años de edad. Su cuerpo fue sepultado en un cementerio rústico cercano al mar Atlántico. Al poco tiempo una tempestad invadió y arrastró el cementerio marino. Los despojos de Caro desaparecieron para siempre. Se cumplía el vaticinio escrito por él.

Confluían en José Eusebio Caro, logrando una bella y difícil unidad humana, una mente filosófica, un espléndido conducto político y un gran poeta. ("Lírico genial" le llamó Meléndez y Pelayo). Nos ocuparemos exclusivamente del poeta civil que esgrime su poesía en defensa de su credo político. Del poeta nacional que en la patria o en el destierro supo cantar bellamente y reducir a versos emocionados, nostálgicos, fragantes, nuestra tierra colombiana. En algunos de estos poemas se respira el aire de nuestra patria, se respira el aire tierno, dotado, florido, del huerto de la infancia con su olor azahar.

Hay una tercera veta en la poesía de Caro: es la del gran lírico amoroso. Pero en él, como en todos los grandes líricos del amor, en nuestra lengua, se expresan estrechamente enlazados el afán del corazón y el sentimiento de lo perecedero. La cuerda del llanto de las elegías acompañan el son de sus canciones amorosas. Y la sensación de nuestros límites (el tiempo y el espacio) pone una humedad de lágrimas y un dejo suspirante en sus poemas. Escribe Caro, al lado de sus grandes odas, entonadas en alta voz, tiernas canciones de acento confidencial y con ellas inicia y anuncia el mejor romanticismo: el romanticismo selecto, asordinado, en tono menor, a lo Becquer, a lo José A. Silva.

Hay también en Caro un hondo elegíaco. Escribe algunas graves lamentaciones, como aquellas, muy juveniles, a la memoria de su padre, que cierra este verso magistral: "Y espera en tí mi amor, que en nada espera". Pero casi toda su poesía es de carácter elegíaco. Al enamorado, al desterrado, le duelen la ausencia y la lejanía. Le duele a Caro la idea del infinito. Pero esta congoja metafísica no se resuelve en desesperación. Se torna cristiana conformidad y ansia de inmortalidad. Hay una estrofa suya en la que parece resonar el último eco de la lira de Manrique:

*Mientras tenemos despreciamos;
sentimos después de perder,
y entonces aquel bien lloramos
que se fué para no volver.*

Se ha hablado de la poesía filosófica de Caro. La verdad es que nuestro poeta jamás intenta (salvo en alguna composición de carácter político o polémico) exponer ideas o defender un sistema dado. Ocurre sólo que allí, como en la obra de todo lírico verdadero, corre el pensamiento cual una secreta y generosa circulación.

Otras muy variadas reflexiones suscita la obra de Caro (obra breve y juvenil) como que fue casi toda ella escrita entre los veinte y treinta años del poeta, de 1835 a 1843), tan esencial y medular. Cabría extenderse, por ejemplo, sobre unas anticipaciones a Bécquer, a Darío, al modernismo general y aun al simbolismo; cabría disertar acerca de la variedad y riqueza de su métrica, sobre las combinaciones estróficas y los ritmos que ensayó o restauró.

El romanticismo significó, generalmente desorden y furia expresiva, incontinencia verbal, elocuencia, música facilona e impudor cordial. Caro hace, en este aspecto una de las contadas excepciones. En él se alían el fuego romántico y la clásica contención. Caro sabe gobernar sus fuegos: es un romántico clásico y con ello se integra a una constante tradicional de la poesía colombiana.

Aún ahora, desaparecidos nuestros grandes humanistas del 900, sigue latiendo su influjo en la cultura colombiana, y la poderosa emanación de su recuerdo y de sus obras configura y determina todavía, en cierto sentido, el carácter de nuestra actividad espiritual, dotándola de una signatura clásica y de un ímpetu hacia la jerarquía, hacia el orden, hacia el equilibrio, hacia la música de las estrellas.

Nuestra Grecia y nuestra Roma nos llegan a través de España, y repensadas en lengua de Castilla. A la cristiana y a la castellana. Han pasado antes por el huerto horaciano de Fray Luis de León, por la secreta escala de San Juan de la Cruz y por la piedra normativa de El Escorial. Y ese humanismo colombiano, americano, hispanoamericano, se funda, como el humanismo español, sobre la unidad teológica definida por Lainez, sobre la unidad del hombre defendida por Victoria, a la que corresponde la unidad geográfica realizada por Elcano, y, en cierto modo, por Balboa, pues desde la cima de una montaña colombiana ojos cristianos y occidentales vieron por vez primera la patética vastedad del Océano Pacífico. Sirvanos la memoria egregia de Caro para reafirmar nuestra fe en el humanismo hispanoamericano.

José Eusebio Caro es el gran poeta inicial de nuestra patria. Sobre su obra reposa la poesía colombiana. La tradición que inicia Caro se prolongará luego dignamente en Pombo, en Fallón, en Núñez, en Silva, en Casas, en Valencia, en Barba Jacob, en Castillo, en Rivera, en Maya, Pardo García, Umaña, Juan Lozano, Angel Montoya y Antonio Llanos.

Caro es clarísimo ejemplar ya no solamente de la raza colombiana, sino de Hispanoamérica, de nuestro mundo hispánico, de esa vasta y poderosa confraternidad de almas que se alza sobre el nivel de la historia. Las extraordinarias virtudes de Caro como hombre, como poeta, como conductor político, son virtudes de la raza colombiana, hispanoamericana, española. Al celebrar a Caro celebramos también a la lengua castellana, que es la frontera esencial de nuestras patrias. Defendiendo la lengua defendemos nuestro ser racional hispanoamericano y defendemos a la ideal fraternidad hispánica. Porque la lengua es también la patria del alma.

Jesús, influyendo sobre el mundo por medio de su Evangelio, de su Iglesia y de su presencia real, redime perennemente. A El, crucificado en desnudez lastimosa, acude el pobre que carece de pan y abrigo. A El, puesto entre infames, afrentado y calumniado, vuelve los ojos el que se siente injustamente perseguido o convertido en ludibrio de los hombres. A El, coronado de espinas, se dirige el que padece los dolores de la mente, el recuerdo del bien perdido, la viudez amarga, la comprensión del propio mal, la comprensión de la injusticia ajena. A esas manos clavadas, pide alivio aquel que no puede obrar porque se le desconoce su derecho. A esos pies adheridos a un madero, pide libertad aquel que sabe "cuán áspera es de subir la escalera de un amo". A El, descoyuntado y hecho retablo de heridas y de sangre, se dirige el que siente las enfermedades de este cuerpo, pasto ahora de pasiones y mañana de gusanos. Y a El acude el que acaba, por que El, a fin de completar su redención, quiso también ser moribundo y enseñar a morir.

MARCO FIDEL SUAREZ

LA MUERTE DE ARBOLEDA

Por Felipe Antonio Molina

Para "FUERZAS DE POLICIA"

(Del libro en preparación "Julio Arboleda o la Imitación de la Vida"..)

Ya el Héroe está dispuesto a librar la fatal batalla de su Destino!

Ha comenzado un grave y largo silencio, en el que se escucharía hasta el parpadeo de la frágil llama que ilumina este sórdido escenario. Sórdido? No. Los ojos del moribundo, ligeramente vidriados por el dolor del desasimiento, se han paseado por el ámbito con esa mirada que no ve porque más que fijación externa de la persona es volcamiento interior hacia la presunción de un mundo. Y ese átono recorrido de las pupilas que ya levaron el ancla de lo terreno, diríase que sublima el recinto y lo eleva como a la categoría de un ara. Silencio. Una mariposilla revolotea sobre el velón y el temor de que se quemará las alas, hace pensar en que también este formidable silencio hondo, vacío y como muchas veces secular pudiese arder, de igual modo, en esa candela en cualquier momento. Silencio. Y unos ojos del color de la nada que se han quedado quietos, después de su inútil periplo, que no rozó los destartalados muros—aun cuando en ellos se posaran— como no acaricia la tierra la sombra de un ave que vuela lenta bajo el sol...

Silencio!

Ahora, qué? Ese hombre que muere está a solas consigo. Está afrontando su YO, y lo desconoce, de la misma manera que no reconocemos nuestra voz en el eco. Y es precisa toda la magnitud de este mutismo para que el diálogo sin substancia de dos sombras se realice, como la cópula de un pensamiento con su estímulo vital. Aquí ha crecido algo al modo de un espejo para reflejar un universo y todo está—creeríase— invertido o falsificado: la creatura es unas veces su imagen y otras es el reflejo el que se anima y habla y discurre como si fuese un sér. Este es el liviano territorio de un sueño. Materia y tiempo no existen más. A la orilla de este lago de negro aceite, las ideas no son tales, sino hechos, materializaciones quebradizas: estalactitas que propició la filtración de un fuego espiritual. Un camino. Y huellas, profundos rastros (o someros): ¡huellas!

Ya es la tarde. Un fugaz crepúsculo bloqueado por la cordillera, en cuyos estrechos valles y cortaduras se malpare la noche, mientras aún el cielo arde con las luces de un día desesperado que no se resigna a morir. Pero se sabe que la noche viene; se la presiente antes de que el primer lucero encienda en el vacío su sonrisa funambulesca. Un pájaro dobló la cabeza bajo el hueco del ala y un niño ha llorado esta tarde sin lágrimas. Hace tiempo que los campesinos atrancaron sus puertas, y ya no asciende el humo de los fogones y sobre las tierras de labor pasa un largo viento desolado. Mientras se espera, con angustia, que esa color gris y melancólica perdure como una bendición de los yerros, la noche ha llegado aclarando el cielo bituminoso con su polvareda de astros... A esta hora, los ancianos graban tranquilos con la uña los brazos de sus sillones, y las mujeres jóvenes hunden los dedos pensativamente entre los cabellos frescos, y los ojos de las bestias se incendian con ese fuego mustio que imita el color ambiguo de los óleos minerales. Asimismo, éste es el tiempo en que los enfermos se quejan, rebulléndose en el lecho caliente; en que las mujeres encinta se pasean con angustia por los corredores interminables de las casas antiguas, y en el que el agua de los ríos tiene un murmullo más vivo, porque de aquí en adelante viaja como sofrenada por el terror de la sombra.

Y mientras todo un mundo perece entre la sorda avalancha de carbones nocturnos, hé aquí que alborea la fiebre—aurora roja— en las mejillas y en la sangre del héroe vencido.

Durante toda esta tarde, el General ha permanecido quieto y silencioso. ¿Medita? Reza? Una gallina cloquea en el patisuelo barrido, buscando gusanillos. Todo ha estado tranquilo y ávido, ánimas en suspenso a la espera del desarrollo de este drama tan lento y enervante. También él calla esperando. ¿Qué aguarda? ¡Misterio! Para el que atiende, todo es posible. Quizás que una puerta desconocida se abra en el muro y puedan verse



por allí las últimas colinas bañadas de sol; que una mano invisible limpie las costras de mugre de las paredes, o que esos rostros y rampantes figuras que crea la fantasía con las desgarraduras del enjalbegado, se animen y dispongan para una lucha proterva. O, sencillamente, espera, limpio de pensamientos, maduro para la eternidad. Pero entre tanto, el organismo a la defensiva crea nuevos valores térmicos y cada glóbulo de la sangre crece como una pequeña ampolla de rubí, logrando entonces una nueva velocidad para el recorrido del viejo itinerario fisiológico. Progresivamente recalentado aquel "jugo singular" de Mefistófeles anima su alegre viaje, y los pulmones descaecidos apresuran sus fuelles, mientras que, por el despedazado lóbulo de una de las vísceras, fúgase gota a gota el maravilloso manantial de la vida. ¡Fiebre y pausada hemorragia! Los ojos se tornan cada vez más brillantes y vivos. La hipertermia es siempre más acusada. Y en tanto el pulso bate con frecuencia mayor, la respiración se agita y una creciente disnea, ya ronca, ya silbante, hace pensar en la fatiga de un largo y penosísimo tramonto. Bronquios y lóbulos, ramas y follajes de la espesa vegetación pulmonar, se estremecen bajo la angustiada tormenta desfogando al través de una tráquea reseca la fuerza del vendaval. Por la boca entreabierta se distinguen los dientes más largos y de una mayor apariencia ósea, y la lengua marchita por el resol de la sed. Árida la piel y a trechos clanótica, revela por instantes los tendones a punto de reventar o las venas engrosadas y palpitantes como largas raíces oscuras. Sin embargo, durante períodos más o menos extensos una peculiar serenidad soluciona la crisis y aun parece modificarla. Entonces, desde lo sumo de la frente, en donde comienza la hosca vegetación del cabello—ajado y sin brillo—, por los anchos temporales, a lo largo de las mejillas y el cuello, y por la base de la adunca nariz, empieza a correr—tímido y frío— el manantial del sudor, única cosa móvil sobre la inercia de la lopotimia.

¡Silencio! Silencio!

¿Qué quiere ese grillo cuya estridulación remeda una vedra mórbida, agarrada de cada molécula de silencio, sin que pueda determinarse su oculto punto de partida? En la alegre hoguera de la cocina las llamas se cuecen por un tronco hueco y zumban de un modo estrambótico e inexplicable, que a la gentes humildes les anuncia la posibilidad de una visita. El grillo y la leñosa flauta y aquel perro que aúlla si tuviese un hueso atravesado en el gáznate, parecen advertir que alguien llega, uno que viene viajando a campo

traviesa sin aplastar las hierbas y cuya ancha capa de terciopelo no rompe los términos de la noche. Quiébrase, en cambio, la obscuridad—como soberbia marejada— contra una pálida escollera: las manos del herido se han asido bruscamente a las orillas del lecho y los nudillos blanquean, porque está amaneciendo el dolor en la entraña del hombre, y esa palidez es como la primera luz que ilumina los picos de una teoría de montañas. Algo ha llegado y otro tanto está por llegar. Y las voces naturales y los movimientos—que son el lenguaje simple del organismo— sustituyen las palabras de los hombres, enmudecidos por el desastre irremediable!

Atiéndenos, ¡oh General! Ya sabemos que estás allí para morir, y lo sabes tú también. Sangrienta Clepsidra, en cuyas entrañas se destila el acre licor extravasado por el golpe asesino, contando con sus gotas pausadas el tiempo de tu fuga. Lo sabemos todo, y tampoco ignoramos la palabra que no puede murmurarse sin estremecimientos. ¿En qué crees ahora? ¿Qué ves? ¿Qué oyes? ¿Qué sientes?

Pero la respuesta no golpea la campana de cristal del silencio. La pobre luz del velón se quiebra sobre los cabellos vivos y brillantes de los hombres que esperan, sobre sus polainas de charol, sobre la vaina de sus sables, a trechos oxidada, y diríase que entre tanto callar sólo existe esta voz de la luz reflejada. Afuera, tiendas de campaña, cabalgaduras que roznan, alguien que se golpea la palma de la mano con una ramita fresca. Y la palabra, la terrible palabra que todos silabeaban mentalmente pero que nadie osaría pronunciar.

¡Silencio!

Y el General, inquieto. La noche parece haberle hundido más aún los ojos entre sus cavernas de ceniza. Sus manos están crispadas y en la garganta la voz estertorea vagamente, como un vino verde que comenzase a fermentar. Uno de los presentes quizás medita: "¿No es un poco ridículo esto de ver a mi General con la camisa y la franela remangadas sobre el tronco, acusando las costillas—como de frágil madera— cuando respira, y con unos viles apósitos sobre la herida?" Pero raudo el pensamiento se sumerge en la crema del subconsciente, poseído por la angustia de haber existido, como la de una doncellita desnuda frente a una muchedumbre. ¡Hé allí al General! Sobre la almohada, el cabello no existe sino como una sombra de borrasca; el rostro ya es diferente, desnudo de expresión vital como un árbol bajo el otoño. Se le ve vivir en la graganta, muy larga, mal ratada por la tempestuosa respiración, por

el latido de los pulsos, por los músculos casi disecados. Y también en el pecho inflado, como si grandes fraguas resoplasen en lo profundo. En cambio el estómago, muy moreno hacia el ombligo, es un odre vacío, siniestro casi, a partir de los pobres muslos medio flexados, y de las enormes rodillas de jinete, roqueñas y mal conformadas, que imitan la cabeza de un feto. De todo este mustio organismo, ardiente de fiebre, se exhala como un vaho el sentido infecundo de estas palabras: agua · sed · agua...

Primero, sí, la sed: todas las cédulas están agostadas, progresivamente deshidratadas, y se sospecha que el reverso de la piel ya no está constituido por aquel mundo caliente y húmedo de los biólogos sino que ha sido sustituido por un territorio de piedra, arena y cal. El agua se ha evaporado y la lengua baila entre la boca como una pequeña bola de caucho. Pero, después...

Mi General: aquí están tus compañeros definitivos: ¡el dolor y el delirio!

Hincada en la sima orgánica, la espina del dolor empieza ahora a prolongar su tiránico dominio. El dolor, igual que la aventura, es un demonio sin fronteras. Alárgase como un alambre al rojo por entre el corazón de los huesos y carcome la suave medula hasta chasquear, libre y loco, en las dóciles articulaciones. Manifiesto ya, diríase que ningún átomo de la piel ni el más mínimo pliegue de las entrañas puede escapar a la invasión de esa lava hirviente y pegajosa. La selva de los nervios ha sido tocada, y atropellando las móviles lianas, guiado por ellas, el dolor penetra —cáustico, quemante— hasta los últimos filetes del complejo sistema, cuyo alarido resuena comprimido bajo el domo craneano, en donde palpita la masa gris del cerebro, claveteado de filudos puñales. Largos espasmos, que aprietan como garras, estremecen la red de las fibras musculares, irritando y contrayendo las diversas superficies lisas y las conformaciones estriadas. Destruída la resistencia psíquica bajo la llama invisible del cauterio, una profunda aflicción multiplica el horror del fenómeno, prolongándolo hasta las extremidades, en donde se asienta, diabólico y tenaz. La cruel mordedura quiere hacer estallar las sienas inundadas de sangre y el pecho tapiado por la angustiosa asfixia. Lentos calofríos recorren la espalda del agonizante desde las vértebras del cuello hasta el pico del coxis, al tiempo que un sudor de aroma picante empapa las axilas sombreadas por un vello escaso. Los oídos zumban, tal que ascendiendo a cumbres de enrarecida atmósfera, y una tétrica niebla obscurece los ojos —humo del propio incendio—. Y es entonces

cuando unas flamantes tijeras cortan el último eslabón que unía la ecuación del organismo con la consciencia. El dolor es ahora un Olimpo bestial, un inframundo por el que discurren dioses agitados y perversos de la vieja mitología patológica. Allí están el demonio del dolor de oídos de gigantescas orejas; el de la gota "voluminosa y repugnante araña"; el "gusano" del dolor de dientes; "el pájaro maligno cuyo agudo pico está hurgando sin cesar los lugares donde existe un daño: la cabeza, la garganta, las entrañas, las piernas...": seres móviles, trocados por brutales metamorfosis, que ríen con carcajadas siniestras, mostrando las uñas de acero. Frente a ellos las manos caen laxas, vencidas. La defensa ha sido aplastada. Ahora rugen con voces amenazadoras, semejantes a las de las nubes que traen la lluvia después de un largo verano; aúllan como bestias heridas; truenan y rugen y braman y su voz parece hinchar sobre la piel incurables ampollas. Y para contener ese espanto, un grito bronco y formidable se rasga en la garganta, al modo de un brazo doblado sobre el rostro para atajar un golpe...

Fuéra, suenan voces apagadas. Los Comandantes Barreda y Patiño, en el corredor interior, y el Mayor Luna, se esfuerzan en construir una camilla más cómoda para el viaje del alba. Y la noche es como un limo blando en el que el ancla del grito no agarra —¡demasiado poderosa!—, y sólo enturbia el transparente remanso del silencio. Quien oyó ese alarido, no lo olvidará jamás. Viene no de la honda y ensangrentada cueva en donde crece el arbusto de la voz, sino de más allá, del siniestro territorio en donde comienza la desesperación, cuyo lenguaje no cabe entre los linderos del pentagrama. Sábese, ahora, que este misterioso arpegio ya no es simple circunstancia ni eco de los mil rumores que el dolor acumuló en lo profundo de la entraña, mas hecho total que resume la angustia de todo lo que fue y hubiera podido ser: explosión inaudita del combustible humano al ponerse —¡otra vez!— en contacto con la Divina llamarada. Ahora ese grito está en todas partes: se hunde como una espada en la blanda carne de los amigos, barre los rincones polvorientos, hace crujir las hojas muertas, despierta la pasividad de los bosques y activa —como una sugestión malévola— la horrenda palabra que todos ocultan como un delito. Ha golpeado el rostro de la realidad y anima su vigilia. Gregorio Arboleda, el primo Gregorio, calla tembloroso bajo la furia de aquel meteoro de sonidos. Las manos de los oficiales no aciertan a apretar los nudos sobre las maderas. Y el fuego de la cocina se

amortigua, porque aquella gran queja no cesa y es al modo de una lluvia de ceniza sobre la expectativa de las almas y de las cosas.

Media noche. En la altura se sucede un relevo de astros. La temperatura desciende bajo el ojo turbio de la luna de invierno. Es la hora en que los hombres aman y mueren.

La agonía ha cegado las pupilas del General, que sólo ve hacia dentro, el confín de su Yo: caminos de soledad, miradas de mujeres ardientes, las palmas de la victoria, manos que aplauden, puños cerrados por la cólera y el odio: "¡el camino de Jerusalén!" Es preciso huir. Los caminos están abiertos, anchísimos de desolación; los ojos de las mujeres refulgen como los soles del estío amoroso, y hay una vegetación total, lujuriosa y salvaje, formada de palmeras y puños y aplausos; hay ríos de lágrimas que es preciso esguazar heroicamente; horribles colinas formadas de huesos, fruto árido de la guerra, que se impone tramontar; largos desiertos de incomprensión; más ríos espesos de sangre caliente, y ese callado jinete cuya capa de terciopelo es una forma negra del viento. ¡Huir! ¡Huir! Y otra vez el trágico alarido:

—"¡Mi caballo! ¡Mi caballo! ¡Mi caballo!..."

Sacudido por los espantosos paroxismos, bloqueando agónico, el General ha caído una y otra vez fuera de la crujiente yacija. No hay fuerzas que puedan sujetarlo. Su cuerpo es ya como la flecha en el arco. Mientras lo trasladan—en medio de la habitación— a una piel de res, aproximándolo a la tierra, que es ahora más suya que nunca, alguien observa una obstinada humedad en las ojeras del moribundo, como si desde el fondo de los siglos

una ligera y tibia llovizna hubiese venido a mojarlas —¡patético símbolo de humanidad deshecha!

¡Esto eres ya, General!: un somero manantial de lágrimas, un sordo estertor, un espasmódico pedazo de fiebre y sed sobre la tierra gris. El lívido jinete nocturno ha desmontado y puede adivinársele a la puerta, con su sonrisa de hielo, la diestra enguantada sobre la cintura, el airón de la antigua gorra levemente balanceado por la brisa. Te está mirando, General, y su gesto glacial significa que te ha vencido. Pero tú no lo ves, aun cuando te estremezca la frialdad de su rictus y poco a poco —bajo su influjo— empieza a bajar la temperatura de tu sangre hacia los cinco grados subnormales. No puedes distinguirlo porque estás asomado al océano de lo que fueron tu vida y tu pensamiento: pasión hecha trizas sobre los años, como luz de sol sobre el agitado lomo de un río. De lo físico, ya no existen ni el dolor ni la sensación corpórea ni las palabras ni las miradas: sólo ese helado soplo que todo lo analgesia y adormece. Tú y El. ¡Levántate y ríndele las armas, mi General!

¡La mariposilla se ha quemado en el velón!

¡Silencio!

El primo Gregorio pone su mano sobre el corazón quieto. Luego, sale al corredor en donde la camilla está casi terminada. Llama aparte al Mayor Luna, y muy paso, con la boca casi pegada a su oído, silabea la palabra. Un reloj brilla en la mano del Mayor: las dos y cinco. Falta mucho para amanecer. Silencio y lágrimas. Adentro, está él, solo. Empieza a crecer la Séptima Soledad...

FELIPE ANTONIO MOLINA

La República está consagrada al Corazón de Jesús, de lo cual se burla la ignorancia fanática; pero esa consagración es una gloria muy alta y una acción que concuerda con la conducta de las grandes naciones. Ningún pueblo más grande que el pueblo romano y ningún pueblo más religioso puesto que sellaba siempre con la intervención de sus deidades todos los grandes actos de su república o de su imperio. Estar consagrada una nación al Corazón de Cristo, es estar consagrada a la Caridad Divina, al Amor infinito, al Espíritu de Dios que creó y anima el universo y en quien está la razón de la justicia, de la libertad y de la prosperidad de los pueblos.

MARCO FIDEL SUAREZ

Leonardo y el Paisaje Leonardesco

Por Enrike Torregroza

Para "FUERZAS DE POLICIA"

Extraño caso el de este hombre que vivía en trances perennes de estudio, con su alma de niño atormentado, ingeniando inventos y plasmando en lienzos eternos la psicología de la belleza. Su vida rodeada de anécdotas y leyendas (no podía ser menos en un hombre del siglo XV que aún existe en el presente, se presta a un cuento fabuloso de mítica raigambre helénica.

Nacido en el burgo de Vinci, sus biógrafos contemporáneos inventáronle la primera leyenda de que cuando apenas dos años florecían en su cuerpo, la presencia aerostática de un milano, cual fatal designio, perturbó su sueño lunado de infante. Es muy posible que el nuevo Ganimedes frustrado hubiese visto no uno sino miles de esos pájaros, miniaturas de águilas, que abundaban en esa región de la Toscana. Pero en nada iría a intervenir en su formación de hombre y artista el presagio funesto que atormentara siglos más tarde, por la presencia de un cuervo, el alma de Poe. Leonardo no era supersticioso como Miguel Angel y otros muchos hombres célebres de la época. Su contextura espiritual ciclópea la aportaba al trabajo constante, despreocupado de las nimias supercherías de todos los tiempos. Más bien el vuelo de los milanos, como el de otros muchos pájaros, contribuyó para que ideara, años más tarde, el primer planeador mecánico de la tierra.

Entre la ciencia y el arte se debatía este fenómeno de la inteligencia. Su juventud es un capítulo de persecución y calumnia, pero es el pedestal de su formación, la base principal para el desarrollo de su inquietud intensa y de su gesto. Entra al taller del Verrochio como un autodidacto y sale como tál. Tan sabio como artista se introduce concienzudamente en la investigación profunda hasta lograr de ésta el análisis convincente, movido siempre por la pasión de hallar nuevas rutas en los campos de la invención y del arte. Su tormento residía en la constante busca de la originalidad; de ahí que se agudizara su imaginación, embebido en escudriñar el alma de las cosas.

A través de todas sus biografías se le ha calificado de maestro del retratismo psicológico; se ha dicho que es el precursor de grandes inventos modernos; se ha comentado como filósofo; teórico y astrónomo; se ha llegado a la conclusión de que es el formal antecesor de Galileo, Bacon y Descartes; se le ha comparado con Platón y Goethe; se le ha calumniado inmisericordiosamente; se le ha analizado en muchos aspectos de su vida de hombre, de artista, de científico. Mas sin embargo, poco o nada es lo que se ha dicho en cuanto respecto a su mayor aporte en el campo de la pintura.

Sabido es que de todas las actividades que cultivara, su genio perdura como pintor. Leonardo fue por encima de todo un pintor. Y dentro de esta vasta faceta de su talento, es donde consigue emparentarse su alma introversa con el paisaje. Todos sus conocimientos científicos lo condujeron al trascendental descubrimiento de la perspectiva aérea en el arte de su pintura. Para ello sus figuras tendrían que moverse en forma articulada bajo el orden espacial que las matemáticas establecen. No habrá obra del artista florentino en que la profundidad del paisaje leonardesco no juegue el papel más importante.

La iniciación de su descubrimiento se produjo seguramente cuando de niño creciendo se perdía entre las escarpadas rocas de Monte Albano. El espectro de las sombras producidas por los riscos aguzaba su mente inexplorada aún. Un día experimentó el contraste de la contraluz al deambular por medio de una oscura cueva entre la humedad de las rocas. Le sobrecogió la sensación de lo desconocido y en su desenfrenado afán de conquista, comparaba los enormes estratos con extrañas formas que se desdibujaban en su imaginación. Por primera vez vieron sus ojos la profundidad del paisaje, de ese paisaje que algún tiempo después trasladaría a su cuadro de la Virgen de las Rocas.

Otras veces, tendido sobre la hierba, bajo la sombra corpulenta de vetustos árboles, indagaba en la intimidad del follaje tatuado de sol, cuando las hojas se transparentaban en diáfanos colores, ondeando en resplandores que refrescaban su pupila. El buscaba su propio paisaje, el de sus campiñas pobladas de abetos y cipreses, de olivos y sauces, pero procurando romper con las fórmulas conocidas hasta ese entonces. Fue de esta manera como procedió en forma distinta a su maestro Andrea del Verrochio, a su condiscípulo Sandro Filipepi Botticelli y a todos los pintores florentinos de su siglo, cuando buscaba la sensación de aire, de profundidad, de fluidez en la superficie de sus cuadros, saliéndose del sistema árido y anguloso de los primitivos. Se ha dicho que Gozzoli y Ghirlandajo instintivamente daban más profundidad a sus paisajes que Leonardo, posiblemente en cuanto hace al sentido de los valores exactos, pero Da Vinci, metido en los cálculos de su perspectiva, afrontó el problema de la tercera dimensión en el cuadro. Sabido es que la naturaleza goza de las tres dimensiones, pero si la trasladamos a un mural o a una tela indefectiblemente la haremos aparecer con dos. Hasta en esto Leonardo era un precursor.

Desde cualquier ángulo su pupila desconcertante captaba las diferentes posiciones y distancias de sus motivos dándoles valor correspondiente en la limitada extensión de la obra. Situaba el punto de vista de acuerdo con sus informaciones de las matemáticas, pues él no concebía el arte sin el apoyo de esas ciencias en las cuales fundamentaba sus principios, procurando hallar los puntos de fuga a través de la discriminación armónica de los planos. Hasta ese tiempo, a excepción de algunas incursiones del Verrochio, ningún artista italiano había tratado de resolver los múltiples problemas que dentro de la perspectiva se presentan a diario a los pintores.

Con esto Leonardo creaba su propio paisaje, su paisaje leonardesco. Su espíritu de artista no solamente se reflejaba en el alma de sus modelos sino que se repartía con elación misteriosa por todos los aspectos del paisaje. Es por eso que muchos se extrañan de la grandiosidad de sus composiciones salidas de lo común en su tiempo y todavía en el presente. En el caso de "La Cena" el artista consiguió proporciones y valores distintos a los de otros pintores que habían trabajado en el mismo tema. No se ignora que por espacio de dos años los maestros italianos se interesaron en el asunto de la Cena, entre ellos Duccio y el Giotto que conservaron la tradición bizantina; siguiéronles Andrea del Castagno y los pintores del siglo XV que consintieron en presentar de frente a los apóstoles, excepto a Judas, con Jesucristo en la mitad, en el momento culminante de la repartición del pan. Es muy posible que Fr. Angélico fuese el primero en representar a Jesús en el instante de ofrecer la comunión a sus discípulos, y que esa misma escena la pintara también Eignorelli; pero Da Vinci, conservando la ubicación expuesta por Castagno, logró ir mucho más allá en su intención religiosa al encontrar la profundidad aérea en el recinto en donde se desarrolla el drama, inspirado en las palabras de Cristo: "En verdad, en verdad, os digo que uno de vosotros me traicionará".

Seguramente ese sentido de la simple interpretación tampoco fuese cosa nueva, pues como que ya Ghirlandajo lo había ideado tres lustros antes en el fresco que ejecutara en el convento de Ognissanti; mas entre esta obra y la de Leonardo en



Milán, comparadas en su intrínseco valor funcional y estético, existe una abismal diferencia. El detalle novedoso de Da Vinci consiste en el prodigioso aprovechamiento de la perspectiva aérea en la pintura. El cuadro, actualmente en reparación, abarca todo el fondo del refectorio, cuyos muros indican claramente la profundidad al prolongarse hasta un conjunto de tres ventanales luminosos, que permiten ver, en armónico contraste con las figuras del primer plano, un paisaje montañoso, el mismo paisaje de su infancia, el paisaje leonardesco que no faltaría jamás en sus más famosas obras. Ahí están "La Virgen con Santa Ana", "La Leda", "San Juan Bautista", restaurado como Baco, y la popular Madonna Elisa, o Mona Lisa, la tercera esposa de Zanobi Francesco del Giocondo, conocida como la Gioconda, la única mujer que realmente amó Leonardo.

Y concretándonos al caso de Madonna Elisa, poco nos interesa hubiera sido una mujer de la galante corte, una burguesa del pueblo o una fámula; si en realidad era la esposa de Messer Giocondo o un efebo núbil con cara de andrógino. La Gioconda, tal como la pintó Da Vinci, representa por primera vez a Leonardo extravertido, el Leonardo enamorado de un tipo de belleza imaginado por él. La figura de esa mujer, con su trillada enigmática sonrisa y la sugestiva mirada de Leonardo tiernamente amartelado, sólo es concebible coronando el paisaje de montañas que le sirven de fondo, de ese paisaje inadvertido por críticos y que es el alma del genial artista, del espíritu leonardesco que está más allá de las cosas mundanas.

A El, a ese Dios y Rey de nuestras almas, a ese hermano adorado y amigo dulcísimo, venimos porque estamos trabajados y abrumados, porque deseamos trocar el yugo que nos agobia por su yugo llevadero y suave y porque en medio de esta noche social, El es el camino, la verdad y la vida. El sabe que hoy en el mundo, Colombia, aunque incipiente y lacerada, es de los pocos pueblos que le confiesan, pues se consagró a su Corazón, ha reconocido legalmente su soberanía y hecho de este Congreso Eucarístico un acontecimiento nacional.

MARCO FIDEL SUAREZ

* * *

Oh Dios de amor y de poder! Da tus pies a los colombianos que queremos llorar sobre sus llagas los errores pasados ;de las llagas de tus manos derrama óleo divino sobre las heridas de este pueblo; y en la llaga de tu corazón guarece las generaciones inocentes. No permitas que ningún colombiano sea siervo intelectual de enemigos extranjeros tuyos.

MARCO FIDEL SUAREZ

* * *

La historia no está vendida a ningún partido, una vez que ella es espejo de la vida y una vez que la vida es tejido de errores y flaquezas. Lo peor para nuestra tierra lo irremediable, sería que en su genio se debilitaran aquellos sentimientos e inclinaciones que son la base de ese carácter, y que fueran reemplazados por la indiferencia y el egoísmo. Para ayudar a evitar tanto mal, es preciso, es obligatorio, trabajar hasta el fin.

MARCO FIDEL SUAREZ

EN LA INAUGURACION DE UN PROGRAMA

Por el Teniente Coronel Guillermo Padilla

(Palabras pronunciadas a nombre del Comando de la Institución para inaugurar el programa "Fuerzas de Policía", el 7 de Febrero, en la Radiodifusora Militar de Colombia).

Cumplo con el gratisimo y alto honor de inaugurar el programa radial denominado "FUERZAS DE POLICIA". Por determinación del señor Brigadier General Deogracias Fonseca, Comandante de esta rama de las Fuerzas Armadas y a nombre suyo, declaro solemnemente creada esta hora semanal que se ha dado a nuestra institución policiva, para llevar a los compañeros de las Fuerzas Militares la renovación del permanente espíritu de confraternidad profesional y nuestra decisión de sacrificio en todo lo que signifique prosperidad y grandeza para Colombia. El personal policivo, fiel a sus compromisos, estará velando al lado de sus hermanos de armas por la permanencia de los postulados de PAZ, JUSTICIA y LIBERTAD, que no es el lema sólo de quienes vestimos el uniforme militar, sino también de todos los buenos compatriotas.

Por mi conducto, las Fuerzas de Policía, desde su General Comandante hasta el último de los agentes, expresan su más cordial agradecimiento al señor Brigadier General Rafael Calderón Reyes, Jefe del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas, alma de este caudaloso movimiento cultural para la Institución Armada. Su interés y su entusiasmo, nitidamente captado por todos los dirigentes y operarios de la Radiodifusora Militar, está llevando esta estación a la primera fila entre sus congéneres de la América. Nobilísima misión esta de contribuir a la educación de los co-

lombianos privilegiados con el orgulloso timbre de ser soldados de la Patria; de hacer más amplio el horizonte de sus aspiraciones; de elevar su espíritu a los campos del arte y de la ciencia; de suavizar las fatigas de su diaria faena y de hacerles vivir la realidad de la tierra que defienden y que amaran más cada día al llegar a sus mentes la luz de doctrinas y principios tradicionales de ideologías sanas, basadas todas en el más puro concepto de democracia, religionismo y sentimiento colombianista.

Para los hombres que llevamos sobre las espaldas la responsabilidad de la seguridad social, esta ocasión de traer nuestras inquietudes al micrófono de la radio militar, significa un trascendental paso en la permanente aspiración de acercarnos cada día más a todos los colombianos, cuya custodia en vida, honra y bienes es nuestra misión primordial. Al hablar así, estoy interpretando el más íntimo anhelo de cada guardián del orden y de la nacionalidad. Es un motivo de viva alegría el que experimenten todos y cada uno de los miembros de las Fuerzas Policivas al saber que el eco de sus voces va a llegar al hogar de todos sus compatriotas, por esta afortunada circunstancia. Las palabras de todos los que en adelante intervengan en este programa de las Fuerzas de Policía, estarán siempre animadas de la más sincera cordialidad, del mejor deseo de servir a la sociedad, del más franco sentimiento de superación espiritual y moral, y del más acendrado patriotismo.

Para la Radiodifusora Militar reitero la gratitud y los parabienes de la Policía en esta nueva etapa de su efectiva labor.

Suárez, ilustre defensor de la verdad católica, ruéga por la Patria.

ALBERTO MA. YEPES, Pbro.

EL GENERAL HERMOGENES MAZA

Por Rafael Bernal Medina

Para "FUERZAS DE POLICIA"

Si se pregunta a cualquier ciudadano colombiano que haya pasado por la escuela, sobre el General Maza, contesta que fue un héroe entre cruel, esforzado, bohemio y deslenguado. Este juicio es como la voz del pueblo, de la tradición, de la leyenda, es decir, como la voz de la verdad. Pudiera no ser cierto, pero esta fama es para el citado General la inmortalidad. Ahí están su nombre, su recuerdo, su evocación. Encarna evidentemente el espíritu de una época, el espíritu del odio y la venganza, como otros encarnan el de la hidalguía o el de la libertad. Una guerra se produce sin duda por amor en algo, pero lleva implícita una aversión. Para el General Maza la guerra de independencia no fue el ideal de patria ni de honor ni de grandeza, sino de exterminio de los españoles. Es el instrumento de la retaliación.

Se ha dicho que a los héroes los forman las circunstancias y el medio. Hombre éste de alma bronca, de firme brazo y de porte ingenuo, es al fin un héroe por lo que representa en la historia nacional. Muy joven va en filas a Venezuela, al mando de Bolívar, en la Campaña Admirable de los años de 1813 y 1814, y es testigo de la guerra a muerte, de la que hacen allá Boves, Rossete y Monteverde, verdaderos monstruos de sangre y depredación. No hubiera visto este infierno, habría pasado por las calles de Santafé de Bogotá con su humor dicharachero como un galante caballero rubio. Cuando en 1809 llega a los severos claustros del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, acompañado por su padre, el español don Felipe de la Maza, es un mancebo de complejión robliza y blanca tez, de 17 años. Ha heredado de su madre santafereña, doña Rosalía Lobo Guerrero, la afición por el estudio. Pero viene la revolución, la rebeldía. Las formaciones de estudiantes se convierten en cuerpos militares.

Bolívar está en Cúcuta y había pedido colaboración a Camilo Torres y a Antonio Nariño para que venezolanos y colombianos invadieran a Venezuela. De Santafé parte el Batallón 5º de la Unión: 500 hombres lo forman. Es comandado por oficiales cuya guerrera luce como un uniforme nuevo del colegio. Van Ricaurte, Girardot, Hermógenes Maza. Se incorporan al mando de ese demiurgo del verbo, del valor y de la guerra, bajo cuyo airón de Libertador entran triunfantes a Caracas, después de haber dejado en acres despojos los cuerpos de muchos de sus compatriotas.

Maza queda en Caracas para purgarla de españoles. Entre tanto la estrella de Bolívar periclita en Aragua y en La Puerta. Maza cae prisionero y lo botan a las mazmorras más seguras mientras lo fusilan. En estos días sufre hambres, azotes, tremendas lacerias. Las libaciones le mitigan en algo su dolor, pero le penetran las venas. Aquí se envenena definitivamente su alma. La víspera de la ejecución logra escapar de sus verdugos. Emprende la fuga a Santafé disfrazado de peón por sigilosos caminos. Tres años dura la ardua peregrinación. A su familia la dispersó el turbión del terror. En el barrio de Egipto yace rigurosamente oculto. Sus cabellos se han oscurecido y su piel se ha ajado. Alimenta en silencio odio tremendo y espera ansioso el momento de herir.



Clarea el 7 de agosto de 1819. Huye como una raposa el Virrey Sámano. Maza sale de su escondite como un rayo de venganza. No deja español con vida. En dos días él es prácticamente la mano justiciera.

El día 10 en una de sus rondas adelanta casi hasta el Puente del Común. Divisa unos jinetes. Grita el "alto". El jinete de adelante no se detiene, antes por el contrario como que va a su encuentro y al pasar de largo a distancia de la voz, "no sea pendejo", le grita, batiéndole la diestra. La mano de Maza tiembla ante Bolívar. Guarda la espada y se cuadra ante su jefe. Es ciertamente ingenuo. Pero como Bolívar lo conoce, aunque nunca lo elogia, sabe aprovecharlo. Los españoles son todavía fuertes en el río Magdalena. Ninguno mejor que el bogotano para hacerles poner pies en polvorosa.

Marcha a su destino. Desde Honda vuelve a restaurar la guerra a muerte. Baja por las turbias aguas, que remedan su conciencia o mejor su inconsciencia porque para él matar españoles constituye su ambición. Asalta a Tenerife. Cuerpo a cuerpo se mete a los barcos españoles. Vence. Implacablemente manda decapitar a los que quedan vivos. Para no equivocarse les hace pronunciar una palabra en cuya fonética queda evidenciada la procedencia española. (Unos dicen que fue *Francisco*, otros que *cazuela*. Para el caso es igual). Más de 200 víctimas purpuran el oleaje del trágico puerto.

Luégo va a las soleadas sabanas de Corozal y después con Padilla toma a Santa Marta. Aquí el fiero soldado se rinde por primera vez, más no ante otro soldado sino ante la gracia de Manuelita Conde, quien lo ata dulcemente. Suspende la sangre y el alcohol. Se casa. Dura un mes en el idilio y de nuevo se enrumba hacia la guerra.

Por Panamá sale al Ecuador y al sur de Colombia. Ya ha sido ascendido a Coronel. En Guaranda no respeta el derecho de asilo sagrado y manda degollar a 300 españoles que se han refugiado en la iglesia, después de hacerlos salir. Las lozas del atrio alcanzan a salpicarse de la roja venganza.

En Barbacoa sigue intacta su bravura. Su locura preocupa la serenidad de Bolívar y como magistrado ordena que no quede en la inacción. Se le pone al frente de las más arriesgadas empresas. Uno de sus biógrafos, Delgado Nieto, trae este sofocleo relato: "Al regresar de una de esas comisiones que se consideraban sin regreso posible, su parte de guerra fue tan original y elocuente que no hace falta comentarlo: "La posición está tomada, y *aún vive Maza*".

La guerra americana ha terminado. Maza regresa a Bogotá. Empieza a morir de fastidio. Su pobreza, su vicio del alcohol y acaso su rudeza impiden que vuelva a unirse con su esposa. El humor bogotano se torna en hábito bergante. En alguna ocasión Bolívar lo increpa: "Otra borrachera... Coronel". —Nó, mi General, responde, es la misma.

Ya es un hombre vencido. No busca sangre en la paz. En 1826 el Gobierno lo asciende a General. Con este título aparece en la historia. Siente nostalgia del río y se va a Mompós. Durante quince años languidece en este puerto y hastiado de vivir, muere el 14 de julio de 1847.

Colombianismos

Por Julio César García

Para "FUERZAS DE POLICIA"

ALCANFOR. (Batallón). Del árabe *alcafor*, sustancia volátil. En Costa Rica es *alcahuete*, según Malaret. En Colombia se designó un batallón formado por jóvenes liberales de las más distinguidas familias de la capital, que lucharon con valor y bizarría contra la revolución de 1876, especialmente en la batalla de Garrapata. Dentro de las filas del gobierno representaron papel paralelo al de los jóvenes conservadores que formaban la guerrilla de Los Mochuelos. Escribe don Tomás Rueda Vargas que los alcanfores recibieron el encargo de perseguir en el páramo a sus compañeros de bailes y serenatas de la víspera: "Al abandonar su *vivac* cada mañana, los mochuelos dejan a sus amigos parte de su *fiambre*, no sin dedicar el obsequio con una *décima* picante y cariñosa. A su turno, cuando en las mil vueltas del inmenso páramo quedaban los alcanfores adelante, correspondían a sus enemigos de hoy —amigos de ayer y de mañana— con regalos de cigarrillos, de licores finos, de galletas, acompañado todo por el epigrama en que lucía, entre otros, el ingenio inagotable de Jorge Pombo". Con razón se ha dicho que "fue aquella una guerra de caballeros", en la que abundaron los episodios románticos.

ALFEREZ. En Colombia y también en Bolivia se llama *alférez* a la persona elegida para pagar los gastos de una fiesta, especialmente religiosa. En Guatemala y Honduras, según Malaret, es "palabra con que se designa a una persona sin nombrarla". La primera significación la explica don Rufino J. Cuervo así: "Como era natural que siendo éste (el *Alférez Mayor*) la persona más conspicua, costease los festejos o hiciese algunos por su cuenta, de ahí hubo de originarse el que llamemos así a la persona elegida para hacer los gastos en un baile o cualquiera otra fiesta". Sobre el plural de la voz *alférez* cita autoridades que lo hacen *alféreces*, aunque también Cervantes y Lope de Vega usaron el plural *alférez*, para concluir con Salvá que "la primera forma (*alféreces*) es sin duda la más autorizada".

ARRASTRE. (Ley de). La acción de arrastrar o llevar tras sí, fuera de los significados usuales en relación con el transporte de maderas, en los juegos de naipes, etc., en Colombia lo mismo que en México es *molino* donde se pulverizan los minerales de plata y oro que se benefician por *amalgamación*; en Cuba y Río de la Plata se aplica a la influencia política o social, según Malaret. Entre nosotros la acción de arrastrar se aplica por virtud de la Ley 39 de 1946 (artículo 1º) a las listas cuyos votos válidos no hubieran alcanzado una cantidad por lo menos igual a la mitad del *cuociente*, cuyos votos se acumularán a las del mismo partido que hubiere alcanzado mayor número, aunque hayan sido inscritas con distintos calificativos. En concepto del doctor Eduardo Rodríguez Piñeres (*El Olimpo Radical*, 19), la representación proporcional ha sido "falzada con la vergonzosa ley del arrastre".

BARTOLINO. Así se designa al alumno del Colegio de San Bartolomé, fundado en Santafé de Bogotá por el Arzobispo señor Bartolomé Lobo Guerrero en el año de 1604. A este nombre se vinculan páginas gloriosas de nuestra historia, pues *bartolinos* fueron muchos de los fundadores de la República y mártires de la libertad, insignes prelados y hombres de letras y veinticuatro al menos de los mandatarios que ha tenido el país.

BORDADITA. (La). Fray Cristóbal de Torres, fundador del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, antes de venir al arzobispado de Santafé de Bogotá, había sido predicador de las cortes de Felipe III y IV y confesor de la Reina Margarita de Austria. Cuando la augusta soberana tuvo noticia de la fundación realizada por su antiguo confesor, quiso darle una prueba de su deferencia y bordó personalmente una primorosa imagen de Nuestra Señora del Rosario, para que sirviera de patrona a los colegiales de este Instituto. A lo largo de tres siglos todos los rosaristas hemos tenido particular devo-

ción a esta preciosa imagen, que todavía preside los destinos del claustro desde el Altar Mayor de la capilla y a la cual se la llama cariñosamente La Bordadita, nombre éste conocido y amado en todo Colombia, pues los hijos del Colegio del Rosario han llevado el culto a Nuestra Señora en esta advocación a todos los confines de la Patria.

CACHACO. Este término, que no está en el Diccionario, se usa con distintos sentidos en varios países de América. En Puerto Rico significa español reaccionario; en Lima, policía; en Colombia, Ecuador y Venezuela, gomoso, petimetre o pisaverde; en Colombia, rizo de las mujeres sobre los temporales o la frente; también se designa así en la costa a los habitantes del interior; en Antioquia equivale a veces a generoso, obsequioso o atento, y con este sentido se habla de cachacadas, cachacuras o cachaquerías; en el Huila se designa una variedad de plátano, semejante al guineo o popocho. Cachaco, dice don Rufino J. Cuervo en las Apuntaciones Críticas, significó primeramente entre nosotros desaliñado en el vestido, y todavía en casa nos decían cuando teníamos traza de estudiante descuidado: "estás muy cachaco". Como por los años de 1830 los jóvenes, y en particular los estudiantes, tomaron calurosamente parte en los movimientos que precedieron y acompañaron a la creación de la Nueva Granada, sus contrarios los llamaban desdeñosamente cachacos; pero habiendo triunfado, lo que había sido denigrativo se hizo título de honor, y vino la voz a significar joven elegante y garboso, no pocas veces un tanto amigo de aventuras; hoy es uno de tantos equivalentes de lechuguino, petimetre.

CACHIFO. En América Central, Colombia y Venezuela significa muchacho, jovencito; en Colombia y Ecuador, estudiante novel de un colegio, anota Malaret; para Uribe Uribe es menorista, rapaz, muchacho, pilluelo, sin ninguna explicación; don Rufino J. Cuervo incluye esta voz entre aquellas cuyo origen ignoraba, por menorista en latinidad, niño, rapaz, muchacho en general. Don José María Samper dice en su Historia de un alma que cachifo era sinónimo de "aprendiz de latín". Veníale su nombre del que se daba a los primeros estudios de latinidad (cachifa) y por ampliación se había extendido a los muchachos de cierta clase que estudiaban idiomas, matemáticas o filosofía. Floreció en el período universitario de 1826 a 1842; "nunca fue pilluelo universitario... algunos estudiantes del tiempo a que me refiero, y aun de época posterior, han conservado el nombre antonomástico de cachifo, así como otros han envejecido con el de patán".

(XVII, La Universidad en 1843). Según el cuadro de costumbres, El Estudiante de don Medardo Rivas, en dos años de cachifa en el Colegio del Rosario se llegaba apenas a traducir las fábulas de Fedro, con el auxilio de buenos diccionarios. Ninguno de los autores citados explica el origen de la palabra cachifa, que según informe de un respetable latinista proviene de una gramática elemental cuyo autor era un P. Cachifo. No he podido hallar, sin embargo, un ejemplar de dicha obra ni referencia concreta a su autor.

CARIBE. (Grupo). Anota don Rufino José Cuervo que esta voz se encuentra ya en el glosario que acompaña a las tres primeras décadas de Pedro Mártir de Anglería, publicadas en Alcalá en 1516, como voz de las Antillas o de la Tierra firme hasta entonces conocida. Entre las dos tendencias opuestas de México y de la Argentina, que atribuye la primera a una importancia predominante al elemento aborigen, con menosprecio del europeo, y la segunda finca su orgullo en la herencia europea, desestimando la indígena, está el justo medio del mestizaje o mezcla de blanco europeo y de indio americano, que constituye el signo del destino histórico de América y la solución de equilibrio que en las conferencias panamericanas ha dado lugar a que con el nombre de grupo caribe se sumen las naciones que baña el mar Caribe y las que le son afines como las que con Colombia, Ecuador, Venezuela, Panamá, Bolivia y el Perú toman el nombre de bolivarianas. Al quedar constituida en núcleo de esa agrupación, Colombia ha consolidado su prestigio internacional.

CARRASQUILLA. (La). Así se llamó por mucho tiempo en Antioquia la vacuna contra la viruela, a causa de que quien primero la aplicó fue don Juan de Carrasquilla, afamado recetador y hombre de mucho espíritu público en la villa de Medellín. Al pasar por Nare la célebre expedición que dirigía el doctor José Salvani y que cantó don Manuel José Quintana, envió don Juan a dicho puerto a dos jóvenes esclavos suyos para que les inyectaran el virus, los cuales fueron el vehículo que sirvió al señor Carrasquilla para propagar la vacuna en el territorio antioqueño y a quienes les otorgó la libertad (1804).

CENTRO-FEDERAL. La Constitución de 1853 ha sido calificada como centro-federal, pues dentro de una organización unitaria central dejaba a las provincias el poder municipal en toda su amplitud, y dio campo para que las antiguas provincias se organizaran como Estados federales.

DORADO. (El). En Latacunga refirió a Luis Daza un indio procedente de Cundinamarca que en su tierra el cacique de Guatavita acostumbraba bañarse en una laguna después de haber cubierto en oro todo su cuerpo. Oído esto por Sebastián de Belalcázar, exclamó: "Vamos a ver ese dorado". De allí el nombre de El Dorado, poderoso imán que atrajo de sur a norte a los conquistadores de gran parte de nuestro territorio; así como el tesoro del Dabaibe, que según los indios debía hallarse a cuarenta leguas del golfo de Urabá hacia el interior, atrajo a los conquistadores de Antioquia del norte hacia el sur. En busca de El Dorado se hicieron después notables expediciones, de las cuales la más importante fue la de Gonzalo Jiménez de Quesada a los Llanos Orientales. Sobre El Dorado escribió el doctor Liborio Zerda un libro de notable interés científico y literario (reimpreso en pésima edición de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, N^o 113).

EUMENIDES. En la tragedia de Esquilo las furias recibieron el nombre de euménides o benévolas por eufemismo, o también porque además del oficio de vengadoras tenían la misión de admitir la reconciliación de los pecadores. Don Marco Fidel Suárez llamaba euménides a sus perseguidores, a quienes calificaba como "políticos de acción y palabras violentas".

FILOTEMICA. Amiga o defensora del derecho (de filos, amigo, y Themis, derecho, diosa de la justicia). Se formó este vocablo para designar la Sociedad de estudiantes conservadores que se instaló en la Quinta de Bolívar el 28 de octubre de 1850, onomástico del Libertador, con el objeto de contrarrestar las campañas de la Escuela Republicana, formada por jóvenes profesionales y estudiantes bartolinos. De la Sociedad Filotémica formaron parte, entre otros, Carlos Holguín, José María Pinzón Rico, Joaquín F. Vélez y Juan Esteban Zamorra; sus ideas, como se comprende, eran bolivarianas, pero en varios puntos coincidían con las de los jóvenes liberales de la Escuela Republicana. Al estallar la revolución conservadora de julio de 1851 contra el gobierno del general José Hilario López, los de la Filotémica fueron reducidos a prisión por los de la Republicana, y a esto debieron su salvación, pues fueron tratados con deferencia por los amigos del partido contrario, pero la Sociedad quedó extinguida.

GUAQUERIA. Del americanismo guaca, voz derivada del quechua guaca, entierro, tesoro, adoratorio y ofrendar hechas en él, tenemos guaquear, hacer excavaciones

en busca de objetos arqueológicos pre-colombinos, especialmente de oro y cerámicas; guaquería, costumbre de registrar las guacas o tumbas indias en busca de objetos de valor; guaquero, el que se aplica a la guaquería, términos que Malaret reconoce como colombianismos. La guaquería ha venido a constituir un verdadero arte y auxiliar imprescindible de la arqueología y la etnología (véase Recuerdos de la Guaquería en el Quindío, por don Luis C. Arango, Barcelona, 1923).

HEGEMONIA. Del verbo griego hegemonai, guiar, mandar, tenemos hegemonía, guía, jefe, y de allí hegemonía o hegemonía, supremacía, por la que un Estado ejerce sobre otros, como Macedonia sobre la antigua Grecia. Por extensión se aplica esta palabra a la supremacía de un partido sobre otro dentro de la misma nación.

LIBERTADORA. Al regresar al Palacio de San Carlos, después de haber pasado horas de terrible angustia bajo el puente de El Carmen, en la noche del 25 de septiembre de 1828, dijo Bolívar a doña Manuela Sáenz: "Tú eres la Libertadora del Libertador". La presencia de ánimo de esa admirable mujer contribuyó de manera decisiva a salvar la vida del Padre de la Patria. Manuela Sáenz, La Libertadora del Libertador, el nombre de un libro del escritor ecuatoriano Alfonso Rumazo González. Segunda edición, Buenos Aires, 1945. El notable investigador Víctor Wolfgang Von Hagen, autor del apasionante libro "Sud América los llamaba", tiene documentos para una obra que publicará próximamente, con los cuales rectifica muchos de los datos que se han venido dando sobre doña Manuela.

MANOS MUERTAS. Se llamaron bienes de manos muertas los pertenecientes a las comunidades religiosas, colegios y fundaciones de beneficencia, que por el mismo hecho de estar vinculados a esas instituciones no se podían enajenar. El general Tomás Cipriano de Mosquera, como Presidente provisorio de la República, dictó el 9 de septiembre de 1861 el decreto de desamortización de tales bienes, que fueron vendidos en remate público, y sobre los cuales cayeron uñas de manos vivas.

MONO DE LA PILA. En varias ciudades de Colombia ha existido un mono de la pila, figura de piedra que sirve de sostén al recipiente de agua en una fuente pública. Con relación sin duda a la dureza de la piedra, que lo hace indiferente al dolor, se oye el refrán sobre la inutilidad de quejarse al mono de la pila o también so-

bre las quejas que se elevan a ciertos funcionarios y a las cuales presta mayor atención el mono de la pila. En 1582 llegó a Santafé de Bogotá el Oidor don Alonso Pérez de Salazar, quien al lado de sus severísimos actos de justicia hizo quitar el rollo o picota de la plaza mayor y colocar en el centro de ella una fuente pública de piedra, ornamentada con los escudos de armas de España y de la ciudad, y coronada con una tosca estatua de San Juan Bautista, a la cual llamó el pueblo el mono de la pila. Cuando en 1846 se iba a erigir la estatua del Libertador, se trasladó la pila con su mono a la plazuela de San Carlos; en 1890 se sustituyó la primitiva fuente por otra de bronce, colocada en el jardín de la plazuela de San Carlos y el mono de la pila fue llevado al Museo Nacional, como objeto arqueológico.

PACHECO. No sé que en otros países se conozca con este epíteto al ignorante y lerdo, que tiene sin embargo el arte de callar solemnemente y aparentar discreción y aplomo cuando es incapaz de dar una opinión acertada. El célebre escritor portugués Eca de Queiroz sólo vino a ser conocido en España después de su muerte, ocurrida en 1900. En su Epistolario de Fradique Mendes fijó "el inmenso talento de Pacheco" como uno de los caracteres mejor definidos de la literatura moderna; en Colombia cualquiera persona medianamente culta entiende el motivo por el cual se llama Pacheco o solemne Pacheco al sujeto que se distingue por las cualidades negativas del personaje de Queiroz. En Venezuela, según Malaret, Pacheco significa frío, y así se dice: el pacheco me está mordiendo la piel.

TIEMPO DEL RUIDO. Con el refrán "Eso es del tiempo del ruido", para indicar la antigüedad de una cosa, se reemplaza entre nosotros la locución familiar "Del tiempo de Maricastaña, del Rey Perico o del Rey que rabió". Hace referencia al ruido extraño que se sintió en Santafé de Bogotá en la noche del 9 de marzo de 1687. El Padre José Cassani en su Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús en el Nuevo Reino de Granada dice a este respecto lo siguiente: "No fue (el ruido) de tan corta eficacia ni fortaleza que no interrumpiese la fuerza y pesadez del primer sueño a los que por trabajadores estaban ya entregados al descanso (eran las diez de la noche), de suerte que es la mayor ponderación de la verda-

dera seguridad de que no hubo persona a quien no espantase y que no lo oyese. Al primer golpe dudaron todos, al segundo temieron, al tercero se aterraron, y con la perseverancia salieron de sí, y aun de sus casas, y aun de la ciudad. No es fácil referir la turbación y la conmoción de aquella noche: sólo aquella prosopopeya con que nos representan los predicadores el día del juicio puede prestarnos alguna explicación a lo que físicamente sucedió la noche del espanto. La gente toda fué de las casas por el temor de que se venían abajo; unos medio vestidos, como estaban en sus posadas; otros enteramente desnudos, porque estaban acostados, y todos gimiendo y clamando misericordia discurrían sin tino por las calles; nadie sabía a dónde iba porque nadie sabía dónde estaba; todos clamaban al cielo porque veían que les faltaba la tierra; fue preciso abrir las iglesias, en donde se refugiaba el terror, huyendo de la divina justicia". Quiénes creían que se derrumbaban los cerros de Monserrate y Guadalupe, otros que se acercaba una tropa disparando su artillería, para resistir a la cual aprestó gente armada el Presidente don Gil de Cabrera y Dávalos; los del norte corrían hacia el sur y los del sur hacia el norte, en confusión creciente; un fuerte olor de azufre, que seguramente fue obra de la auto-sugestión, hizo pensar a no pocos que una legión infernal vagaba por la atmósfera y era la causante del ruido. Cuando al cabo de varios meses el cajón o correo trajo la noticia del terremoto de Lima, que destruyó el puerto del Callao y las minas de Huancavélica, se estableció la coincidencia de los dos acontecimientos y la causa del que había sembrado el pavor de esta capital.

TUNJO O CHUNSO. Era en el idioma muisca ídolo o deidad. Hoy significa figurilla de oro o de otro metal fabricada por los chibchas, que reproduce con esmero hombres, animales o figuras simbólicas. Las pequeñas dimensiones de estos fetiches o amuletos se atribuyen a la pobreza de oro de los chibchas, que contrastaba con la abundancia del precioso metal entre los quimbayas, los cuales fabricaban objetos de oro macizo y de grandes dimensiones, en tanto que los habitantes de la altiplanicie eran orifices igualmente perfectos pero tenían que limitarse a trabajos de filigrana y de láminas delgadas y sólo en miniaturas usaban las formas redondas y macizas.

Una Poesía para Indo-América

Por A. Rodríguez G.

Para "FUERZAS DE POLICIA"

(Palabras pronunciadas con motivo del homenaje que la intelectualidad uruguaya rindió al poeta Angel Falco).

Sí. Amigos. Estamos ante la realidad, sin posibles conjuras, de uno de los más grandes poetas americanos de estos tiempos. No quiero referirme al Angel Falco, de los días rojos, cuando enarbolaba voces libertarias en el mástil de las reivindicaciones sociales, campo propicio para los logreros de la política en todas las latitudes. Me refiero, escuetamente, al gran poeta que ha penetrado en la callada noche de América para traernos un mensaje un poco profético. Porque quienes pensamos en la nueva raza, tenemos que aceptar necesariamente que ella estará también integrada por la eterna levadura del indio y del hispano. En su sangre tienen que darse cita las fuerzas jubilosas, cósmicas, que prefijaron las grandes líneas esculturales del antiguo continente.

No podemos echar las anclas y aprestarnos sumisamente para la navegación racial y sentimental, si prescindimos de los elementos esenciales que nos mostraron el duro perfil de un mundo nuevo. Y precisamente Angel Falco, con una fuerza épica que soy el primero en admirar sin regateos, ha penetrado en el silencio humilde de la piedra, en el dolor del indio, en la noche de las Cosmografías, para venir hasta nosotros armado de centellas. Sí, señores; en la poesía que conozco de Falco, está América, púber apenas, de largos flancos de corza, cintura fina, seno casi maternal y ojos un poco oblicuos por la rara extrañeza de las Teogonías, pidiéndonos que la libertemos como a una doncella enclaustrada, de quienes pretenden vestirla con aderezos europeos, falsificarle el espíritu y convertirla en dócil sierva de culturas hedonistas, crepusculares maceradas lentamente por escritores deshechos de literatura, tanto de fin de siglo, como plulante de llagas, a lo Sartre y sus epígonos.

Falco sabe que el continente está virgen y su cinturón de frescuras no ha sido roto aún por la mano lujuriosa de frenéticos navegantes en mundos extraños al nuestro. Y que debemos hacer la gran unidad americana, si queremos tener un sitio de decoro en la historia. Nadie ha escrito la biografía de los segundones que atizan el chisme en las antesalas palaciegas. Se habla de los príncipes, de los guerreros, de los conquistadores, de los libertadores, en fin, de quienes cumplieron su propia parábola, aunque no haya sido completa la órbita humana. Por eso, este poeta admirable ha penetrado en la leyenda de nuestras antiguas razas y nos trae un mensaje propio, porque gotea lágrimas y sangre.

Nada de calcos, de imaginaciones. El mundo antiguo, aquel de razas nobles, que cayeron bajo el potro frenético de los conquistadores; pero que tenían un alma, una cultura traducida en arquitectura, en costumbres de comunidad social, en reglas para el ordenamiento político de su propia vida. Pasó el huracán tremante de las lanzas encomenderas y fueron barridos. Pero la estatua no estaba completamente apedazada. Los muñones sangrientos indicaban que algo perduraba de su escueto perfil de su vigorosa vivencia de álamo. Y, Angel Falco, con maestría admirable,

como poeta verdadero, ha reconstruído, en libros admirables, ese mundo antiguo, el callado dolor del indio, la fisonomía verdadera del nuevo continente.

Como ese Leopoldo Lugones de "La Guerra Gaucha", como el Güiraldes de "Don Segundo Sombra", como Carlos Reyles, como José Eustacio Rivera, como Rómulo Gallegos, como Mariano Azuela, como Jorge Icaza, como Ciro Alegría, este poeta cree en la tierra y el hombre nuestro. Su verso es un testimonio y un alegato, porque las razas se levantan de la primigenia arcilla y se nos presentan en su desnuda y temblorosa belleza, por virtud de esta poesía cruzada de símbolos, relampagueante, arrulladora y penitente. Pero no es el momento, por carencia absoluta de tiempo, de analizar la gran poesía de Angel Falco, que hace honor a la República Oriental de Uruguay. Ya tendremos otra oportunidad, como ya lo hicimos en torno de esa torre de altos signos del poeta José Gorosito Tanco.

En nombre de los escritores de Colombia, de sus grandes poetas, de su pueblo batallador, espiritualista e hispano en el sentido namuncesco del concepto, saludo a Angel Falco, con las palabras nunciatorias del autor del "Sarmiento". "Y el gran Capitán, frente al pueblo de montes, en presencia del oro del sol, lloró de Gloria".

Montevideo, enero de 1955.

Misterioso es el poder de los libros, voces mudas y perpetuas que immortalizan el pensamiento. No tiene la materia otra forma que más se acerque a la inmortalidad, incluso el mármol y el bronce. Es verdad que los colores y facciones de la bella Cleopatra tuvieron mucha parte en una de las revoluciones de la historia antigua; y también lo es que los ojos de Lucía han inspirado uno de los cantos más bellos de esta edad; pero los humores y membranas de que se compusieron esas bellezas pronto se acabaron, mientras el papel de que se componen los libros persevera indefinidamente. El papiro perdura en los sepulcros de Egipto, y la planta que los produce ha seguido cultivándose en la Nubia y en Sicilia, cerca de la fuente de Aretusa, donde los guardas cuidan esas cañas sagradas para sacar hojas como las antiguas, indestructibles si se quiere, como el papel que sirve desde hace muchos siglos.

MARCO FIDEL SUAREZ

* * *

Este asunto de la vida, la muerte y la inmortalidad, aunque tiene sus visos melancólicos y sus aguas de tristeza, también tiene su poesía, y muy acendrada. Por eso suele ser tema de las páginas más sentidas que ha producido el ingenio. Se nota que esta cuerda tiene sonos divinos en el arpa donde resuenan los afectos más profundos; de manera que la musa de la risa y la alegría jamás conmueve tanto como la del dolor. La elegía se ofrece muchas ocasiones como la forma poética más efectiva, porque es la que más conmueve. Ello será así porque se conforma mejor con el estado más habitual de nuestros sentimientos, o porque armoniza con la idea de la felicidad, colocada a los ojos del alma no en horizontes cercanos sino en lontananzas remotas. La esperanza no anda en el carro de la dicha, sino que lanza sus húmedas miradas hacia los collados de la eternidad.

MARCO FIDEL SUAREZ



JOSE CAMACHO CARREÑO

La Patria encontró en José Camacho Carreño el verbo prodigioso que de siglo en siglo aparece a los pueblos como una nueva constelación capaz de abrirles horizontes mejores. Porque Camacho Carreño fue excepción dentro de una época en que todos eran admirables. Y porque la ortodoxia, ese difícil centro de todas las virtudes, las actitudes y las ideas, tuvo en él su cabal y perfecta autenticación.



MONSEÑOR JUAN MANUEL GONZALEZ ARBELAEZ

Ilustre prelado de la Iglesia colombiana, escritor imponderable, orador elocuentísimo, auténtico discípulo y apóstol de Cristo, su trayectoria eclesiástica y civil constituye motivo de orgullo para sus compatriotas, pues nadie duda de su santidad virtuosa, de su gran inteligencia y de su inmenso amor a Colombia. Con sumo placer nuestras páginas dan hospitalidad a una de sus más bellas oraciones.

FELIPE ANTONIO MOLINA

Brillante escritor ocañero, la prensa del país y del exterior ha publicado páginas suyas merecedoras por demás de figurar en las mejores antologías de las letras colombianas. De un tiempo acá ha venido entregado a la elaboración de una biografía del poeta y mártir Julio Arboleda.



ENRIKE TORREGROZA

En plena juventud, Enrique Torregroza ha logrado penetrar suficientemente en el dominio de las artes plásticas, para marcar pautas seguras en el periodismo crítico y en el fomento estatal de las mismas. Poeta y escritor además, se destaca como una de las más distinguidas figuras jóvenes del país.

**LA LIRICA
COLOMBIANA**

A Manera de Explicación

Si se recorre el panorama de la cultura hispanoamericana a lo largo y ancho de varios siglos, es fácil concluir que tal cultura tiene su más rica veta en Colombia, por la calidad y la cantidad de los autores. A tiempo que es sencillo advertir que en este país de artistas y letrados —buenos y malos—, se desconocen en la generalidad, acaso por falta de difusión o por indiferencia colectiva.

Por eso nos proponemos sin el menor ánimo de presunción ni de diletantismo aprovechar las páginas de "Fuerzas de Policía" para desarrollar una vasta campaña de colombianidad, hoy con algunas muestras de nuestra lírica, y luego con las que respectan a la música, a la pintura, a la escultura, al periodismo, a la novela, al ensayo, etc. Porque, precisamente, estamos más que convencidos de que no se rescata la Patria sin la admiración de sus gestores y realizadores, de manera preponderante en el campo cultural.

Se han escogido producciones de diez distinguidos poetas nacionales. Ellos ya están consagrados por la crítica del país y por la del exterior. De manera que si hemos dejado de lado algunos cuantos, ello no se debe a demérito de nuestra parte sino a la carencia física de espacio para reproducirlos a todos. Sobra por consiguiente cualquier juicio crítico en esta vez, y así, invitamos directamente al lector a valorar estas obras de arte admirables. — H. C.

Estar Contigo

*Oh! ya de orgullo estoy cansado,
ya estoy cansado de razón;
déjame, en fin, hable a tu lado
cual habla sólo el corazón!*

*No te hablaré de grandes cosas;
quiero más bien verte y callar,
no contar las horas odiosas,
y reír oyéndote hablar!*

*Quiero una vez estar contigo,
cual Dios el alma te formó;
tratarte cual a un viejo amigo
que en nuestra infancia nos amó;*

*volver a mi vida pasada,
olvidar todo cuanto sé,
extasiarme en una nada,
y llorar sin saber por qué!*

*Ah! para amar Dios hizo al hombre!
Quien un hado no da feliz,
por esos instantes sin nombre
de la vida del infeliz.*

*Cuándo, con la larga desgracia
de amar doblado su poder,
toda su alma ardiendo vacía
en el alma de una mujer?*

*Oh padre Adán! Qué error tan triste
cometió en ti la humanidad,
cuando a la dicha preferiste
de la ciencia la vanidad!*

*Qué es lo que dicha aquí se llama
sino no conocer temor,
y con la Eva que se ama,
vivir de ignorancia y de amor?*

*Ay! mas con todo así nos pasa;
con la Patria y la juventud,
con nuestro hogar y antigua casa,
con la inocencia y la virtud!*

*Mientras tenemos despreciamos,
sentimos después de perder;
y entonces aquel bien lloramos
que se fue para no volver!*

JOSE EUSEBIO CARO

De Noche

*No ya mi corazón desasosiegan
las mágicas visiones de otros días.
Oh Patria! Oh casa! Oh sacras musas mías!...
...Silencio! Unas no son, otras me niegan.*

*Los gajos del pomar ya no doblegan
para mí sus purpúreas ambrosías;
y del rumor de ajenas alegrías
sólo ecos melancólicos me llegan.*

*Dios lo hizo así Las quejas, el reproche
son ceguedad. Feliz el que consulta
oráculos más altos que su duelo!*

*Es la Vejez viajera de la noche;
y al paso que la tierra se le oculta,
ábrese amigo a su mirada el cielo.*

RAFAEL POMBO

Nocturno

Una noche

una noche toda llena de perfumes, de murmullos y de músicas de alas,

una noche

en que ardían en la sombra nupcial y húmeda las luciérnagas fantásticas,

a mi lado, lentamente, contra mi ceñida, toda,

muda y pálida

como si un presentimiento de amarguras infinitas,

hasta el fondo más secreto de tus fibras te agitara,

por la senda que atraviesa la llanura florecida

caminabas,

y la luna llena

por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su luz blanca,

y tu sombra

fina y lánguida,

y mi sombra

por los rayos de la luna proyectada

sobre las arenas tristes

de la senda se juntaban,

y eran una

y eran una

y eran una sola sombra larga!

y eran una sola sombra larga!

y eran una sola sombra larga...!

JOSE ASUNCION SILVA

Resurrecciones

*Algo se muere en mí todos los días:
la hora que se aleja me arrebató,
del tiempo en la insonora catarata,
salud, amor, ensueños y alegrías.*

*Al evocar las ilusiones mías,
pienso: "Yo no soy yo" — Por qué, insensata,
la misma vida con su soplo mata
mi antiguo ser tras lentas agonías?*

*Soy un extraño ante mis propios ojos,
un nuevo soñador, un peregrino
que ayer pisaba flores y hoy... abrojos.*

*Y en todo instante, es tal mi desconcierto,
que, ante mi muerte próxima, imagino
que muchas veces en la vida... he muerto.*

JULIO FLOREZ

Adios

*TODO en nosotros muere con esta despedida;
los dos desde este instante cambiaremos también:
sombra serás mañana por mí desconocida,
distinto seré entonces del que tus ojos ven.*

*El viento, que hoy deshoja la rama florecida,
luego de los retoños alegrará el vaivén;
se estrechan nuestras manos antes de la partida,
qué pronto a extraños seres les brindarán sosten.*

*Adiós, cruenta palabra que inventó la tristeza,
eco de lo que acaba, grito de lo que empieza,
súplica de los ojos que no quieren llorar...*

*Me abrazas y vibramos en un solo gemido,
tú por la angustia efímera del recuerdo querido,
yo, por la certidumbre de que voy a olvidar.*

JOSE EUSTACIO RIVERA

A la Memoria de Josefina

I

*De lo que fué un amor, una dulzura
sin par, hecha de ensueño y de alegría,
sólo ha quedado la ceniza fría
que retiene esta pálida envoltura.*

*La orquídea de fantástica hermosura,
la mariposa en su policromía
rindieron su fragancia y gallardía
al hado que fijó mi desventura.*

*Sobre el olvido mi recuerdo impera:
de su sepulcro mi dolor la arranca,
mi fe la cita, mi pasión la espera.
Y la vuelvo a la luz, con esa franca
sonrisa manantial de Primavera:
¡Noble, modesta, cariñosa y blanca!*

II

*Que te amé, sin rival, tú lo supiste
y lo sabe el Señor; nunca se liga
la errátil hiedra a la floresta amiga
como se unió tu ser a mi alma triste.*

*En mi memoria tu vivir persiste
con el dulce rumor de una cantiga,
y la nostalgia de tu amor mitiga
mi duelo, que al olvido se resiste.*

*Diáfano manantial que no se agota,
vives en mí, y a mi aridez austera
tu frescura se mezcla gota a gota.*

*Tú fuiste a mi desierto la palmera,
a mi piélago amargo la gaviota,
y sólo morirás cuando yo muera!*

GUILLERMO VALENCIA

Ella

*Tú, mi novia de siempre, la lejana
novia de blanca túnica ceñida;
la nunciadora en cuya frente erguida
brilla el lucero azul de la mañana;*

*Tú prometida y a la vez hermana
a quien buscó mi juventud florida
y a quien, en el invierno de la vida
buscaré aún con la cabeza cana.*

*Tuyos fueron los brotes abriños
del cándido rosal de mis ensueños,
su primer yema y su primer retoño;*

*Y hoy —pasados los años— como prenda
de constancia inmortal, te hago la ofrenda
de este ramo de rosas de mi otoño.*

EDUARDO CASTILLO

Soneto al Amor

*Cuántas veces, Amor, por retenerte
puse a tus pies mi juventud rendida.
Y cuántas a pesar de estar herida
te la volví a entregar por no perderte.*

*Cuántas veces también, altivo y fuerte,
por alcanzar la gracia prometida,
me batí frente a frente con la vida,
o me hallé cara a cara con la muerte.*

*Y hoy, cuando mi ilusión vuelve a tu lado
trayéndole al misterio de tu hechizo
la pluma azul del pájaro encantado,*

*torna otra vez a mi pupila el lloro
al mirar desde el puente levadizo
que está cerrado tu castillo de oro.*

ALBERTO ANGEL MONTOYA

Seremos Tristes

*Oye, seremos tristes, dulce señora mía,
Nadie sabrá el secreto de esta suave tristeza,
Tristes como ese valle que a oscurecerse empieza,
tristes como el crepúsculo de una estación tardía.*

*Tendrá nuestra tristeza un poco de ufanía
no más, como ese leve carmin de tu belleza
y juntos lloraremos, sin lágrimas, la alteza
de sueños que matamos estérilmente un día.*

*Oye ,seremos tristes, con la tristeza vaga
de los parques lejanos ,de las muertas ciudades,
en los puertos nocturnos cuyo faro se apaga.*

*Y así, bajo el otoño, tranquilamente unidos,
tú vivirás de nuevo tus viejas vanidades
y yo la gloria póstuma de mis triunfos perdidos.*

RAFAEL MAYA

Elegía del Adios

I

*A qué engañarnos más, si ya perdiste
para mi sueño el misterioso encanto
de lo imprevisto, si en hostil quebranto
fatal estrella nuestro amor asiste?*

*Si han pasado los días en que fuiste
un motivo fugaz para mi canto,
por qué en las sombras ocultar el llanto
y hacer la hora del adiós más triste?*

*Ignoto anhelo de inquietud me lleva
a buscar en la noche una luz nueva
para alumbrar la ruta aridecida;*

*Sereno olvido mi dolor te implora:
—qué es el amor?— soñar sólo una hora
para llorar después toda una vida.*

JOSE UMAÑA BERNAL

**SECCION
ILUSTRATIVA**

**A cargo de la Escuela de Policía
"General Santander"**

Interpretación de la Ley

Por Ramón A. García M.

Para "FUERZAS DE POLICIA"

La aplicación de la ley está confiada principalmente al Poder Judicial, es decir, a los jueces y tribunales encargados de resolver las diferencias que se producen entre las personas y que éstas los comenten a su decisión. El acto por el cual los jueces y tribunales dictan sus resoluciones se llama sentencia. Dictar sentencia en lo judicial significa resolver, fallar un juicio, aplicando la ley al caso concreto de que se trate, estableciendo su verdadero sentido y alcance. La aplicación e interpretación de la ley son operaciones que están pues íntimamente vinculadas.

Llamados a dictar sentencia, los jueces no pueden en ningún caso eludir esa función ni aun a pretexto de falta de la ley reguladora del caso. En este sentido el artículo 48 de la Ley 153 de 1887 es claro.

Obligado el juez a sentenciar en todo caso, frecuentemente se encontrará ante situaciones difíciles, bien porque la ley sea oscura o el caso no esté en ella previsto. En estas circunstancias los jueces tienen que recurrir a la teoría o sistema de la interpretación de la ley, que requiere conocimientos especiales en la ciencia del derecho y una suma de otros conocimientos.

El Código Civil da normas generales de interpretación en los artículos 26 y 32 y 4º, 5º y 8º de la Ley 153 de 1887.

En las leyes españolas no había reglas de interpretación. La ley siempre debía ser expresa. Si no era clara se llevaban los autos al Rey, para que éste resolviera el juicio, ya dando una ley expresa para el caso, ya fijando, cuál debía ser la verdadera interpretación. Este sistema seguido en casi todos los países hasta el siglo XVIII, tenía como es obvio graves inconvenientes, porque ponía en manos del Rey o de los parlamentos la solución de los litigios particulares con las consecuencias naturales de

arbitrariedad que ello comportaba. Fue el sistema democrático de gobierno, el que trajo soluciones más humanas y justicieras.

Según su origen hoy existen tres clases de interpretaciones de la ley.

a) *Interpretación Legislativa*. Emanada del legislador que en ocasiones es llamado a aclarar el sentido de una ley o a precisar su alcance. Esta interpretación tiene carácter obligatorio, como que proviene del legislador, y tiene efecto inmediato. En cuanto a los casos ya sentenciados, el principio de la irretroactividad de la ley y el de la autoridad de la cosa juzgada, exigen que las resoluciones ya dictadas queden firmes. De esta clase de interpretación, en nuestra legislación nos hablan los artículos 14 del C. Civil y 58 del C. P. y M.

b) *Interpretación Judicial*. Es la que hacen los jueces en sus sentencias al aplicar la ley. Es obligatorio para las partes interesadas en el respectivo juicio, de acuerdo con el principio de la autoridad de cosa juzgada.

c) *Interpretación Doctrinaria*. Es la que hacen los juristas y no tiene más valor que el que se desprende de las razones en que se fundan. (Doctrina de los Autores).

MÉTODOS DE INTERPRETACION

Los métodos de interpretación de la ley, lo mismo que las fuentes del derecho, empezaron a adquirir gran interés y desarrollo en los últimos lustros del siglo pasado. Antes no se había suscitado ningún estudio, ni examen sobre estos tópicos. Hoy todo esto se analiza y los métodos de investigación se critican para determinar el valor de las reglas de interpretación aplicadas.

Hasta 1890 se siguieron métodos de interpretación tradicionales. De esta época en adelante empezaron a fijarse, con la

aparición de los trabajos de Geny, nuevas ideas y a defenderse los llamados métodos modernos.

Métodos Tradicionales:

Pueden clasificarse así: El Exegético y el Dogmático.

El primero se distingue por el demasiao apego a los textos de la ley, en la cual se cree que está contenido todo el DERECHO. El exégeta puro, se aferra a la ley con el objeto de establecer su matemático alcance y haciendo de ella interpretaciones aisladas, descuida el conjunto de los principios que la han inspirado y que sólo se encuentran mediante el análisis combinado de todas las normas e instituciones de Derecho. El exégeta, aplica rigurosamente la máxima de que "dura lex, sed lex", so pretexto de que la ley debe ser aplicada estrictamente y en el sentido que resulte de sus propios términos, aun cuando aparezca injusto, sin cuidarse de examinar el verdadero propósito buscado con la ley.

Debe observarse, por lo demás, que el apego a los textos y a lo que podría llamarse el comentario gramatical de ellos, tiene sus grados, sus modalidades, que van desde el exégeta puro, descrito anteriormente, hasta los que razonan con mayor libertad y se elevan a planos más racionales y humanos.

Este método predomina generalmente en los primeros tiempos que siguieron a la codificación de las leyes, lo que se debió en gran parte a la idea que produce la sanción de un código y que hace pensar, que en él están contenidos todos los preceptos jurídicos que reglamentan una rama de derecho.

El segundo, el Dogmático, tiene caracteres mucho más científicos. Se investiga el espíritu de la ley desde el punto de vista práctico; se busca la aplicación del espíritu de la ley, en los motivos que la han hecho dictar y el fin que con ella se ha perseguido, tratando de fijar así "la ratio legis". El intérprete busca además, los principios generales, las ideas directrices que han podido servir de base al legislador y una vez establecidos esos principios, deduce nuevas consecuencias y aplicaciones, que no han sido expresamente consagradas por la ley,

pero que parecen derivarse lógicamente de los textos.

El resultado de este proceso de investigación ha dado lugar a las llamadas construcciones jurídicas, que tantas influencias han tenido y tienen en el desenvolvimiento de los códigos y en los avances del Derecho. Ellas han sido el medio de elaboración de novedosas doctrinas jurídicas y es así como ha podido llegarse hasta encuadrar dentro de las disposiciones de códigos elaborados en el siglo pasado, cuando se ignoraban los grandes descubrimientos científicos del presente siglo, como el automóvil, la electricidad, el radio, etc., relaciones jurídicas nacidas por la aplicación de esos descubrimientos.

Entre los juristas del siglo pasado que merecen destacarse como comentadores inspirados por el método dogmático, están, Aubry y Rau, autores de la obra Cours de Droit Civil Français, considerada hoy como obra maestra de sabiduría, de método y de ciencia; ellos en sucesivas ediciones le dieron un desenvolvimiento más completo.

MÉTODOS MODERNOS DE LA INTERPRETACION

Los críticos de los métodos tradicionales, los combaten diciendo que no es posible referirlo todo a la voluntad del legislador, buscando en ella y en la ley las únicas fuentes de interpretación y del Derecho. Cuando la ley es oscura o guarda silencio, la solución del caso debe buscarse no sólo en sus términos, en su espíritu, en la voluntad del legislador, sino también fuera de ella, en las condiciones generales de la vida; especialmente cuando se trata de problemas jurídicos nuevos, como los provenientes de la electricidad, automóviles, etc.; el jurisconsulto, se dice, no debe buscar la solución de ellos en códigos dictados hace cincuenta o cien años, sino en la naturaleza misma de las cosas, en las condiciones en que ordinariamente nacen y se desarrollan esas relaciones. Estas críticas hacen relación a un doble aspecto, el que atañe a las Fuentes del Derecho y el que concierne a la interpretación de la ley. Los métodos que preconizan y ponen en juego las nuevas ideas en la interpretación de la ley positiva son dos: el de la Evolución Histórica, y el de la Libre Investigación Científica.

El de la Evolución Histórica fue expuesto principalmente por el jurisconsulto francés Saleilles, quien sigue estas ideas fundamentales: en primer término, la ley es la principal fuente de los derechos; con este carácter se adopta ampliamente a las necesidades de índole social y económica que la han hecho nacer; pero también puede adaptarse a las exigencias del futuro, sirviendo así, siempre, de base a la satisfacción de las nuevas necesidades jurídicas derivadas de los cambios sociales y económicos. En segundo lugar, para poder llenar esta doble función de regular el momento contemporáneo a su expedición y los conflictos futuros que sobrevengan, los textos legales no deben ser tomados como expresión de la voluntad del legislador, sino como expresión de las necesidades sociales y económicas que se vayan presentando; de esta manera la ley, una vez promulgada, viene a ser un ente autónomo, con vida propia, que en la voluntad del legislador carece de importancia; la ley debe adaptarse a las transformaciones del medio ambiente. De acuerdo con este concepto, la interpretación de la ley no tiene por objeto la investigación del fin con que fue dictada, sino darle aplicación teniendo en cuenta únicamente las condiciones económicas y sociales de la época presente. Por esto la interpretación de un mismo texto variará de acuerdo con las transformaciones que se vayan realizando. He aquí por qué este método ha sido llamado de la evolución histórica. Las leyes siguen la evolución y transformación económica y social del respectivo pueblo.

Ahora pasamos al método de la Libre Investigación Científica.

Frente al método tradicional de interpretación de la ley, el profesor Francisco Geny ha expuesto otro sistema que si bien no ha logrado imponerse en todas partes ha provocado el examen crítico de principios que antes se tenían como verdades indiscutibles y que hoy, merced a ese examen se han abandonado o modificado en su alcance.

Para el método tradicional o clásico, cualquiera sea su modalidad, la única fuente de Derecho Privado es la ley, interpretada con más o menos liberalidad, aplicada literalmente, o con un amplio crite-

rio mediante construcciones abstractas y deducciones lógicas, pero siempre la ley. Cuando se presenta un problema jurídico nuevo, desconocido en la ley, como los jueces no pueden dejar de resolverlo, la sentencia tiene que encuadrar siempre en la ley, porque el intérprete nunca puede apartarse de ella, aunque se trate de fenómenos que el legislador no podía siquiera sospechar.

El profesor Geny, principalmente en su obra magnífica, *Método de Interpretación y Fuentes en Derecho Privado Positivo*, expone las grandes lagunas de que adolece el método tradicional, que hace que la ley sea la única y exclusiva fuente del Derecho. Para él, la ley constituye sin duda, la fuente más importante del Derecho, la mejor de todas quizá, desde el punto de vista de sus caracteres y ventajas, pero que no es la única, porque hay necesidad de limitar su alcance. De modo que cuando ella no contempla expresamente el caso, el intérprete, en vez de buscar la solución dentro de la ley, acudiendo a la ficción de la voluntad presunta del legislador, debe buscarla en otras fuentes para extraer de ellas las reglas de derecho aplicables al problema presente.

Para Geny, las fuentes de derecho privado constituyen dos grandes grupos: de un lado las fuentes formales, y de otro, los elementos objetivos revelados por la libre investigación científica.

Las primeras, las Fuentes Formales, comprenden tres categorías: en primer término, la ley es la fuente principal del derecho positivo. Pero la ley no debe recibir más aplicación que la que ha querido darle el mismo legislador; y cuando los problemas jurídicos salen del marco de la ley, ni el juez ni el jurisconsulto deben forzar el alcance de la norma en busca de soluciones que ella no contiene. La solución entonces debe buscarse en las demás fuentes del derecho. En segundo lugar está la costumbre. Desde el momento que un hecho no se encuentre reglamentado por la ley, debe acudirse entonces a la costumbre en busca de la regla adecuada. Finalmente, coloca la jurisprudencia de los tribunales y la doctrina de los autores o lo que el profesor llama autoridad y tradición. La jurisprudencia y la doctrina tienen un gran valor

moral de modo que a falta de la solución de un determinado problema jurídico en la ley y en la costumbre, debe buscarse la solución en esta tercera fuente formal del derecho.

Con relación a las fuerzas objetivas, el profesor Geny, dice que el juez debe crear la regla, procurando que corresponda a la mejor forma posible de justicia y utilidad. La regla depende en este caso de la libre decisión del juez, en el sentido de que no le es impuesta por ninguna otra autoridad. En tal evento, debe el juez formar su decisión conforme lo haría el legislador, si a éste se le propusiera la cuestión. Pero que el juez debe tener en cuenta dos elementos antes de formular su decisión: un elemento racional, derivado de los principios de orden natural, fundados en la conciencia y revaluados instintivamente por la razón humana; un segundo elemento, objetivos o experimental, proveniente de la naturaleza del hecho que se va a juzgar, en lo cual deben jugar gran papel las respectivas organizaciones políticas, morales, religiosas, económicas y sociales que el medio ambiente impone.

Como consecuencia y aplicación de estas ideas, Geny preconiza las siguientes bases de interpretación de la ley:

a) En primer lugar, la fuente principal de Derecho, es siempre la ley y desde el momento en que exista una ley que reglamente la situación jurídica contemplada, el jurista está en la obligación de aplicarla. Por eso el profesor sostiene que la ley debe ser considerada como un acto de voluntad humana, de un grupo más o menos numeroso que ha obedecido a un determinado orden de ideas y a un pensamiento directriz que ha guiado a dicho grupo humano. Que para determinar el campo de su aplicación, debe indagarse el sentido y el alcance de la voluntad del legislador, tomándola en el momento en que sancionó la ley, examinando también con cuidado las condiciones y necesidades que se han querido satisfacer. Que desaparecidas las condiciones y necesidades previstas por el legislador, la ley debe dejar de ser aplicable, para dar lugar a las otras fuentes del derecho. Geny admite además la interpretación del texto legal, del cual debe deducirse todo lo que él contiene; además esta

interpretación debe ser auxiliada por elementos distintos de la ley, como los antecedentes de ella, su historia, las ideas jurídicas reinantes, etc.

b) A falta de la ley escrita aplicable, el intérprete debe recurrir a las otras fuentes formales del Derecho. En defecto de éstas debe crear la norma aplicable mediante la "libre investigación científica", guiado por los principios de razón y por la naturaleza objetiva de la cuestión de que se trate de resolver.

COMPARACION DE METODOS

a) El método tradicional guarda diferencia profunda con el de la evolución histórica. En el primero, la ley es la expresión de la voluntad del legislador y el Derecho está todo vinculado a esa voluntad; por interpretaciones audaces puede llegarse a adaptar los textos a las ideas más avanzadas, pero siempre será como desenvolvimiento y aplicación de la voluntad del legislador. En cambio, en el segundo sistema la ley se independiza de esa voluntad.

b) El sistema de la Evolución Histórica y el de Geny se diferencian en que el del profesor atiende, como el tradicional, a la voluntad del legislador y sólo cuando esa voluntad no exista concretamente en la ley, puede el intérprete buscar otras fuentes de derecho.

c) El método de Geny se diferencia del tradicional en que éste, por medio de las llamadas construcciones jurídicas, amplía aún a campos no previstos por el legislador el contenido de la ley, por medio de la interpretación de una voluntad implícita. En tanto que para Geny, estas ampliaciones son intolerables deformaciones de la voluntad del legislador. Por esto prefiere que en ausencia de ley, más o menos expresa, el intérprete acuda a las demás fuentes de derecho.

El método de la evolución histórica parece inaceptable. Pues según Capitán, la ley no vale nada sino tiene el carácter y calidad de ser una declaración de la voluntad del legislador; separada la ley, del pensamiento que la ha inspirado viene a ser un texto muerto, susceptible de recibir las más variadas interpretaciones. Con este método, la ley carece de firmeza en su con-

tenido, por estar ausente la voluntad que la inspiró, es acomodaticia a todas las situaciones y sirve para todos los gustos.

NUESTRAS FORMAS LEGALES DE INTERPRETACION

El Código Civil señala normas de interpretación de las cuales los jueces no pueden apartarse. Al respecto podemos citar las reglas del Capítulo 4º y las de la Ley 153 de 1887. Nos ocuparemos de algunas de ellas.

El artículo 5º de la Ley 153 de 1887, da una regla fundamental de interpretación: fijar en cada caso el pensamiento del legislador. Este es el principio dominante de toda la teoría positiva de nuestro derecho, del cual no puede prescindirse. Es la consagración de las ideas tradicionales. Y en el desarrollo de este principio vienen las demás reglas.

Pero cuando la ley es oscura y dudosa hay que establecer su verdadero sentido y alcance. Para ello conviene, primero, recurrir a la fórmula del texto, fijar el sentido de las palabras y frases empleadas en la ley. Algunas veces, la simple determinación del sentido técnico de los términos empleados (Art. 29, *ibidem*), o el sentido natural y obvio de los vocablos (Art. 28, *ibidem*), o su sentido legal (Art. 28, segunda parte), servirán para establecer el significado de la ley. Pero si esto no fuere suficiente para establecer el significado de la ley, entonces la conexión y comparación del texto de la ley con otras disposiciones, podrá entonces darse con la clave. Este procedimiento se funda, en que el conjunto de las leyes de una materia determinada, debe formar siempre un todo armónico y responder a un sistema único, a una idea general. El sentido de una disposición oscura, resultará en buen número de casos, de su relación con los otros textos. A este procedimiento de hermenéutica legal es al que se refiere el artículo 30.

Pero el intérprete, deberá también en otros casos de leyes dudosas, explorar cuál ha sido el fin que se propuso el legislador, los intereses que ha querido salvaguardar, las necesidades económicas y sociales que se ha propuesto satisfacer, en fin buscar "la ratio legis".

La determinación del fin, propuesto por el legislador, es manera muy segura de descubrir su pensamiento, pues la ley como acto humano, obedece a un fin determinado.

El artículo 27 propone que el fin de la ley se indique también en la historia fidedigna de sus antecedentes.

Los precedentes históricos tienen un gran valor para el intérprete. Pues la constatación histórica del medio en que tuvo su origen la ley, permiten apreciar, cuál era el estado del Derecho en esa época. Esta constatación tiene una gran importancia en la investigación de la voluntad del legislador. Conviene entonces consultar a los expositores y tratadistas, que han servido de guía al legislador, e investigar en sus obras el sentido de las disposiciones respectivas.

FALTA DE LEY EXPRESA

El artículo 8 de la Ley 153 de 1887, es una rica fuente de contenido jurídico y fue una feliz anticipación al método moderno de interpretación científica.

Cuando el texto de la ley no comprende expresamente una cuestión determinada, se recurre ante todo a la aplicación de las leyes análogas, lo cual se funda en la idea de que siendo las situaciones iguales, es posible que el legislador hubiera consagrado la misma regla y por consiguiente establecida una de las hipótesis, debe ser aplicada también a la otra.

Sin embargo las leyes que consagran una excepción son de interpretación estricta y no pueden ser extendidas de un caso a otro so pretexto de analogía.

Por el procedimiento de analogía, puede el intérprete ensanchar el sistema jurídico organizado por el legislador. Interpretando su voluntad se llega a decir que como él, reglamentó una materia de determinada manera, la semejante, que él no previó, la hubiera reglamentado en forma igual. De esta manera el procedimiento de analogía debe ser descartado cuandoquiera que conduzca a dar una prescripción contraria a la intención y a la voluntad presunta del legislador. Con todo, para Geny la analogía no opera con la ley sino to-

mándola como elemento objetivo de la organización social, absolutamente independiente de la voluntad subjetiva del legislador.

En defecto de leyes análogas de acuerdo con el artículo 8º se recurre a los principios generales del Derecho, es decir, a las reglas fundamentales que gobiernan el orden jurídico general, dentro del marco de la Constitución Nacional.

Tanto en el procedimiento de analogía, como cuando por no ser posible este proceso se recurre a los principios generales

del Derecho, el juez es el creador de la norma. Estamos aquí, dentro del método de Interpretación Científica de Geny.

El inciso 2º del Artículo 27 del Código Civil fue modificado por la comisión de reformas así: "Para interpretar una expresión oscura de la ley, no se recurrirá al examen y apreciación de la historia fidedigna de su establecimiento, sino principalmente a la doctrina constitucional y al espíritu general de la legislación. Podrá igualmente recurrirse a los principios generales sentados por la Jurisprudencia, la Doctrina y los preceptos de la equidad".

Después que el Libertador inspirado por su talento, alentado por su esfuerzo, asistido por sus capitanes y sus ejércitos, y secundado por los pueblos, hubo consumado la emancipación de Colombia, respiró y meditó. Con las pulsaciones de su corazón, conmovido por la gloria, se juntaron los desvelos de su pensamiento, que le presentaba los peligros que corría su obra mientras el Perú permaneciera debajo de la planta de los españoles y en el caos de la anarquía. Entonces sintió que a su cabeza le sobraban inspiraciones y a su pecho alientos para ir a servir a otras naciones, después de haber emancipado la propia; y trasladándose a esas tierras, su presencia causó confianza, su genio infundió el orden, su voluntad dominó las dificultades. En lugar de la anarquía, el instinto de conservación fue capaz de aprovechar el advenimiento de aquel numen de libertad y de hermandad. La historia se fatiga narrando las proezas del héroe y las presentará como portentos a la contemplación de los venideros. Allí, en esas campañas militares y civiles; entonces, en esos años en que Bolívar desempeñó el papel de patrono de la libertad americana, fue donde se dejaron bien las dotes de su inteligencia, y fue cuando se hicieron sentir las virtudes de su corazón.

MARCO FIDEL SUAREZ

* * *

Si un esclavo, y esclavo de Nerón, se portó de manera que decía frecuentemente: "Llueve, oh Dios! sobre mí tribulaciones. Cómo es posible que un hombre libre y cristiano se espante de hallar en su camino espinas?"

MARCO FIDEL SUAREZ

* * *

Morir no es dormir ni ser de piedra; morir tampoco es soñar; morir es llegar al centro del Amor infinito, que hecho hombre trabajó y escogió un monte de la tierra para redimir a su criatura desde lo alto de un patíbulo.

MARCO FIDEL SUAREZ

HISTORIA DE LOS GASES

Por el Teniente Mario Castillo Ruiz

Para "FUERZAS DE POLICIA"

Cuando en los días subsiguientes a los deplorables del 8 y 9 de junio de 1954, las autoridades policivas procedían a reorganizar los cuerpos abandonados de "gaseadores" dentro de las Fuerzas de Policía, comprendían éstas y admitían de manera abierta la imperiosa necesidad de poseer los medios necesarios para el control de acciones bélicas, sin recurrir a las armas de fuego y sin causar mayor daño a los ciudadanos.

Al efecto, procedieron a dictar una serie de órdenes conducentes a establecer "Compañías de gaseadores" en las distintas Divisiones de las Fuerzas de Policía, y se dio a conocer la Resolución número 02203 de 1954, que reglamentaba la mencionada Compañía dentro de la División Bogotá. Su cumplimiento fue inmediato y estricto.

Pero lo anterior solamente es o fue la aplicación de las experiencias logradas desde cuando en el siglo IX A. C., los griegos y troyanos ampliaron los medios químicos rudimentarios en acciones bélicas o de guerra.

Sin embargo, al retroceder a lo largo de los siglos vividos por la humanidad y estudiar profundamente aquellos tópicos que hacen relación con este tema, vemos que después de los griegos y troyanos, en el asedio a la ciudad de Beocia, fueron los espartanos quienes empleando leña húmeda, fuego, pez y azufre, produjeron un humo asfixiante cuyo fin era el de lograr la rendición de la ciudad. Semejante traza fue la que nos refirió Polibio y la cual emplearon en el siglo 169 A. C., para su defensa los guerreros de la ciudad de Ambrosia, traza que resultó ventajosa bajo todo punto de vista. Alejandro en el asedio de la ciudad de Tiro empleó gases rudimentarios con éxito y luego el mismo famoso guerrero empleó la cal viva para producir nubes irritantes en el ataque a sus enemigos. Los romanos también em-

plearon las "nubes cáusticas" como armas de guerra, pero su efecto fue no muy efectivo, debido a que su empleo se hallaba, ayer como hoy, sometido a la dirección del viento, y aún la ciencia no había llegado a inventar las máscaras anti-gas; no se conocía la ciencia meteorológica tan avanzada. Principal factor del ardid mencionado, fue el General Sertorio, quien lo hizo fracasar al galopar la caballería sobre las tropas y cal.

Los historiadores de las Cruzadas nos hablan del "Fuego gregoriano" o "Fuego griego", usado en Constantinopla y considerado por ellos como un secreto de Estado hasta cuando un traidor vendió el secreto a los Sarracenos, que lo emplearon por 400 años con éxito notable hasta hacerlo efectivo contra los Cruzados de San Luis en Egipto.

El empleo de materias combustibles que producen gases sofocantes y asfixiantes, tuvo su culminación táctica cuando el árabe Hassan Abrannah señaló su verdadero empleo al relatar en una obra sobre la guerra del siglo XIII que dichos gases se obtenían por combustión de materias apiaces y arsenicales (mespique, rejalgam, etc.).

Al experimentar los españoles una gran derrota naval en la batalla de Ponza, 1435, el ingenio genovés vio acrecentado su poderío, y ello lo debió al empleo de pequeñas vasijas de barro que contenían polvo de cal, aceite, etc., y que arrojaban de lo alto de las gaviotas sobre los barcos españoles enemigos.

También en 1640 y 1654 surgió el uso de polvos capaces de producir densas nubes de humo irritante. El Rey Carlos XII de Suecia, a comienzos del siglo XVIII, aprovechó nubes espesas que le permitieron ocultarse y pasar un río, todo ello ante la sorpresa del enemigo.

El primer proyectil que contenía agresivos químicos se fabricó en Sevres, atribuyéndose tal descubrimiento al farma-

céutico francés Lefortier, en 1830. Muy pronto tal idea tuvo sus continuadores, y en el sitio de Sebastopol, en 1854, Dundoval propuso el lanzamiento de proyectiles que contenían gases venenosos; en este mismo año se hizo en Francia una gran campaña contra el General Pelissier por haber empleado en Argelia humo de leña verde contra los Caluleños, a consecuencia del cual habían muerto algunos asfixiados.

El descubrimiento de los agresivos estornutatorios, bastante empleados aún en nuestro medio y en nuestros sistemas, data de la famosa guerra Franco-prusiana en 1870, y el agente químico empleado fue la Veratrina.

Finalmente, en 1887, el profesor Baeyer, de Mónaco, anunció el empleo de sustancias lacrimógenas como poderosa arma desde el punto de vista de protección bélica y ataque. La materialización bélica de este descubrimiento fue hecha por los españoles, que ante la amenaza de los Estados Unidos, en 1896, y por medio de un famoso farmacéuta llamado Dara, idearon y fabricaron un cohete especial, dotado de la propiedad de emitir gran cantidad de gases muy asfixiantes. Luégo, y casi por primera vez en la Historia propiamente policiva del mundo, la Policía francesa empleó contra la banda de Bonnot, en Choesij le Roy, gases asfixiantes sofocantes por explosión de granadas que contenían bromo-acetato de etilo.

La primera guerra mundial, puede decirse, ha sido la primera guerra química, y desde el día en que empezó a usarse este método de lucha todos los genios de la química moderna se han afanado por descubrir nuevos compuestos, combinaciones y mezclas científicas que aumenten lo penosa incertidumbre del enemigo en su lucha contra lo desconocido, haciéndolo sentir impotente ante la enorme fuerza de la ciencia puesta al servicio del mal.

El 27 de octubre de 1914 fue, según los alemanes, el primer día en que se emplearon las bombas de gases asfixiantes. En esta fecha los alemanes emplearon el clorosulfato y el clorosulfonato de anicidina, mezcla de clorohidrato y sulfato probablemente, de acción fisiológica estornudógena. Es interesante lo que se cuenta de la inanición causada a los combatientes. En Alemania se atribuye al sabio profesor

Nernst, aunque quien lo llevó a la práctica fue el no menos famoso químico Haber. Dicese que el alto comando alemán puso al principio grandes obstáculos a la idea, y después de continuos ruegos lo permitió como ensayo en la acción de Ypres. Según informes alemanes dicha emisión, practicada simplemente abriendo gran número de botellas de cloro líquido, duró ocho minutos y se extendió sobre un frente de 10 kilómetros. Se afirma también como un hecho rigurosamente cierto que otro famoso químico a principios de 1915 propuso a un alto mando aliado el empleo de esta misma arma, pero el ministerio de la guerra le contestó que no le merecía confianza alguna "la guerra de los boticarios".

Sea el día que fuere, el hecho de la aparición de esta arma de combate sorprendió al ejército aliado de tal modo, que el mariscal French, comandante jefe de las tropas británicas, aseguraba que en el espacio de una hora quedó abandonado todo un frente de combate con cerca de 50 piezas de artillería. La sorpresa del ejército aliado en la tristemente famosa fecha del 22 de abril de 1915 fue inenarrable; la falta absoluta de medios de defensa y el enorme efecto desmoralizador y destructor de aquella nube amarilloverdosa que incesantemente avanzaba, fue causa de la gran cantidad de bajas que sufrió el ejército aliado. Unos 15.000 fueron los intoxicados y de ellos 5.000 murieron. Se comentó más tarde la imprevisión del alto mando alemán, que no había preparado el avance, operación sencilla y sin riesgo alguno, dado el efecto conseguido.

El intenso olor a mostaza, característico de ese compuesto, hizo que los ingleses lo llamaran "mustard gas". Aunque la iperita causa pocos muertos, el número de bajas que ocasionó fue enorme. En el desarrollo de la guerra, y a pesar de lo tarde que comenzó a usarse, la iperita produjo en conjunto 8 veces más bajas que todos los demás agresivos juntos durante toda la guerra. Casi al mismo tiempo de la aparición de la iperita nuevamente las tropas alemanas lanzaron sobre los campos franceses sus nuevas granadas con una cruz de color azul. Eran los agresivos estornudógenos. Estos compuestos a base de arsinas y sus derivados no eran retenidos por las máscaras protectoras, y al introducirse a las vías respiratorias, aún muy dilui-

dos, producían intensísimos ataques estornudógenos acompañados de violentas contracciones y vómitos que obligaban a quien los sufría, a desposeerse de la máscara protectora, efecto deseado por el agresor, ya que la emisión de éstos iba siempre acompañada de los otros tóxicos, los cuales actuaban libremente sobre el personal desprovisto de máscara.

Los refinamientos de crueldad y ciencia continuaron su marcha ascendente durante el año de 1918 y muy pronto fueron introducidas notables variaciones y modificaciones con el fin de aprovechar el máximo efecto bélico de estas nuevas armas. El fosgeno, por ejemplo, de enorme poder tóxico, no daba suficientes resultados por su gran difusión y poca fijez; era un agresivo fugaz y por lo tanto poco útil; fue mezclado con piedra pómez granulada para atenuar su fácil evaporación y transformar aquel gas en uno de los más peligrosos agresivos químicos de guerra. El último descubrimiento de agresivos químicos en la gran guerra fue la lewisita, de procedencia americana y que afortunadamente no llegó a usarse, por coincidir con la firma del armisticio, la llegada a Europa de los primeros envíos. Dicho compuesto, de intenso olor a flores de geranio, fue clasificado por sus autores como el más enérgico producto del arma química, por la posibilidad de ser arrojado desde aeroplanos y a la vez por su gran toxicidad para la vida vegetal y animal, recibió el nombre de "rocío de la muerte". A causa de la cruzada que se levantó durante la gran guerra y después de ella contra la guerra química, la opinión general en los países neutrales se inclinaba a creer que aquella aplicación de la química sería excepcional y quedaría proscrita de las guerras futuras. Los hechos vinieron a defraudar estas esperanzas, pues, si bien en las primeras reuniones de la Sociedad de las Naciones se suscitó el tema de legalidad del uso de los gases, nadie quiso con-

traer el compromiso de prescindir de ellos. Las naciones, en su propósito de presentarse a una nueva guerra prevenidas contra la guerra química, aceleraron en el período post-bélico de 1918 a 1919 la invención y producción de nuevos elementos que superaran en capacidad tóxica a los ya conocidos. Al sobrevenir la segunda guerra mundial, los países que inicialmente intervinieron en ella, estaban prácticamente listos a enfrentarse a la guerra química. Fue así como los alemanes efectuaron continuos simulacros de ataques aeroquímicos no sólo en sus regimientos sino en poblaciones enteras, con participación del personal civil; en 1938 tenía Alemania 45.000.000 de caretas de un tipo especial, con el objeto de asegurar la protección de casi toda su población civil contra una posible agresión aeroquímica a su territorio.

Si bien no se ha podido comprobar que en la última guerra fueran usados los gases como agresivos químicos, si se recuerda que hubo acusaciones por su empleo, y que tras largas y agitadas discusiones había sido proscrito y aceptada su ilegalidad como arma de guerra. Los abisinios acusaron a Italia de usarlos en la campaña de Abisinia; los rusos denunciaron el empleo por parte de Alemania, de gases tóxicos en la campaña de Crimea; según los aliados los campos de concentración alemanes poseían cámaras de gases letales, donde los prisioneros eran llevados para una monstruosa muerte. La última referencia sobre el empleo de los gases como arma de guerra, la da la guerra en Korea; las fuerzas de las NN. UU. acusaron a los comunistas del empleo de agresivos químicos allí y de lo que es más terrible aún que los mismos gases: la guerra bacteriológica, bárbara arma que la ciencia ha puesto en manos de los beligerantes. Todo el mundo civilizado se ha puesto en ple para rechazar de manera terminante y una vez por todas este mortífero recurso de repercusiones casi tan siniestras como la bomba atómica.

Evolución del Delito en la República

Por Marco A. Fonseca T.

Para "FUERZAS DE POLICIA"

El delito a través de los tiempos ha cambiado de matiz, y la comprensión de sus mutaciones nos permite vislumbrar el futuro de las formas delictivas. Podemos anotar para el periodo republicano de la historia nacional una serie de cambios y transformaciones en el delito muy interesantes, que son las siguientes:

a) **De lo violento a lo fraudulento.** Durante la colonia no encontramos manifestaciones fraudulentas sino como una excepción dentro del sistema general delictivo. La humanidad inició sus manifestaciones ilícitas presentando siempre formas violentas, pero a medida que la inteligencia fue abriéndose paso en la conducta de las gentes, fue invadiendo también el campo del delito. Este mismo fenómeno lo encontramos en la historia de la delincuencia colombiana.

En la Colonia, ya lo hemos dicho, no hubo fraudulencia; tampoco durante los primeros años de la República. Sólo a mediados del siglo pasado empezamos a encontrar ejemplos claros, que manifiestan el ingreso del fraude en el delito, aunque no en forma depurada sino combinado con la violencia. Veamos un ejemplo: un día (1850) cuando el acaudalado caballero santafereño don Sebastián Herrera daba un paseo por la calle, un desconocido lo asesinó a puñaladas. Al poco tiempo, se presentó en el Juzgado del Circuito en lo Civil el abogado Ramón Gálvez como apoderado de Salomé Torres, mujer de clase media, a solicitar la apertura de la sucesión, y para el efecto presentó una partida de matrimonio in artículo mortis, celebrado entre Salomé y el señor Herrera, afirmando a la vez que aquélla tenía de éste un hijo póstumo en sus entrañas. Mientras tanto, en la investigación del crimen, recayeron sospechas en Narciso Gómez, amante de Salomé Torres, y llegó a probarse que,

días antes del asesinato, Gómez se había hecho pasar por don Sebastián, y aprovechando una de las salidas que éste hacía habitualmente a Sesquilé, hicieron llamar al Presbítero Vidal Bustamante para que, haciéndose el enfermo, los casara.

El juicio civil allegó nuevas pruebas a la investigación penal: el apoderado ofreció presentar trece testigos que habían presenciado el matrimonio, que en realidad fue presentando uno a uno, hasta que el quinto denunció al juez que le habían ofrecido dinero y que le habían amenazado para que declarara en falso. El jurado, que ya existía, no condenó a Gómez por falta de pruebas, a la pena de muerte, pero le impuso la de veinte años de presidio, que estaba cumpliendo cuando le favoreció el indulto general de 1863. Salomé fue condenada a diez años de reclusión en Guaduas.

Este hecho mencionado es muestra clara de la intromisión del fraude en el delito, ya que se manifiesta la concepción intelectual del mismo, y el plan coordinado con habilidosa inteligencia fue suficiente para que el jurado no pudiera hallar las pruebas satisfactorias para condenar a la pena capital, que en ese entonces se aplicaba cotidianamente.

Otro ejemplo: por aquella época ya existía la prueba médico-legal (desde la Colonia existía), mediante la cual dos o más médicos suministraban las causas de las muertes violentas: dos abogados de entonces (1853), Manuel Prieto, Juez de Circuito, y Pacho Morales, se hicieron a la confianza, con mucho tiempo y mañoso tino, del Presbítero Rudesindo López, logrando que éste hiciera testamento de sus cuantiosos bienes y los nombrara albaceas testamentarios con poderes ilimitados para la distribución de su fortuna. Obtenido ese

documento y debidamente registrado en la notaría, procedieron a envenenarlo causándole rápida y dolorosa muerte y naciendo por tanto sospechosa la causa de su deceso. Cuando los médicos legistas fueron a examinarlo, no encontraron en los intestinos ni una mínima huella del veneno, pero a los pocos días se descubrió el delito porque hallaron casualmente las auténticas vísceras del sacerdote con los estigmas del veneno, aclarándose que los autores las habían cambiado para burlar la justicia, entorpeciendo la prueba médica.

Tampoco fue muy conveniente el elemento probatorio para el jurado, pues prefirió mandarlos al presidio que condenarlos a muerte. Prieto murió en el panóptico a consecuencia de una paliza que le dieron por intento de fuga (¡así era la disciplina carcelaria!), y la Revolución de Melo sacó a Morales de la cárcel, cuando don Justo Briceño, Gobernador de la Provincia de Tequendama, armó a los presidiarios para que lucharan en la revuelta (aquí una de las consecuencias de la política de aquellos tiempos: los delincuentes y reos, por el afán banderista, se convertían repentinamente en soldados).

La pandilla del abogado boyacense José Raimundo Russi, presenta también formas delictivas evolucionadas hacia lo intelectual y la tecnificación, ya que los asaltos fueron consumados con prudencia y cautela y de ellos obtuvieron los asaltantes grandes ganancias: para perpetrar el asalto al convento de San Agustín, vigilaron durante mucho tiempo las costumbres de los frailes, aprovecharon los servicios de un ex-seminarista que conocía profusamente el edificio, y una noche, cuando los padres se encontraban en una velada en el salón de actos, entraron y dieron el golpe. En el mismo año penetraron, muy de mañana, a la casa de doña María Josefa Fuenmayor de Licht, aprovechando la austera costumbre de mantener los portones cerrados; estuvieron todo el día, robaron lo más valioso, pero trataron tan bien a la ama de casa y fueron tan caballerosos y simpáticos con ella, que ésta se abstuvo de denunciarlos a la autoridad. El mismo sistema usaron al asaltar la casa de las ancianas Prieto Espinosa.

Su técnica culminó cuando dejaron en la ruina el almacén de don Juan Alcina; para este asalto se desplegó una

táctica astuta, similar a la empleada hoy: Manuel Ferro, herrero de profesión y miembro destacado de la pandilla Russi, se presentó al almacén y le propuso un negocio llamativo a don Juan Alcina: después hizo lo mismo y repitió sus visitas dejándole utilidades al comerciante hasta ganarse totalmente su confianza, mientras pudo observar sus costumbres y tomar el molde de la cerradura para hacer la llave. De esta manera lograron robarle más de 20.000 duros.

Por este delito fue cogido como sospechoso Ignacio Rodríguez, segundo jefe de la pandilla Russi, hombre aventurero e inteligente, pero en esta ocasión logró burlar la justicia, pues, según relata Cordovez Moure, pagó veinte onzas de oro a un General y a un Coronel del Ejército para que declararan que el día del asalto lo habían visto en Soacha, a la misma hora.

Muy confiados en los triunfos obtenidos, fueron sádicos con sus nuevas víctimas: a don Andrés Caycedo Bastidas le echaron cal viva en los ojos y casi le dejan ciego. De su casa sacaron un trabuco de bronce con las iniciales del dueño, que empeñó en una tienda Ignacio Rodríguez, dejando la pista que le llevó al cadalso. Posteriormente, Russi y sus secuaces asesinaron a Ferro para que no cumpliera sus amenazas de denunciarlo, pero éste alcanzó a hacerlo, y por esto fueron condenados a muerte.

Russi fue un hombre inteligente y culto: había sido profesor de derecho y juez del Circuito. Apuñaleado Ferro, entró rápidamente a su casa, se cambió de ropa y bajó apresuradamente hacia la Plaza de Bolívar, saludando a quienes encontraba para establecer una posible coartada, consistente en probar que no había podido hallarse en el lugar del asesinato a la hora en que éste ocurrió. Preguntó varias veces la hora con el mismo fin, y su conducta fría y calculada, no dio margen a que se sospechara de él, por lo que hubiera quedado sin castigo si Ferro hubiera muerto instantáneamente y no lo hubiera alcanzado a delatar como lo hizo. Su discurso de defensa fue, sin lugar a dudas, una de las piezas forenses más brillantes que se han escuchado en la historia de nuestros estrados judiciales. Con este oscuro personaje surgió en Colombia la delincuencia organizada en forma técnica contra la propiedad. Sus de-

litos, salvo los dos últimos, fueron esencialmente inteligentes y anduvieron alejados de la violencia.

Ignacio Rodríguez era también de mucha inteligencia y vasta cultura. Era de aquellos antiguos aventureros que pasaron su vida entre las prostitutas, que abundaban por aquellos tiempos, y los grandes salones. Libre pensador, simpático, vicioso, sus delitos tuvieron el matiz aventurero de la época caballerescas en que vivió.

Con éstos fueron condenados a muerte Nicolás Castillo, Gregorio Carranza y Vicente Alarcón.

En esta época, mediados del siglo pasado, nació el fraude en el país. Con el tiempo crecieron las transacciones comerciales, la circulación de valores se hizo más acelerada, las gentes fueron aproximándose a las formas intelectuales de vida, y el fraude, forma intelectual del delito, amplió su cauce, hasta adquirir en nuestros días, cien años después, una forma técnica por excelencia: la estafa.

b) Traslación de los delitos violentos originados por la política, de la ciudad a los campos. La política es motora principal de los delitos contra la vida y la integridad personal de tipo violento. Generalmente, quien delinque por política obra bajo la influencia de una pasión heterogénea, perfectamente irracional, y casi siempre estimulada por el alcohol; por estas razones, los delitos políticos no son fraudulentos, con excepción de los de contenido electoral, y se encauzan más bien hacia la violencia, como los homicidios, asesinatos, mutilaciones, incendios, envenenamientos.

Como delitos de base irracional, tienen la característica del delito agotado, en el sentido de que el autor lleva hasta el exceso las consecuencias de su ilícito, por lo que casi siempre se caracteriza por una buena dosis de sadismo y brutalidad.

Unos ejemplos nos ayudarán a comprender las anteriores explicaciones: el jefe político de Honda, enemigo político de Roncoy, le puso preso y le aseguró contra un árbol de manos y pies hasta que murió en lecho de estiércol y gusano". Las cuadrillas de bandoleros que infestaron el país en el siglo pasado, como consecuencia de las revoluciones políticas, atormentaban a las gentes y

eran espantosamente sádicas: a don José Asunción Silva, antepasado del poeta, asesinado en Hato Grande, le hicieron 17 heridas en el cráneo con instrumentos punzantes, cortantes y contundentes.

Con motivo de la Revolución de Mosquera, hubo en Bogotá tal número de detenidos, que fue necesario usar el Colegio del Rosario como cárcel; de allí se fugaron doscientos sesenta presos que fueron acribillados a bala por la guarnición gobiernista, que disparaba desafortunadamente contra los indefensos prófugos políticos, sin oír las clamorosas súplicas de clemencia que salían de entre el tumulto. Por este crimen Mosquera fue implacable: en venganza, una vez obtenido el poder, ordenó ejecutar a don Plácido Morales, al Coronel Ambrosio Hernández y al doctor Andrés Aguilar, sin fórmula de juicio; y cuando don Miguel Samper fue a pedirle que se abstuviera de cometer ese atroz crimen político, contestó, implacable, como si diera la fórmula del juicio que de él habría de hacer la historia: "Yo no soy un juez que administra justicia, sino un General vencedor que aplica el derecho de gentes. He resuelto fusilarlos y usted sabe que yo sé hacerme obedecer".

Después del nueve de abril se desató una época de violencia espeluznante. Las gentes, por motivos políticos, se declararon en guerra a muerte en los campos, y se consumaban los delitos contra la vida, agotándolos con mutilaciones macabras, saqueos, incineraciones e incendios de todo orden, manifestándose en esta ocasión la política con una fuerza que hasta el momento no había presentado tanta intensidad.

Ahora bien: ante la violencia característica de los delitos, que tiene como base la política partidista, se puede anotar un fenómeno interesante, consistente en que estos delitos se cometieron inicialmente en las ciudades, pero ahora han sido desplazados hacia los campos. En efecto, en un siglo comprendido entre 1850 y 1950, se puede anotar el éxito de la política como móvil de la delincuencia violenta de las ciudades hacia el agro, aun cuando, claro está, esta evasión no se ha consumado completamente.

A mediados del siglo pasado y aun en épocas posteriores la política no conmovió tan notablemente los campos co-

mo ahora; únicamente se presentaron las cuadrillas de malhechores como una consecuencia directa de las guerras y revoluciones e indirecta de la política, y si se cometieron algunos crímenes políticos en el campo, las víctimas fueron siempre hombres influyentes de la ciudad, como en el asesinato de la montaña de Berruecos.

Después de las múltiples riñas entre cachacos y artesanos, el país se lanzó por las costumbres de las sociedades políticas, que sembraron la zozobra e intranquilidad especialmente en la capital y las ciudades importantes. En Bogotá funcionó la sociedad de los "capuchinos", la "Popular", y las sociedades democráticas denominadas "Escuela Republicana" y la "Filotémica". Estas sociedades políticas, como hemos dicho, produjeron grandes y sangrientos disturbios en las ciudades.

Con el paso del tiempo cambió el panorama. Se inició la invasión de la política a los campos y el fenómeno paralelo del éxodo de los delitos violentos ocasionados por ésta. Después de 1930 el país presenció esta paulatina evasión y ya en 1950 se encuentra la violencia palpitante en los campos y provincias, cuando en las ciudades principales se vive un ambiente de paz y concordia que contrasta con la angustiosa situación campesina. Este fenómeno no se puede contemplar como algo ya realizado: aún se encuentran formas delictivas violentas, emanadas de la discordia política en ciudades como Bogotá, pero en general el fenómeno puede apreciarse e influye notablemente en la evolución de la delincuencia en el país.

¿Cómo se explica este cambio? Los hombres de la ciudad, con el tiempo, se van volviendo cerebrales y abandonan las formas pasionales primitivas, entre las cuales se destacan las político-pasionales, que nunca tienen una base racional, por lo menos en nuestro medio. El campesino, por el contrario, se arraiga más a los valores ancestrales, cambia menos porque tiene menor contacto con la cultura y la civilización, y se distancia cada vez más de las formas revolucionadas del intelecto humano de tal manera que la política en su forma primitiva, expulsada como rezago cultural de la ciudad, se anquilosa en los campos y precipita a los hombres a la violencia.

No queremos decir que las gentes de las ciudades hayan abandonado la politiquería. Este fenómeno, de tipo específicamente intelectual, se ha operado en las clases altas y medias, pero no en las clases bajas de las ciudades. Lo que acontece es que, en realidad se ha abandonado en gran parte, aun por las clases bajas, las manifestaciones de tipo político violentas y se ha dejado esa clase de reacción al campesino, debido al fenómeno anotado de que la cultura y la civilización aceleran más su ritmo en las ciudades que en los campos.

c) **Tecnificación de la delincuencia.** Otro aspecto, paralelo a la fraudelentización del delito, es el de su tecnificación. Durante el último siglo, la humanidad ha dado los más trascendentales pasos civilizadores hacia la máquina y la tecnificación en general. Consecuencia de la mecanización y la racionalización de las formas de vida es la tecnificación del delito.

La inteligencia que comenzó su intervención de modo ágil y próspero en el delito desde los tiempos de Russi, entró de lleno a apersonarse de lo delictivo y encontró posteriormente medios técnicos, inventados por el hombre para el bien de la humanidad, pero que utilizados perversamente hacen que el delito multiplique sus resultados y se haga más difícilmente investigable.

Auxilios químicos, físicos y mecánicos se emplean hoy con buenos resultados para la delincuencia y hacen que ésta se aproxime cada vez más a la perfección delictiva. La falsificación de moneda y documentos se facilita hoy por el adelanto en las tintas, imprentas, moldes y sustancias químicas; los medios de observación y organización, las armas, los transportes, las comunicaciones, facilitan la formación de pandillas. La actividad delictiva de todo género ha prosperado notablemente. Piénsese, por ejemplo, en la evolución en el delito de robo que se ha operado desde la hazaña delictiva del Alcalde Mayorga, que en la Colonia santafereña apuñaleó a su hermana para robarla, siendo una de las personas más cultas e importantes de antaño, hasta los sistemas empleados hoy por pandillas de baja posición social, vulgares y zafras, como el de la "burundanga" o "toma", sistema tecnificado. Y es que no sólo el fraude ha avanzado por estos cauces técnicos, sino el mismo delito violento: los ban-

doleros últimamente venían utilizando explosivos modernos y sistemas tácticos avanzados.

d) **La traslación de la fuente de influencia delictiva.** La tecnificación del delito se nota en otro aspecto cultural relativo a la traslación de la fuente delictiva. Antiguamente, incluso hace unos treinta años, nuestros principales delincuentes contra la propiedad se inspiraron en las técnicas empleadas por los delincuentes de los países del Sur de Colombia, como Argentina, Chile y Perú. Hay que tener en cuenta que los principales delincuentes coloniales vinieron del Perú. Así siguió la fuente delictiva hasta entrado el siglo actual. El lingüista Max Leopold Warner, en un artículo sobre el caló bogotano, anota que los principales términos usados en el habla del hampa bogotana provienen de la América Latina, especialmente del lunfardo argentino, y en general de las jergas del hampa de los países mencionados.

Hoy se ha trasladado la fuente, y ésta proviene ahora de los países del norte. En la penitenciaría de La Picota encontramos un reo condenado a varios años de prisión por delitos contra la propiedad, que manifestaba una asombrosa habilidad para esta clase de ilícitos, adquirida en un viaje especial que hizo a los Estados Unidos para obtener enseñanzas de los "gansters". Esto sucede, porque la delincuencia, al tecnificarse, buscó los centros más importantes de la técnica universal, y los halló a mano en Norte América.

e) **El incremento del delito culposo.** Esta es otra de las formas de la tecni-

ficación delictiva: durante la Colonia no hubo delincuencia culposa, salvo en los tiempos de los virreyes Mendinueta y Flórez, cuando creció el tránsito de reuas de mulas y de caballos por las calles de la antihigiénica Santa Fe; pero a medida que los sistemas de vida se mecanizaron crecieron los transportes, se ensancharon las comunicaciones, se aceleraron las industrias y los intercambios de todo género, trayendo un contingente de eventual peligro que puede causar daño a la sociedad por los múltiples riesgos creados.

Los delitos culposos son el resultado de no haberse empleado bien los sistemas peligrosos de actividad que hoy tenemos los hombres y que van creciendo a medida que va avanzando la civilización. Este es el motivo por el cual el delito culposo ingresa cada vez más en el panorama de la vida delictiva.

f) **De las formas esporádicas a las formas crónicas del delito.** Ferri fue el primero en enunciar la ley relativa al paso de las manifestaciones esporádicas del delito a la manifestación crónica a medida que la sociedad avanza en el tiempo. En nuestros días podemos contemplar este fenómeno en su totalidad.

Para la Colonia podríamos historiar los delitos haciendo referencias a nombres y fechas, porque éstos se presentaron esporádicamente y no constituían, como ahora, una verdadera epidemia nacional por la cronicidad de sus manifestaciones. En la república no se puede hacer lo mismo, y sería imposible hacerlo para un día de la vida nacional.

Suárez: qué distinta fuera la suerte de la Patria si todos los colombianos hubieran querido creer en tus sueños, ¡oh vate de los grandes anuncios!

LUIS E. YEPES Y.

Ante el templo más grande de la democracia colombiana sólo el silencio es grande.

LUIS AUGUSTO CUERVO

**SECCION
DEL
AGENTE**

LA POLICIA Y LA SOCIEDAD

Por el Mayor Juan Félix Mosquera M.

Para "FUERZAS DE POLICIA"

Sería muy extenso hablar de la conducta del Funcionario de Policía para con la sociedad, si tenemos en cuenta que éste está en contacto con el público las 24 horas del día. Las gentes se acercarán a él para inquirir informes de las personas y los servicios públicos y privados que funcionen en la ciudad. El Agente de Policía está en la obligación de suministrar los informes que se le han solicitado con la mayor exactitud, cultura y pulcritud. Mas si desconoce algunos de ellos no debe vacilar en decirlo con la más absoluta franqueza y corrección. No debe olvidarse que el funcionario de Policía tiene que ser el amigo y consejero de toda la sociedad y que gran parte del conglomerado espera de él su ayuda inmediata, su protección y consejo, aún en problemas que se apartan o que no tienen relación directa con la seguridad, la tranquilidad y la salubridad públicas.

Con el fin de servir a todas las personas con noticias para dar solución a los problemas frecuentes, el funcionario de Policía debe preocuparse por adquirir un vasto número de conocimientos sobre la ciudad, lugar o sitio donde presta sus servicios, lo mismo que sobre sus habitaciones, al menos sobre los del sector cuya vigilancia le ha sido confiada.

La totalidad de las actividades de la Policía deben estar inspiradas en una idea de servicio y protección a todas las personas, sin discriminación de ninguna clase. La misión del Agente en la calle no es otra cosa que la de servir al ciudadano, dándole protección cuando a ello hubiere lugar.

El funcionario de Policía debe someter su conducta para con la sociedad a las siguientes disposiciones de carácter general:

1º Debe ser atento con todas las personas, cediéndoles la acera, contestando sus preguntas y suministrándoles las informaciones que le soliciten, siempre que ellas no sean contrarias a la reserva policial.

2º Debe ser activo y estar atento a intervenir dondequiera que se produzca la menor alteración del Orden Público, atendiendo sin demora toda solicitud de auxilio, a menos que sospeche que se trata de distraerlo para cometer en su ausencia un delito.

3º Debe ser especialmente benévolo y amplio con los niños, a quienes auxiliará y protegerá en primer lugar lo mismo que a los ancianos valetudinarios y enfermos. A las mujeres las tratará con el debido respeto y consideración.

4º Empleará términos correctos y buenos modales. Por ningún motivo se justifica, antes por el contrario, es opuesto a la técnica policiva, el tono despótico, altanero y provocador. El vocabulario soez, lo mismo que las actitudes amenazantes, exhiben al funcionario como persona mal educada y agresiva, inhabilitándolo para el servicio y desprestigiando a la Institución.

5º Debe ser persuasivo, pero nunca claudicante. Una vez tomada una resolución debe hacerla cumplir con energía. Pero energía no entraña rudeza, crueldad ni grosería.

6º Cuando intervenga en un caso, debe evitar toda discusión con el público o con los responsables.

7º No debe ofenderse por el lenguaje bajo o grosero que contra él empleen las personas disgustadas o afectadas con su intervención, ni debe contestar los ultrajes que se le dirijan; debe simplemente tomar nota de lo que se le diga para hacerlo valer ante la autoridad competente.

8º No debe emplear sus armas con criterio ofensivo. Únicamente las empleará en los casos de legítima defensa.

9º Debe apreciar en sus debidas proporciones los incidentes que se presenten, procurando resolverlos en la forma más práctica y expedita; no debe apelar a la aprehensión y conducción de las personas sino en los casos en que ese procedimiento se justifique de acuerdo con las normas legales que rigen sobre el particular.

10. Al informar sobre un caso, debe esforzarse en hacerlo en la forma respetuosa y serena sin deformar los hechos en sentido favorable o desfavorable para el sindicato; relatará escuetamente lo ocurrido evitando emplear términos ofensivos para con el acusado, y no hará mofa de él, tampoco contestará las observaciones que el acusado le haga, ni mucho menos entrará en discusión con él; rendido su informe o declaración pedirá permiso para retirarse, sin demostrar interés por conocer la solución del asunto.

La misión del Agente de Policía no debe reducirse a registrar puertas y ventanas; tiene que gobernar, dirigir y tratar al público, compuesto de personas de toda índole y condición. Por eso no es aceptable que el funcionario de Policía trate de la misma manera al impulsivo que al que no lo es. Al altanero lo mismo que al respetuoso. Al niño como si fuera adulto. Al enfermo igual que al sano. A la mujer como al hombre.

Por eso el funcionario de Policía debe saber distinguir los distintos ambientes, los distintos temperamentos, las distintas circunstancias que motivan los hechos. No debe ser excesivamente tolerante, como tampoco excesivamente rígido. Debe preocuparse ante todo, por comprender el conflicto en toda su extensión y contenido humano. Tal actitud lo coloca en camino de actuar en la forma que le corresponde, o sea: como educador, como previsor, como auxiliador, como protector y componedor.

“QUIZA EL MAS IMPORTANTE REQUISITO DEL POLICIA MODERNO Y EL MAS DIFICIL DE ADQUIRIR ES SU HABILIDAD PARA COMPRENDER Y ANALIZAR LA CONDUCTA HUMANA Y DESENMARAÑAR LOS PROBLEMAS DELICADOS COMPRENDIDOS EN LAS COMPLEJAS RELACIONES HUMANAS”, ha dicho un destacado miembro de los servicios de Policía de los Estados Unidos de Norte América.

Dios en su bondad infinita se ha valido siempre de lo infinitamente humilde para realizar las obras más grandes y portentosas, como sucedió contigo, ¡oh egregio varón, Marco Fidel Suárez!

AGUSTIN BRICEÑO

El Agente de Policía en los Casos de Incendio

Por el Mayor José Manuel Mendoza E.

Para "FUERZAS DE POLICIA"

Una de las misiones principales de la Policía consiste en "garantizar la vida, honra y bienes de los ciudadanos". En el presente trabajo estudiaremos las actividades del Agente de vigilancia, cuando la vida y los bienes de los asociados, se vean amenazados por un incendio.

Se entiende por incendio al fuego grande que abrasa lo que no está destinado a quemar.

El fuego controlado presta, desde tiempos remotos, invaluable servicios al hombre; pero, cuando se le descuida, se convierte en voraz enemigo, que destruye en pocas horas parte de sus bienes, pone en peligro su vida y muchas veces toda su fortuna.

Al Agente de Policía no puede pasar inadvertido lo que al común de los ciudadanos. Un olor a materia quemada, el humo o chispas, por tenues que sean, el calor que se escapa por una puerta, una clara-boya o una ventana, el chasquido de las brasas, deben ser motivos para evidenciar la causa, el origen de estas manifestaciones extrañas, antes de seguir adelante.

En caso de que compruebe o sea informado de que en su sector se está produciendo un incendio, su obligación consiste:

1º En comunicar lo más pronto posible al Cuerpo de Bomberos, cuyo teléfono es en Bogotá número 11211 sobre los siguientes puntos:

a) Dirección correcta del sitio donde se desarrolle el incendio.

b) Tipo de incendio.

c) Planta o piso en donde se ha localizado el incendio.

d) Número del teléfono de donde esté llamando, para que se verifique la llamada de comprobación que hace luego la Estación de Bomberos.

Tipo "A"—El producido en materias textiles, fibras, maderas y papeles.

Tipo "B"—El producido por gasolina, alcohol, pinturas, grasas, aceites, petróleo y celulosa.

Tipo "C"—El producido por corto-circuitos y fenómenos eléctricos.

Tipo "D"—El producido en automotores.

2º En poner a salvo la vida de las personas.

3º En vigilar el lugar afectado para evitar que el público penetre a él y que los ladrones aprovechen esta ocasión.

4º En despejar el campo de curiosos y facilitar el acceso al Cuerpo de Bomberos.

5º En emplear los extinguidores, si los hubiere, en el edificio o residencia afectados.

6º En cuidar, al penetrar en un recinto incendiado, de cerrar tras sí las puertas y ventanas, pues se establece una corriente de aire y, dado el oxígeno que contiene, se aviva el fuego.

7º En indicar al Jefe de Bomberos la localización de los hidrantes.

8º En despejar la calle para que los Bomberos puedan ejecutar libremente su labor de extinción, impidiendo que los curiosos pisen las mangueras y haciendo que los espectadores guarden orden y no se suban a las máquinas.

9º En ejecutar los trabajos que le señale el Jefe respectivo, con el fin de facilitar la maniobra y poner a salvo los elementos, muebles, etc., del lugar incendiado.

10. En evitar por todos los medios que se produzca el pánico. En caso de que se le prendan los vestidos, procurará envolverse en una alfombra, manta o abrigo o arrojarse al suelo, a fin de ahogar la llama y evitar así que se le quemé el rostro.

11. Cuando tenga que penetrar a un lugar incendiado no aspire el humo, si fuese posible, humedezca su pañuelo y póngaselo sobre la nariz y la boca.

12. En caso de que lo sorprenda un incendio en un teatro, iglesia, etc., organice la salida del público, dando preferencia a las señoras, ancianos y niños y recomendando dirigirse a la salida sin correr y mucho menos gritar, pues la confusión y el desorden acarrearán más víctimas que el mismo incendio.

13. Por último, el Agente de Policía debe buscar la causa que produjo el incendio e informar inmediatamente a la autoridad competente, para que inicie la investigación, allegando las pruebas que encontrare en el lugar del incendio, así como el nombre de los informantes con su respectiva dirección.

Las causas del incendio, pueden ser: naturales, accidentales e intencionales.

Entre las *causas naturales* encontramos: rayos o descargas eléctricas atmosféricas; descomposición de materias; electricidad estática producida por el roce de la gasolina al vaciarse de los carros tanques a las Bombas expendedoras o de las mangueras de éstas a los tanques de los vehículos; esta electricidad motiva el empleo de cadenas metálicas que van rozando el pavimento en los carros-tanques y el uso de mangueras con pitones de bronce que por su forma especial hacen contacto con la boca metálica del tanque, permitiendo la descarga a tierra, de tan peligrosa electricidad: rayos solares a través de botellas o burbujas de cristales de ventanas que al concentrarse en el foco de estos lentes convergentes, producen alta temperatura; aceites vegetales en contacto con el aire.

Las *causas accidentales*, se deben al descuido en el manejo de fósforos, cigarrillos, espermás y fogones; uso de fusibles de tableros de control reparados con alambres cuyo amperaje no se calcula; estufas de gas con escapes o inexpertamente manejadas; brilladoras de pisos que al tomar contacto con puntillas, producen cortos circuitos o chispas que inflaman la cera o la gasolina que se emplea en esta labor; planchas eléctricas colocadas sobre madera, cerca a lana o sobre los tendidos de la mesa; automovilistas que imprudentemente se valen, para examinar o reparar su vehículo, de fósforos o velas en vez de emplear una linterna eléctrica; fumadores que acostumbran al acostarse, encender su último cigarro; el uso de pantallas de pa-

pel o de tela y los adornos de bombillas eléctricas con este material; el arrojar cenizas calientes a las canecas con basuras; los fuegos artificiales y los globos en ciertas localidades.

Cuando no existían las Compañías de Seguros, los incendios intencionales sólo se debían a manifestaciones de venganza o a la locura de piromaniacos; hoy se agrega la acción de comerciantes inescrupulosos que pretenden obtener, con el siniestro, el valor del seguro; igualmente, el propósito de empleados o dependientes, de ocultar con este medio la pérdida o sustracción de mercancías y valores.

Los materiales más usados para producir estos incendios son: los combustibles generalmente catalíticos como gasolina, aceite o trementina, fósforo, cera, periódicos, celuloide y sustancias que mantenga el fuego; a menudo se utilizan elementos químicos, como el clorato de potasio separado de azúcar por un disco de retardo, al que se le aplica ácido sulfúrico; artefactos mecánicos y eléctricos de tiempo, se emplean para retardar la iniciación del fuego, facilitándole el autor el poder abandonar la escena sin ser descubierto.

Los interruptores, los timbres, los cables de la luz, pueden ser arreglados para producir un corto circuito y causar la combustión del material colocado a su alrededor; los aparatos telefónicos se pueden acondicionar para que una llamada produzca la chispa necesaria para causar el fuego.

Es por esto que el Agente de Policía, obrando en estrecha colaboración con el Jefe de Bomberos y las demás autoridades, después de eliminar las causas *naturales* y *accidentales*, le queda por encontrar las huellas e indicios reconstructores del incendio y las identificadoras del incendiario.

Para que haya fuego se necesita: materia combustible, oxígeno y calor. Conociendo su composición, podemos deducir los medios de extinguirlo.

Según la sustancia de que esté compuesta la carga, los extinguidores se dividen en tres clases:

- a) De gas carbónico.
- b) De espuma.
- c) De líquidos.

La nomenclatura, carga y funcionamiento, así como la manera de usarlos, será motivo de instrucción práctica.

**LA JUSTICIA
PENAL MILITAR**

EL PROCEDIMIENTO

Por Francisco Chaves Galvez

Para "FUERZAS DE POLICIA"

Por considerar de gran interés práctico, publicamos a continuación, una sinopsis, elaborada por el Auditor Principal de Guerra de la Institución, sobre generalidades de procedimiento de Justicia Penal Militar para Miembros de las Fuerzas de Policía.—N. de R.

Incorporación de las Fuerzas de Policía a las Fuerzas Armadas

El Decreto 1814 de 10 de julio de 1953, incorporó a las Fuerzas Armadas, el Cuerpo de Policía Nacional, formando parte activa del Ministerio de Guerra, como el "cuarto componente del Comando General de las Fuerzas Armadas".

El Decreto 1.897 de 21 de julio del mismo año, igualmente incorporó a la Policía Nacional, las policías departamentales y municipales, los Resguardos de Aduanas, Resguardos de Rentas Departamentales, los Cuerpos de Circulación y Tránsito, vigilancia de cárceles, con presupuesto y organización propios.

Normas especiales de Justicia Penal Militar

El Decreto número 1426 de 1954, estableció normas especiales de Justicia Penal Militar, para Miembros de las Fuerzas de Policía, en el cual se contemplan dos casos particulares:

Primer caso. Procesos contra Oficiales de las Fuerzas de Policía, hasta el grado de Coronel inclusive, o contra civiles con categoría de Oficiales al servicio de la Institución.

Funcionario instructor. En estos casos el sumario lo inicia y adelanta el funcionario instructor que designe el Comandante de la Brigada, en cuyo territorio se cometió el hecho delictuoso que se investiga.

Juez de Primera Instancia. En los mismos procesos contra Oficiales de la Institución, o contra civiles con tal categoría, es Juez de Primera Instancia, el señor Comandante General de las Fuerzas de Policía, o el Oficial Superior, en quien él delegue esa función. De manera que en estos casos, sólo pueden ser designados como Jueces de Primera Instancia, los Oficiales de las Fuerzas Armadas, desde el grado de "Mayor" debiendo tener al mismo tiempo en cuenta el grado del sindicado, ya que "El ejercicio de la jurisdicción Militar es inherente a la jerarquía Militar. En ningún caso un subalterno podrá juzgar a un superior, ni un militar menos antiguo, a otro más antiguo".

Consejos de Guerra. Los delitos contra Oficiales de las Fuerzas de Policía, se juzgarán mediante Consejos de Guerra Superiores.

Segundo caso. Procesos contra Miembros de la Policía, sin grado de Oficiales, o civiles, sin esta categoría.

Funcionario instructor. Tales procesos los instruye el Oficial de las Fuerzas Armadas, que designe el señor Comandante de las Fuerzas de Policía; o el Juez de

Instrucción Penal Militar, o el Auditor de Guerra, que para casos especiales nombre el Comandante de la Brigada, o "el Comandante del Arma", respectiva.

Juez de Primera Instancia. En procesos contra Miembros de las Fuerzas de Policía, sin grado de Oficiales, o civiles sin esta categoría, el Juez de Primera Instancia, lo designa el Comandante de la Brigada respectiva.

Comandante de Arma. La Inspección General de las Fuerzas Armadas, conceptuó que "al referirse el Decreto 1426 de 1954, a "Comandante de Arma", se refiere a los Comandantes de la Armada Nacional o de la Fuerza Aérea".

Delitos que se juzgan sin Consejo de Guerra. Los delitos contra los bienes del Estado, abandono del servicio, abandono del puesto, *deserción*, de que se indica a Miembros de las Fuerzas de Policía, sin grado de Oficiales o civiles sin esta categoría ordinales a) y b) del artículo 4º del Decreto 1426 de 1954, se juzgarán sin intervención de Consejos de Guerra.

Delitos que se juzgan con Consejo de Guerra Ordinario. Todos los demás delitos en que aparezcan sindicados Miembros de las Fuerzas de Policía, sin grado de Oficiales o Civiles sin esta categoría, se juzgarán sin intervención de *Consejos de Guerra* ordinarios, conforme al trámite que para tales casos regula el Código de Justicia Penal Militar.

Segunda instancia. La segunda instancia en todos los procesos contra Miembros de las Fuerzas de Policía, se tramita ante el Honorable Tribunal Superior Militar.

Recurso de casación. Los recursos extraordinarios de Casación se interponen ante la Corte Militar de Casación y Revisión, como lo dispone el artículo 6º del Decreto 1426 citado.

Fiscal militar. El Ministerio Público en los procesos contra Miembros de las Fuerzas de Policía, está representado por el señor Jefe del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas, o por el Oficial de las mismas que él designe, como lo determina el Decreto 3083 de 1954, que modificó el artículo 5º del Decreto 1426 del mismo año.

Los Agentes de las Fuerzas de Policía, en justicia penal militar, se equiparán a "soldados". Conforme al artículo 8º del Decreto 1426 citado, los Agentes uniformados de la Policía de Vigilancia, los de Aduanas, los de los Resguardos y los de Circulación y Tránsito, se considerarán para efectos de Justicia Penal Militar, como "soldados" y por consiguiente, en concordancia con el artículo 5º del Decreto 1.005 de 1952, no es necesaria la suspensión previa, para la detención preventiva de tales Agentes.

Delito de "deserción". Como consecuencia de la disposición anteriormente comentada —artículo 8º Decreto 1.426 de 1954— quedó definida la cuestión legal, de que la evasión de un Agente de las Fuerzas de Policía, configura militarmente el delito denominado "de deserción", y no "abandono del cargo", como lo era anteriormente; ilícito, que como se dejó anotado, es hoy juzgado sin Consejo de Guerra, conforme lo dispuso el Decreto 2.900 de 1953, en concordancia con el artículo 40 del Decreto 1426 citado.

Consejos de Guerra Verbales. El Decreto 2007 de 1952, estableció normas para la tramitación de Consejos de Guerra Verbales; Consejos éstos que se aplican a Miembros de las Fuerzas de Policía, cuando se halla turbado el Orden Público, conforme lo dispone el artículo 139 del Decreto 2.900 de 1953. Levantado el estado de sitio, el Decreto 1.426 determina que los Oficiales de la Institución sean juzgados mediante Consejos de Guerra Superiores y los Miembros que no tengan tal carácter, se juzguen sin Consejos de Guerra, o con Consejos de Guerra Ordinario, según la clase de delito, como ya se expuso.

Períodos de los procesos Penales Militares. En todos los procesos Penales Militares se distinguen dos periodos, el de investigación, denominado en el Código Militar "de suministro" y el juicio. Hay sumario desde la iniciación de las diligencias investigativas, hasta su calificación y juicio desde que quede ejecutoriado el

auto de proceder, en los casos que a ello hubiere lugar, conforme lo determina el artículo 76 del Decreto 2.900 de 1953.

Conclusión de la investigación. Terminada la investigación, el funcionario instructor, remite el expediente al Oficial designado como Juez de Primera Instancia, quien procede a su estudio, como lo indica el artículo 87 del Decreto 2.900 citado.

Declaratoria de cierre de la investigación. Si la investigación está incompleta, el Juez debe practicar las diligencias pendientes, o comisionar al mismo, o a otro Instructor para que lo haga.

Practicadas tales diligencias o si se considera que la investigación está completa, el Juez la declara cerrada y ordena pasar el asunto al Fiscal Militar, designado por el Jefe del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas, para que emita el concepto, en el lapso de 48 horas, fijado en el artículo 88 del mismo Decreto.

Requisitos que debe contener el concepto fiscal. Tales requisitos los indica sucintamente el artículo 88 del Decreto 2.900 de 1953, a saber: a) Una narración de los hechos que motivaron la investigación; b) La designación del delito o delitos que se configuren, según la clasificación de las Leyes Penales; c) La enumeración de las personas que aparezcan como responsables de los hechos investigados, con la especificación de los cargos que contra una de ellas aparezcan en el expediente; d) La solicitud que formule como Agente del Ministerio Público.

Calificación del sumario. Devuelto el expediente por el Fiscal, el Juez procede a calificar el mérito del sumario. Los autos de Calificación, pueden ser o de proceder o de sobreseimiento definitivo o temporal.

Defensor del procesado. En el momento de la notificación de un auto de proceder, debe advertirse al sindicado el derecho que tiene de nombrar un defensor. Si no lo designa, el Juez le nombra uno de oficio. Al defensor una vez posesionado, se le notificará el auto de proceder. Artículo 95, Decreto 2.900 de 1953.

Juicio. Artículo 96 del Decreto 2.900 de 1953. "Una vez en firme el auto de proceder, se abrirá la causa a prueba por el término de diez días, durante los cuales las partes pueden pedir la práctica de todas las pruebas que sean conducentes y que se puedan producir dentro de ese término".

Sin Consejo de Guerra. "Vencido el término de prueba, cuando el juicio no deba tramitarse con intervención de Consejo de Guerra, el Juez ordenará correr traslado del expediente por setenta y dos horas al Fiscal y por el mismo tiempo a cada uno de los defensores para que formulen sus alegatos". Artículo 97, ibídem.

Sentencia, artículo 98. "Dentro de los cinco días siguientes al de vencimiento del último traslado, el Juez procederá, con la asesoría de su Auditor de Guerra, a dictar sentencia".

Consejo de Guerra Ordinario o Superior. Artículo 99, ibídem. "Cuando el juicio se deba tramitar con intervención de Consejo de Guerra Superior u Ordinario, el Juez, una vez vencido el término de prueba, debe proceder a convocar el Consejo de Guerra y a señalar fecha y hora para el sorteo de Vocales en auto que se notificará personalmente a las partes". Tal procedimiento está indicado en los artículos 99 y siguientes del Decreto 2.900 de 1953.

Procedimiento en los Consejos de Guerra Verbales. Como ya se dijo, los Consejos de Guerra Verbales, se tramitan conforme indica el Decreto 2.007 de 1952, reformatorio del Código Penal Militar.

"Producida la disposición del Gobierno que declara la necesidad de convocar Consejos de Guerra Verbales, el Comandante de la Armada Nacional, el de la Fuerza Aérea, o los Comandantes de Brigada, según el caso, procederán a convocar por medio de Resolución motivada los que sean necesarios para investigar y juzgar los delitos cometidos en el territorio de su jurisdicción, cuando el Gobierno no haya hecho uso de la facultad consignada en el artículo 48 de este Código". Artículo 415.

Artículo 416 del Código de Justicia Penal Militar. "Pueden convocarse Consejos de Guerra Verbales, exista o no investigación previa". En la Resolución de convocatoria de un Consejo de Guerra Verbal, oído el concepto del Auditor cuando exista

investigación se indica: a) Qué persona o personas aparecen hasta el momento como sindicadas; b) Qué delito o delitos se estructuran de acuerdo con lo actuado; c) Qué personal debe integrar el Consejo; y d) En qué sitio debe verificarse la reunión. La indicación de fecha y hora puede delegarse en el Presidente del Consejo.

Sinopsis de las tres etapas en el procedimiento de los Consejos de Guerra Verbales, conforme al Decreto 2007 de 1952.

Artículos 417 al 423. *Primer período: Etapa investigativa o de sumario.* Desde que se instala el Consejo de Guerra Verbal, hasta después que se han recibido todas las pruebas solicitadas por el Fiscal, por el defensor del sindicado, por éste o por los Vocales o Asesor Jurídico y por el Presidente del Consejo; hasta que el señor Presidente, con la colaboración del Asesor Jurídico, "formula por escrito y entrega a cada uno de los vocales el cuestionario o cuestionarios que se someten a su decisión".

Artículos 423 al 426. *Segundo período. Etapa de calificación.* Comienza desde que el Presidente y el Asesor Jurídico, redactan los cuestionarios. "Se suspende la sesión y se correrá traslado al Fiscal y a los apoderados que desde este momento actuarán como defensores por tres horas renunciables, a cada uno, para que preparen sus alegatos. Pero si fueren varios los reos, el traslado para el Fiscal será de seis horas, también renunciables". Vencidos estos términos —o renunciados— se reanuda la sesión con asistencia de los sindicados y el Presidente concederá la palabra por una sola vez al Fiscal y a los defensores. Esta etapa o período del Consejo termina cuando el Fiscal toma la palabra.

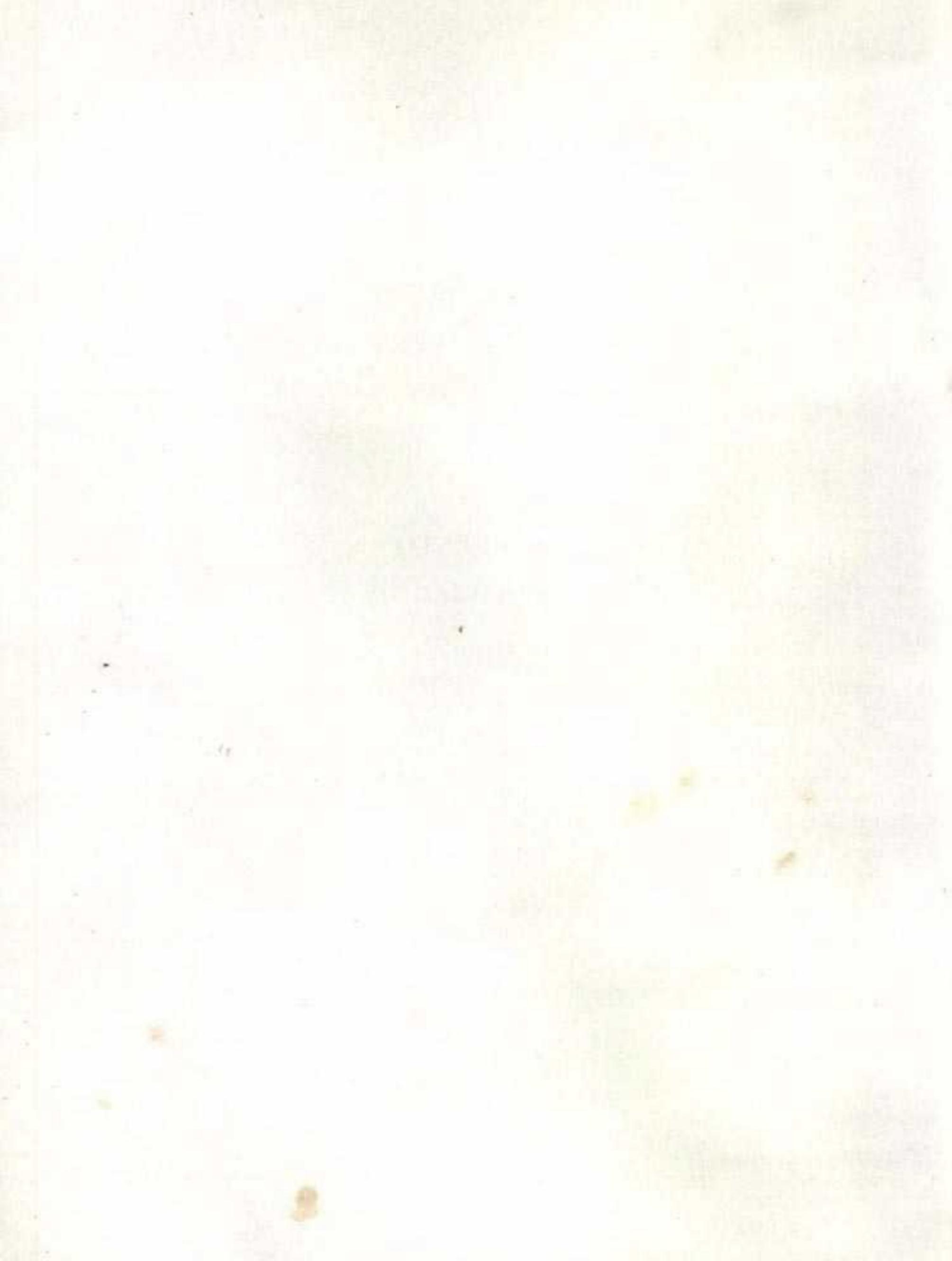
Artículos 426 al 432. *Tercer período. Etapa de juicio o de juzgamiento.* Comienza al tomar la palabra el Fiscal, abarca la intervención de defensa oral del defensor y aun la intervención oral que también pueden hacer los sindicados, o sea el debate oral. Termina esta etapa del Consejo de Guerra Verbal, cuando se notifica el fallo, redactado por el Presidente, con la ponencia del Asesor Jurídico y se firma el acta respectiva.

Cese de procedimiento. Por excepción, el investigador está autorizado conforme al artículo 218 del Código de Justicia Penal Militar, para hacer la declaratoria de cese de procedimiento, en cualquier estado del proceso, cuando aparezca plenamente comprobado que el hecho que se investiga, no ha existido, o que el procesado no lo ha cometido, o que la Ley no lo considera como infracción penal, para lo cual se exige, previo dictamen favorable del Fiscal Militar. La sentencia que ordena cesar el procedimiento, se consulta con el Honorable Tribunal Superior Militar.

Segunda instancia. Conforme a lo dispuesto por el artículo 125 del Decreto 2900 de 1953, "La segunda instancia de todos los procesos de competencia de la Justicia Penal Militar, se surte ante el Tribunal Superior Militar", siendo la tramitación la indicada por los artículos 126 y siguientes de tal Decreto.

Decretos reformativos del Código Penal Militar. Para concluir este análisis sobre tópicos comunes en el procedimiento penal militar, contra Miembros de las Fuerzas de Policía, conviene anotar, que el Código de Justicia Penal Militar vigente, o sea el Decreto número 1125 de 1950, ha sufrido notorias reformas, especialmente con los Decretos 2900 de 1953; 2007 de 1952 sobre procedimiento de Consejos de Guerra Verbales, número 1426 de 1954, que establece normas de Justicia Militar en relación con los Miembros de las Fuerzas de Policía, número 1814 de 10 de julio de 1953, por el cual se incorpora a las Fuerzas Armadas el Cuerpo de Policía Nacional, y el número 1897 de 21 de julio de 1953, por el cual se militariza el personal de las Aduanas y Puertos Marítimos y Terrestres de carácter internacional que funcionen dentro del país y se incorpora a la Policía Nacional, las Policías Departamentales y Municipales, los Resguardos de Aduanas de Rentas Departamentales, los Cuerpos de Circulación y Tránsito, vigilancia de cárceles, con presupuesto y organización propios. El Ministerio de Guerra, acaba de dar a la publicidad una edición del Código de Justicia Penal Militar, con las reformas principales que ha sufrido el Decreto 1125 de 1950.

**EL CUENTO
POLICIAL**



El Fin de una Vida

Por Enrique Fernández

Había practicado todos los ritos matutinos de la "toilette" de un caballero limpio; había ingerido la taza, a también ritual, de café, y me extendía en un cómodo diván, dispuesto a leer los diarios, cuando Alves Calado llamó a la puerta:

—En nombre de la ley, se puede entrar?

—Se puede, ilustre delegado! —le respondía.

Sabía que había pasado la noche de guardia en el Departamento Central de Policía.

—Mucho trabajo?— fui indagado.

—Mucho.

—Eso querrá decir que dormiste de un solo tirón toda la noche.

—Nada de eso, inveterado maldiciente. Ahora podrás poner a prueba, gloriosamente, tu renombre de detective, o probar que no pasas de un obtuso recitador de historietas.

Y narró lo ocurrido.

Le habían telefoneado de Papuí para que buscara al doctor Lameira Jonatás y le comunicara que era de urgente necesidad su presencia allá. Que no lo detuviese, pero que ejerciera sobre él una discreta vigilancia; de manera que, sólo si intentase huir, efectuara la detención. Poco después de la partida de ese médico, su mujer había sido encontrada muerta, estrangulada. No se trataba, evidentemente, de un suicidio. Pero, por otro lado, no se comprendía cómo había conseguido entrar el asesino y, sobre todo, salir, ya que los cerrojos de todas las puertas y ventanas estaban corridos. Mientras tanto, como el doctor Lameira fue el último que habló con la mujer, era indispensable que viniese a prestar declaración.

Hecha la narración, Alves Calado me dijo que si quería divertirme con grandes pesquisas policiales, no encontraría

mejor enigma en donde ejercitar mi sagacidad que en ésta. Y añadió:

—A partir de las tres, toda la madrugada, el maldito delegado no me dejó en paz. Telefoneó varias veces. Qué sujeto fastidioso, digno del nombre que le pusieron. Figúrate: Se llama Sinfronio Eteocles! Eteocles!

—Eteocles! —grité contento—. Qué delicia. Parto mañana temprano para Papuí!

Y conté a Alves Calado que habíamos hecho juntos los cursos secundarios y de facultad. Año por año, en la mayor intimidad habíamos estado juntos. Durante los tres últimos años de derecho, vivimos en el mismo cuarto, en casa de una familia, que nos daba pensión. Eramos íntimos, íntimísimos!

Cierro el aposento y me largo luego a Papuí, a fin de ver de cerca este asunto.

Pocos minutos después, telefoneaba a la remota ciudad y hablaba con Eteocles.

—Hay por ahí —acabé preguntándole— un hotel en donde uno pueda hospedarse?

—Hotel? Estás loco! Si vienes, y tuvieses el desparpajo de no venir a vivir conmigo, me resentiré toda la vida. Sin contar que te mandaré prender y apalear.

—Para algo ha de servir ser delegado!.....

A las seis de la mañana partí en tren. A las once y media estaba en los brazos de mi viejo amigo. Cuando le anuncié lo que iba a hacer —investigar el crimen ocurrido el día anterior—, encontró la idea de una extravagancia indecible. Y añadió:

—Pero si estoy tan encantado con tu resolución que ya no lamento la muerte de la señora del doctor Lameira. Y cuando este misterio se haya esclare-

cido, te lo digo en reserva, voy a mandar asesinar a dos o tres personas más, para darte ocupación...

Y estaba, realmente, radiante de alegría.

Eteocles vivía solo... Alquilaba una buena casa y vivía muy sencillamente. El, por lo demás, siempre fue un sujeto de gustos sencillos. Con un buen libro, solía decirme, se tiene amante, mujer, hijos: todo lo que se necesita en la vida.

Llegamos, al fin, al caso policial. Eteocles lo expuso en pocas palabras...

—El doctor Lameira vivía con la esposa y una criada. Pasaban la vida modestamente y sin mayores desavenencias. En los últimos tiempos su esposa, doña Eloísa, se quejaba de que el marido iba con frecuencia a la capital, y lo acusaba de tener una amante. Pero nada de eso la llevaba a grandes escenas. Esta es, por lo menos, la declaración de la criada. Ahora bien: hace dos días el médico fue a Río. Cuando salió, la criada no estaba en casa. La habían mandado a la estación a llevar la valija del amo, y de ahí a la casa de unos parientes de doña Eloísa... El médico salió, cerró la puerta, esperó que el cura párroco se acercase, pues el cura también debía viajar en el mismo tren; ya en la calle, Lameira habló a la mujer. Esta le respondió, y respondió también al cura. Ambos siguieron luego a Río. En el tren, según afirma el Sacerdote, estuvieron siempre juntos. Lameira fue al hotel en que acostumbraba hospedarse, pero, habiendo salido por la noche, no volvió más. Por lo demás, era lo que siempre hacía. No hubo, por tanto, nada de insólito en su comportamiento. Mientras tanto, cuando la criada volvió de la comisión que le fuera encomendada, llamó y no obtuvo ninguna respuesta. Al cabo de cierto tiempo, al ver que nada conseguía, se dirigió a la delegación y me pidió que mandase a alguien para forzar la puerta. Temía que la patrona hubiese sufrido algún ataque. El derrumbamiento de la puerta por donde había salido el médico, no fue posible, porque había detrás una sólida tranca. Rompimos una ventana y fue por ella que entramos, porque yo no quise que abriesen las otras puertas, sino después de haberlas examinado por dentro.

—Y todo estaba, realmente, cerrado?

—Todo. No es posible comprender por dónde había salido el asesino.

—Alguna abertura con tapa en el cielo raso, de esas que sirven para arreglar el gas o la electricidad...

—Había, en efecto. Nota, sin embargo, que la casa, interiormente, tiene una altura de cuatro metros y medio. Sólo con una escalera es posible llegar hasta allá.

—Escalera o cuerda...

—Sí; pero lo difícil no es eso. La casa está aislada en medio del terreno. A ambos lados hay jardín. Si el asesino hubiese pasado al techo, para, desde allí, bajar y huir, habría tenido que aparecer y ser visto, porque la casa es muy visible desde todas partes. Pero yo hice una cosa mejor. Así que fue descubierta la abertura del cielo raso, no permití que por ella se pasase al exterior de la casa.

—¿Por qué?

—Porque un cielo raso está siempre lleno de polvo. Si el asesino hubiese pasado por allí, habría dejado, fatalmente, vestigios. Fuimos por el tejado, que examinamos previamente. Ninguna teja se dislocó. Retiramos algunas, por encima de la abertura del cielo raso, y constatamos que nadie penetró en el cielo raso de la casa. Mayor certeza tuvimos de ello cuando examinamos la abertura por la parte interior, porque el techo había sido pintado recientemente y la pintura se encontraba intacta; no fue desgarrada, como necesariamente hubiera acontecido para abrir la abertura.

—¿Y de qué armas se valió el asesino?

—Una toalla; con la que estranguló a la pobre mujer. Le puso la toalla al cuello, y se sirvió de ella como de un garrote; torció, torció, hasta que la víctima no pudo agitarse más. De modo que la situación se resume de la siguiente manera: se encuentra una mujer agarrotada dentro de una casa herméticamente cerrada por dentro, y sin ningún vestigio del asesino.

—¿Quién vió a la víctima por última vez?

—El marido. Cuando salió de la casa y cerró la puerta de entrada, venía a poca distancia el cura párroco... a quien esperó en la puerta, mientras informaba a la mujer en compañía de quién haría el viaje. Ella respondió chanceándose, y pidiendo al cura: "Vigileme a ese calavera, señor cura!" A lo que éste replicó: "Esté usted tranquila, señora!". Y ella dijo todavía: "Pues, entonces, buen via-

je". El párroco es absolutamente categórico en la narración de este diálogo, y el marido también.

—¿Había aún alguna ventana abierta?

—No. La casa está ligeramente elevada. Para entrar a ella, se suben tres escalones. Todo estaba cerrado. Este diálogo fue a través de las ventanas, que son de persianas. Se puede conversar perfectamente, con las ventanas cerradas desde el interior hacia la calle.

¿—Se desconfía acerca del móvil del crimen?

—Se encontraron cajones abiertos y desaparecidas todas las joyas. Parece, incontestablemente, tratarse de un robo vulgar. Vulgar como robo, pero extraordinario por los medios empleados.

—¿Impresiones digitales?

—También pensé en ello.

—Tú bien podías ser delegado en Nueva York...

—Pero aquí, de qué me serviría eso? En todo caso, antes de que alguien tocara las llaves y en las perillas de los cajones, yo las examiné. Estaban intactas, limpias, lustrosas; sin vestigio aparente.

—¿Qué clase de hombre es ese doctor Lameira?

—Un sujeto melífluo, amanerado, todo lleno de cumplimientos y de amabilidades excesivas; sudando hipocresía por todos los poros. El y la mujer vivían de la renta de una casa que tenían en la capital, y de lo que el marido ganaba aquí en la clínica; por cierto, no era mucho. Aparentemente, no es posible ver otro móvil del crimen que el robo. Es asombroso que un ladrón tan hábil fuese a buscar la casa de Lameira, cuando hay aquí varias personas bien ricas. Pero fuese el robo, o lo que sea, lo que deseo saber es cómo ha podido salir el asesino. Creo, al fin de cuentas, que me interesa menos por el crimen que por esa suerte de magia, de escamoteo, de ilusionismo. Vamos a ver si los faros de tu genio policial acaben las tinieblas de este caso intrincado.

Convinimos en que Eteocles no haría la menor diligencia sin llevarme consigo. No diría a nadie que yo también estaba interesado en el hecho: era un amigo



que había venido a pasar un tiempo en su compañía y con quien él salía, sólo para distraerlo.

—¿Dónde está el doctor Lameira?

—En casa de unos parientes de la mujer, que viven a corta distancia. Dice que no se siente con valor para vivir en donde su querida esposa murió. Me entregó la llave de la casa en donde ocurrió el crimen. Quieres ir hasta allá?...

Eran las diez de la noche. El día había transcurrido muy agradablemente. En la pequeña ciudad provinciana eso equivalía a media noche. No había una sola casa abierta o iluminada.

Hice notar este detalle a Eteocles. El, sin embargo, aseguró que allí estaba la ventaja. Despertaría a su ordenanza y seguiríamos. La residencia estaba bien iluminada con electricidad y podíamos, por tanto, examinar las cosas minuciosamente.

Fuimos. La casa era modesta, pero de buena apariencia. Estaba muy bien arreglada. Se advertía en ella el celo de una buena ama de casa, que todo aprovecha para dar belleza y gracia a su nido.

Recorrimos todo, examinando cada puerta, cada ventana. Al fin, volví a la puerta de la calle. La tranca era buena, sólida: era de las que están sujetas de un lado y caen del otro sobre un soporte, que tiene más o menos la forma de una "ele" mayúscula, vuelta, sin embargo, hacia la pared. Porque el primer problema que traté de resolver fue el de saber cómo alguien podría haber salido de la casa y luego haber trancado la puerta desde afuera.

La circunstancia de que examinaba la casa de noche y ésta estaba bien iluminada, me trajo el primer rayo de luz al espíritu. Fue un rayo de luz, en el sentido real y en el figurado.

En cierta ocasión, estando Eteocles en la parte de adentro y yo en la de afuera, él cerró la puerta. Bien: exteriormente, la noche estaba oscurísima. Ese detalle me permitió notar que había un orificio en la puerta, un poco más arriba de la tranca. Un rayo de luz filtraba claramente por allí.

—¿Qué podría significar eso? Eteocles no le dió mayor importancia: algún pillete que taladró la puerta para espiar. Aquella tierra, decía, era de gente muy ociosa.



Confieso que en el primer momento tampoco yo tuve una idea muy exacta del valor del descubrimiento. Fue un poco instintiva, un poco inconscientemente que tuve la impresión de que el caso no estaba destituido de valor. ¿Por qué No sabría decir...

Poco después cerramos todo y nos marchamos. Eteocles, desde mi llegada, estaba tan contento que no podía contenerse: hablaba, hablaba... Yo, por el contrario, preocupado, sólo le respondía con monosílabos.

—¿Qué diablos te pasa?

—Aquel orificio me preocupa...

—Bah! Déjate de eso. Acabarás con un orificio en el meollo...

El ordenanza se caía de sueño. En las calles, absolutamente desiertas, nuestros pasos resonaban con un ruido insólito. Y Eteocles se resignó. Quiso llamar también al ordenanza, pero yo lo consideré inútil. Lo difícil fue encontrar un clavo, un clavo grande que necesitaba.

Al fin, descubrimos uno en la cocina, y no fue pequeña la dificultad que vencimos para arrancarlo.

Cuando por segunda vez llegamos a esa casa, expliqué a Eteocles lo que había encontrado. Expliqué, primero, sin palabras, mostrándole cómo se podía colocar la tranca desde afuera. Mirada la casa desde el interior, la tranca estaba fija del lado derecho. Era exactamente el lado que se cerraba por último, donde se hallaba la cerradura. Así, introduciendo un clavo en el famoso agujero, con la tranca suspendida y en él apoyada, bastaba, una vez cerrada la puerta, sacar el clavo: caía así la tranca y ella encajaba justamente en el soporte que le estaba destinado.

Lo que quedaba por hacer no pasaba de un pequeño gesto: retirar el clavo. Sólo estando muy cerca, y prevenido, es como un observador extraño se daría cuenta de ello.

Eteocles se colocó en la parte de adentro; yo, en la de afuera, e hice funcionar la tranca varias veces, cerrándola sin la mayor dificultad.

Cuando volvimos a casa, Eteocles inquirió:

—De manera que tú crees que Lameira es el asesino?

—Creo, pero no tengo ninguna prueba.

—En todo caso, acabas de destruir una de las alegaciones más fuertes que presenta en su favor. Porque Lameira hace notar, desde el principio, que la existencia de una persona extraña estaba probada por la circunstancia de hallarse la puerta trancada por dentro. Y no sin razón observa que la mujer, esperando a la criada, que llegaría al cabo de pocos minutos, no iría a encerrarse de esa manera. Te parece que debo acusarlo y mandar prenderlo?

—No sigas en eso. Es muy temprano todavía. Basta que lo vigiles discretamente...

Pero al día siguiente, los acontecimientos se precipitaron. Habiendo ido al telégrafo a fin de transmitir un despacho para Río, encontré desierta la estación. El telegrafista era un viejito muy amable y muy conversador. Cuando me vió entrar, vino corriendo del jardín donde estaba trabajando.

—Perdone usted; pero, como el servicio no es mucho, estaba cuidando el jardincito.

Le respondí algunas palabras amables. El tornó a dirigirme la palabra:

—Usted está viviendo con nuestro delegado? Es una excelente persona, el doctor Eteocles. Pero debe estar bastante preocupado con el asesinato de la señora de Lameira. El marido, pobre!, está muy abatido...

—¿Y qué tal el doctor Lameira? pregunté.

El telegrafista se expandió en elogios. Que era muy fino, muy delicado.

—Venía aquí todos los días... Sin ir más lejos, la víspera del crimen conversamos largamente.

—Tenía, pues, muchos asuntos el doctor Lameira?

—No, señor. Pero no quería que sus telegramas le fuesen llevados a la casa. Venía a ver si había alguno para él. Eso todas las mañanas.

Luego prosiguió:

—Usted sabe: telegramas son, casi siempre, malas noticias, y él quería evitar cualquier choque a su señora.

Conversamos largo tiempo aún. Me pareció, mientras tanto, que valdría la

pena conocer los telegramas recibidos en los últimos días y hablé de ello a Eteocles. Este me respondió:

—Hombre ilegal y subversivo! Tú no sabes que la constitución garantiza el secreto epistolar y telegráfico?...

Pero, dejando los gracejos de lado, fue a la agencia y pidió una copia de los telegramas recibidos y enviados por Lameira en los últimos quince días. El agente halló la cosa naturalísima. No tuvo noción alguna de la grave irregularidad que iba a cometer.

Cuando Eteocles recibió las copias, vió que los despachos no eran muchos: tres procedentes de Río de Janeiro, y uno del Amazonas. El no había teleografiado a nadie.

Los tres despachos de Río no tenían firma: habría dado instrucciones probablemente, a su corresponsal... Y era evidente que se trataba de pedidos de dinero. Decía el primero: "Nada recibido. Urge proceder". El segundo era más explícito: "Letra vence pasado mañana. Necesito proceder". Por fin el último: "Sigue instrucciones. Conseguí prórroga dos meses".





El telegrama del Amazonas, recibido dos días antes del crimen, era también extremadamente breve: "Ayer murió Manuel A. Pésames. Julio Gómez, Jefe Policía".

Como indicio, nada valía. En todo caso, los tres primeros probaban que el doctor Lameira tenía sus finanzas muy comprometidas.

—¿En qué, sin embargo, la muerte de la mujer alteraría esa situación?

—¿Quién sería aquél Manuel A.?

Yo no había visto aún al médico. Había sido interrogado la víspera de mi llegada: declaró que iría a vivir en la casa de los parientes de la mujer hasta que el sumario se cerrase y que vendría sólo cuando fuese llamado. Estaba abatido, consumido de dolor.

Como a los ojos de todos era apenas una víctima de la fatalidad, un pobre hombre cuya mujer había sido asesinada por un bandido desconocido, no había incorrección alguna en que Eteocles lo visitase. Fue esto, precisamente, lo que le aconsejé, pidiéndole que me llevase en su compañía.

El doctor Lameira estaba de luto, un luto riguroso. Visiblemente abatido...

Los parientes de la mujer nos informaron que apenas si comía. Llevaba la barba sin afeitar, desde el día del trágico suceso. Daba pena...

Cuando Eteocles me presentó como a un amigo que había venido a pasar una temporada en su compañía, tuve una inspiración. Le dije con la mayor naturalidad:

—Tengo idea de que ya fuimos presentados hace algún tiempo, por Manuel A....

—Ah! Conoce Ud. a mi suegro?

—¿Qué es de la vida de Manuel A? Inquirí, contento por el descubrimiento que acababa de hacer.

—Está en Manaos.

—Bueno... y fuerte? Indagué aún.

—Creo que sí. Aquel es hombre para durar cien años, o más...

Eteocles no volvía de su asombro. Desvié la conversación, procurando ser amable. Refiriéndose al crimen, el doctor Lameira me dijo lo que había de horrible, al pensar que las últimas palabras de la mujer fueron un gracejo afectuoso. E insistí en recordar la respuesta de la mujer, desde dentro, hablando con el párroco.

Salimos, Eteocles, así que nos distanciamos un poco, me preguntó:

—¿Cómo encuentras la situación?

—Magnífica! El círculo se va estrechando. Sabemos ahora que el doctor Lameira pasaba por una situación embarazosa. Una mujer puede ser la amante le pedía dinero, y él no tenía para dárselo. Obtuvo apenas la renovación de una letra. En ese intervalo, se muere el suegro. Como tú has visto, quiso pasar como ignorante del hecho. Por qué? Algún motivo debe haber... Eso yo lo aclararé, hoy mismo.

—Hay, evidentemente, en esa actitud de Lameira, algo sospechoso. Pero aun no se descubre el interés en la muerte de la mujer.

—Espera un poco. Vamos a ver lo que nos mandan decir del Amazonas.

Y redacté un telegrama al Jefe de Policía de Manaos: "Reservado. Intereses justicia aconséjanme pedirle favor telegrafiarne informaciones más completas posibles sobre Manuel A., fallecido ahí 22 corriente. Saludos".

—Ahora firmas: Eteocles, delegado policía Papuí.

Con treinta palabras de respuesta paga, el despacho partió.

En el deseo de aprovechar el día, me eché a indagar si habría en el lugar alguien que fuese amigo íntimo del médico.

Tuve la sorpresa de saber que era muy huraño, esquivo. No había nadie que pudiese merecer aquellos títulos. Tenía, mientras tanto, un enemigo: era el otro médico del lugar, el doctor Caldas. Rivalidad profesional?? Seguramente. Ambos se detestaban.

Precisamente el doctor Caldas fue en busca de Eteocles, por el más fútil de los motivos: porque la calle donde vivía estaba infestada de chiquillos que jugaban al fútbol durante todo el día y ya le habían roto varios vidrios de la ventana. Quería providencias contra eso. Eteocles prometió. El médico se detuvo algún tiempo conversando, y no fue difícil llevar la charla hacia el gran crimen local. Se dió a hablar mal de su colega: que era un canalla; que al fin, era quien había lucrado con el insuceso de la propia mujer...

—Doctor Caldas, usted exagera! El cura, por ejemplo, lo estima muchísimo!

—El cura se deja engañar. Lameira le hace la corte porque la tierra es de gente muy peligrosa. Adulando al cura, Lameira consigue que éste, así que sabe que alguien está enfermo, vaya a visitarlo; y llegando allá, recomiende al pladoso Lameira.

La rivalidad profesional se exhibía claramente. Pero fuese como fuese, tuve deseos de oír al cura párroco, y allá nos fuimos, a simple título de visita.

El cura nos recibió cordialmente. Se expandió en elogios al médico. Contó que lo había conocido cuando era alumno de un colegio religioso de las cercanías, el Colegio San José, del que dijo maravillas, incitándome a visitarlo. Sobre el crimen nada nos adelantó.

Al retirarnos de allí, nada teníamos que hacer. Nadie pensaría jamás en tornar a Papuí en un centro de turismo. En media hora se recorrían todas las discutibles bellezas del pequeño terruño. Así, estudiando los varios medios de llenar el tiempo hasta que viniese el telegrama de Amazonas, pensamos en visitar el colegio religioso, que quedaba a unas dos horas de distancia, a caballo. Y partimos. El día estaba sombrío y fresco. El paseo era agradable.

Eteocles no comprendía que nadie se interesase en el descubrimiento del crimen. La literatura policial nunca lo había seducido. Conan Doyle le parecía un tanto idiota.

—¿Y Edgard Poe?

De él sólo conocía la poesía más célebre: El Cuervo. Nunca había leído sus maravillosos cuentos policiales.

Llegados al colegio, fuimos afectuosamente acogidos. Recorrimos el edificio. Vimos a los alumnos en las clases. Terminamos en la Secretaría, conversando con el director, un viejo cura muy amable, y de excelente memoria. Le hablamos de Lameira. Lo recordaba muy bien.

—¿Buen alumno?

—Muy bueno. Lo único que tenía de malo era su exagerada astucia. Pero era





inteligente y aplicado. Al fin de cada curso siempre ostentaba el "número de mayor éxito en nuestras fiestas..."

Y se dirigió a una gaveta que tenía por fuera la leyenda: Fotografías. Calculó el año en que él saliera del establecimiento; buscó; luego sacó de allá dos ejemplares del retrato de un grupo de alumnos, fotografiados al fin de una pequeña representación, con la que el curso fue clausurado. En la primera fila estaba Lameira, teniendo en el regazo dos grandes muñecos, uno sobre cada rodilla. Y nos explicó:

—Los muñecos eran como los que usan en sus espectáculos los ventrílocuos, que los hacen dialogar. Lameira tenía un verdadero talento de ventrílocuo.

Cuando el cura dijo eso, casi me precipité para besarlo. Le pedí un ejemplar de la fotografía. Se dirigió a la gaveta para cerciorarse si quedaban otras; como hubiese, satisfizo mi pedido.

A la salida, yo estaba radiante. Eteocles comprendió la importancia del caso y me preguntó:

—¿Puedo arrestar al hombre?

—Creo que sí; pero veamos antes lo que viene del Amazonas.

Y seguimos andando, callados, callados pero contentísimos.

Al llegar a casa, el ordenanza nos dijo que el doctor Lameira había estado allí, que había ido a despedirse, porque iba a partir para la capital, en el tren nocturno.

Eteocles murmuró entre dientes:

—Es un error.

El ordenanza añadió que había un telegrama. Auncuando viniese dirigido a él, Eteocles me lo pasó, diciendo que el asunto era mío. Y dijo al ordenanza que fuese a decir al doctor Lameira que viniese en el acto.

El telegrama decía: "Manuel A. Mendoza, gran capitalista, falleció recientemente, dejando fortuna superior dos mil pesos hija única, residente allá, casada doctor Lameira, a quien ya comuniqué sucesos. Saludos".

Eteocles no cabía en sí de gozo:

—Sí, señor amigo Sherlock. ¡Te has anotado un triunfo!

—Pero no te te refieras de manera alguna a mi participación en el asunto.

—Esto es: el pavo real cede sus plumas al grajo, sin que éste las pida.

Y Eteocles se disponía a protestar, cuando vimos que el doctor Lameira se aproximaba. Estaba afeitado, correcto, pero con el semblante entristecido.

Dijo que se iba por unos días a la capital; pero que volvería así fuese llamado. Eteocles no le había dado la mano, fingiendo no ver la que él le extendía; le respondió tranquilamente:

—Mucho me temo que no pueda hacer este viaje... Hemos descubierto al asesino de su esposa.

Lameira tuvo un sobresalto.

—¿Y quién es?

Eteocles estuvo admirable. Le dijo:

—El asesino se encontraba en gran dificultad de dinero, a causa de una amante. Consiguió apenas, hace pocos días, la renovación por dos meses de un pagaré... En esto le llega la noticia de la muerte del suegro en el Amazonas...

Yo intervine, perversamente:

—Precisamente Manuel A., de quien hablamos ayer.

Lameira me miró, aterrado. Eteocles prosiguió implacable:

—Surgió de allí la idea de matar a la mujer para heredar...

Lameira tuvo todavía un asomo de defensa:

—Pero cuando yo sali, ella estaba viva.

—La puerta había sido cerrada por dentro...

—Para cerrar la puerta, bastaba suspender la tranca con un clavo, que se retiraba desde afuera...

—Pero ella habló con el señor cura...

—El asesino apeló a sus recursos de ventrílocuo que tantas veces lució en el colegio.

Yo adelanté hacia él la fotografía escolar.

El médico tuvo un gesto de terror. Lo que entonces ocurrió fue instantáneo, fulminante... Con la mayor rapidez extrajo del bolsillo un revólver, y se disparó un tiro en la cabeza. Cuando nos precipitamos, era tarde...

Aquella misma noche, a despecho de las protestas de mi amigo, regresé. En la estación me dijo, sonriendo:

—Voy a mandar a asesinar a alguien, sólo para que tú vuelvas...

—Es inútil: ya conozco al asesino...

Jesucristo nació en una cueva para humillar el orgullo y murió en una cruz para salvar al hombre. Suárez nace aquí para gloria de Antioquia y muere en Bogotá para completar la más brillante apoteosis de Colombia.

TIBERIO GOMEZ, Pbro.

Con profundísimo respeto me descubro ante el recuerdo del gran Suárez, nobilísimo ejemplar de indomable energía y carácter, y el único ciudadano que ha igualado en desinterés y patriotismo al Libertador de Colombia.

LUIS M. OCAMPO, Pbro.

Suárez es uno de los más grandes prosistas americanos; y la colección de sus "Sueños" figurará entre las producciones más típicas de la literatura de este continente, por la curiosa mezcla de política y de erudición; de aficiones arcaicas y de amor a la lucha ardorosa por las ideas; de espíritu castizo, y de sincero americanismo; de emoción religiosa y aun mística y de punzante y demoledora ironía. Supo manejar todos los tonos; pero conservando al conjunto de su obra, sello de distinción, de casticismo y de gentileza que caracteriza todos sus actos.

A. GOMEZ RESTREPO

**INDICACIONES
SOBRE
TRANSITO**

Como puede usted Evitar Accidentes

Por Luis Durand García

Como una contribución cívica queremos reproducir en esta edición una serie de normas sobre tránsito, escrita por el Director de *Carabineros* de Chile.

No se trata en verdad de ningún artículo a fondo, sino más bien de especie de corto cinematográfico —si se amite la comparación—, ya que ilustra fácil y ágilmente al lector sobre las imprudencias que son la causa de lamentables accidentes y sobre la manera correcta y lógica de evitarlos.

Así explicado nuestro propósito, dejamos al lector en vía de apreciación de los causales de los accidentes y las más fáciles formas de evitarlos.

L. R.

CONDUZCA A LA DEFENSIVA

—¿Sabe usted *conducir a la defensiva*?

—¿No? Pues, bien, tendremos el mayor agrado de dárselo a conocer.

Conduce a la defensiva:

1º *El que se cuida* de la falta de destreza y de conocimientos de otros que también manejan vehículos.

2º *El que reconoce* que no ejerce ningún dominio sobre las acciones impremeditadas de los peatones y demás conductores.

3º *El que sabe* que las condiciones del tiempo, de las calles y caminos no están subordinadas a su voluntad.

4º *El que cede* el derecho a vía y hace otras concesiones para evitar choques y cualquier otro riesgo.

5º *El que es cuidadoso* y está siempre alerta para no cometer infracciones que constituyen peligrosidad; y

6º *El que está preparado*, en todo momento, para evitar los accidentes que se producen por manejar a la "ofensiva".



CASO A

Quien lo precede a usted ha sacado la mano.

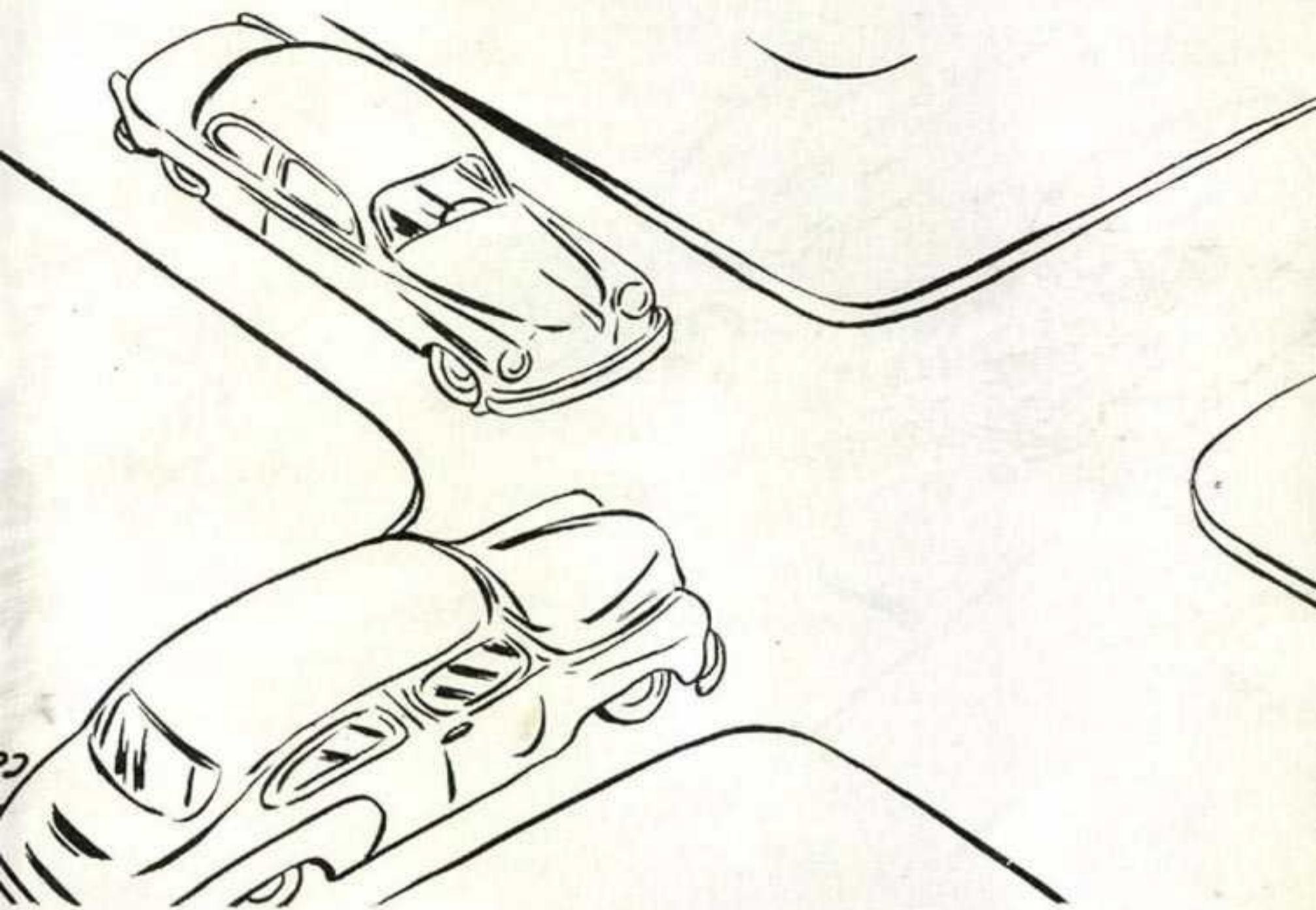
Frente a esta situación usted se pregunta:

- ¿Será correcta la indicación?
- ¿Se detendrá?
- ¿Virará a la izquierda?

—¿Virará a la derecha?

Usted no puede saberlo. El quizás también lo ignora.

El conductor que maneja a la defensiva decide: *reducir la velocidad, y finalmente, se detiene.* Reiniciará la marcha una vez que el otro vehículo haya realizado la maniobra.



CASO B

Usted tiene el derecho a la vía en una esquina, y otro vehículo se acerca, apresuradamente, desde la calle lateral.

Freste a esta situación usted se pregunta:

- ¿Se detendrá el otro vehículo?
- ¿Podré pasar antes que él?
- ¿Insistirá usted en sus derechos?

El conductor que *maneja a la defensiva*, jamás hace uso del derecho de vía; no lo estima necesario. El sabe que si permite que el otro conductor cruce primero, su vehículo estará a salvo de ser chocado, y al hacerlo sentirá dos satisfacciones: una, *haber sido cortés*, y otra, *haber velado por la vida y seguridad de sus acompañantes*.



CASO C

Usted va manejando por una calzada donde hay vehículos estacionados y menores jugando alrededor de ellos.

Frente a esta situación usted se pregunta:

—¿Aparecerá repentinamente un niño por entre los vehículos?

—¿Saldrá algún automóvil desde el lugar de estacionamiento?

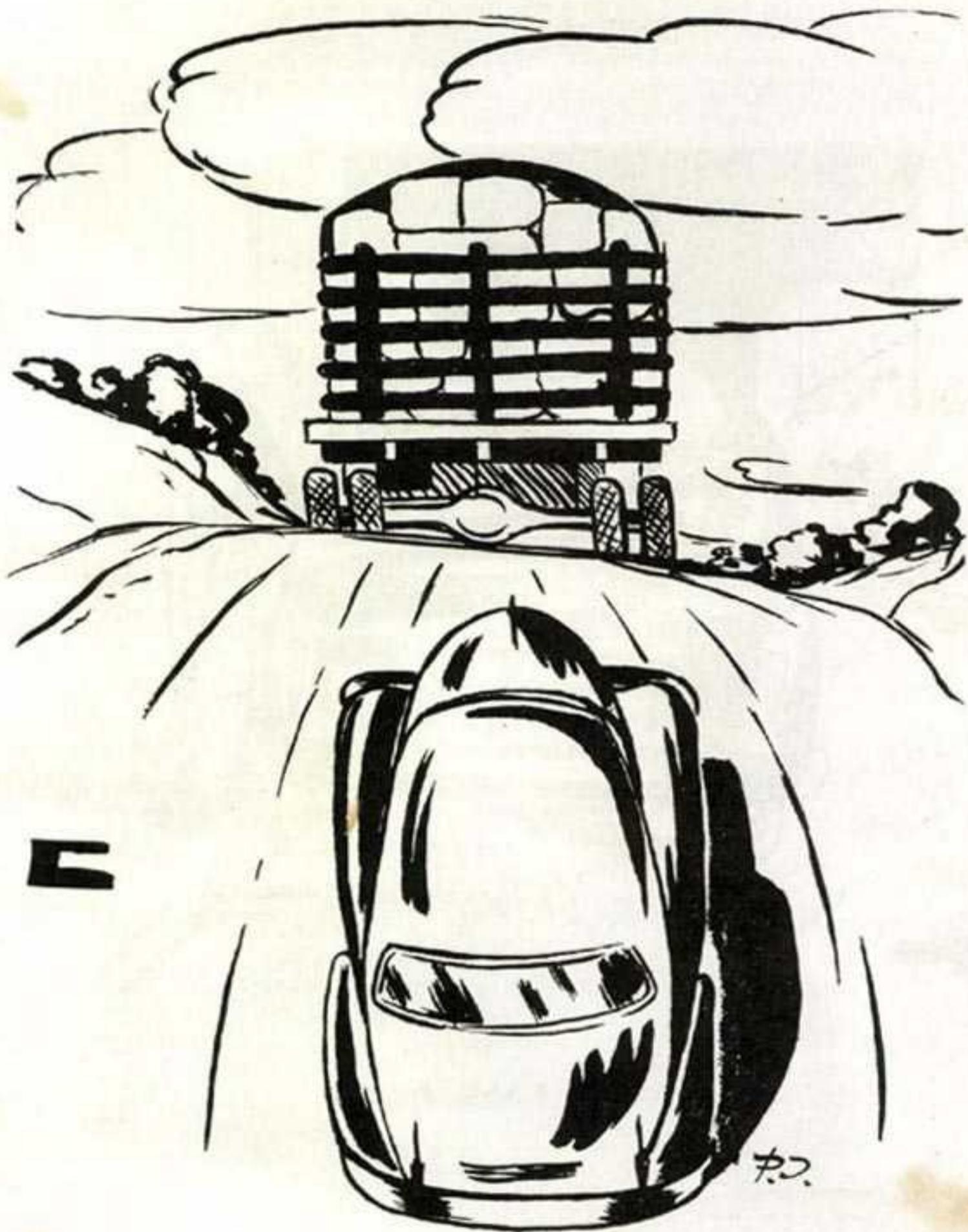
—¿Se mantendrán los niños en la acera?

El conductor que maneja a la defensiva hace lo siguiente:

1º *Transita a velocidad reducida, especialmente en "Zonas de Escuela";*

2º *Piensa que alguien, en cualquier instante, puede salir sorpresivamente; y*

3º *Mantiene un prudente espacio con los coches estacionados.*



CASO D

A usted lo precede y le quita toda visibilidad un camión o un microbús que avanza con gran esfuerzo y está próximo a la cima de una cuesta.

Frente a esta situación usted se pregunta:

1º ¿Qué habrá al otro lado de esta altura?

2º ¿Me reservará alguna sorpresa desagradable la conformación del camino?

3º Si adelanto, ¿me saldrá al encuentro un vehículo desde la dirección opuesta?

El conductor que maneja a la defensiva, ¡no pierde la calma! Espera tener a su favor la visibilidad necesaria, y sólo entonces se adelanta.

El sabe que sólo así habrá evitado todo peligro de accidente.



CASO E

Usted sale "entusiasmado" después de haber acudido a una buena fiesta.

Frente a esta situación debe preguntarse:

—¿Podré manejar con la debida destreza y seguridad?

—En presencia de un peligro, ¿estaré lúcido para evitarlo?

—¿El alcohol no me pondrá agresivo para conducir?

El conductor que maneja a la defensiva, aunque esté "contento", jamás olvida este principio:

"Cuando beba, no maneje, y cuando maneje, no beba".



CASO F

Un vehículo viene lanzado, fuera del eje de la calzada, tratando de adelantar a otro.

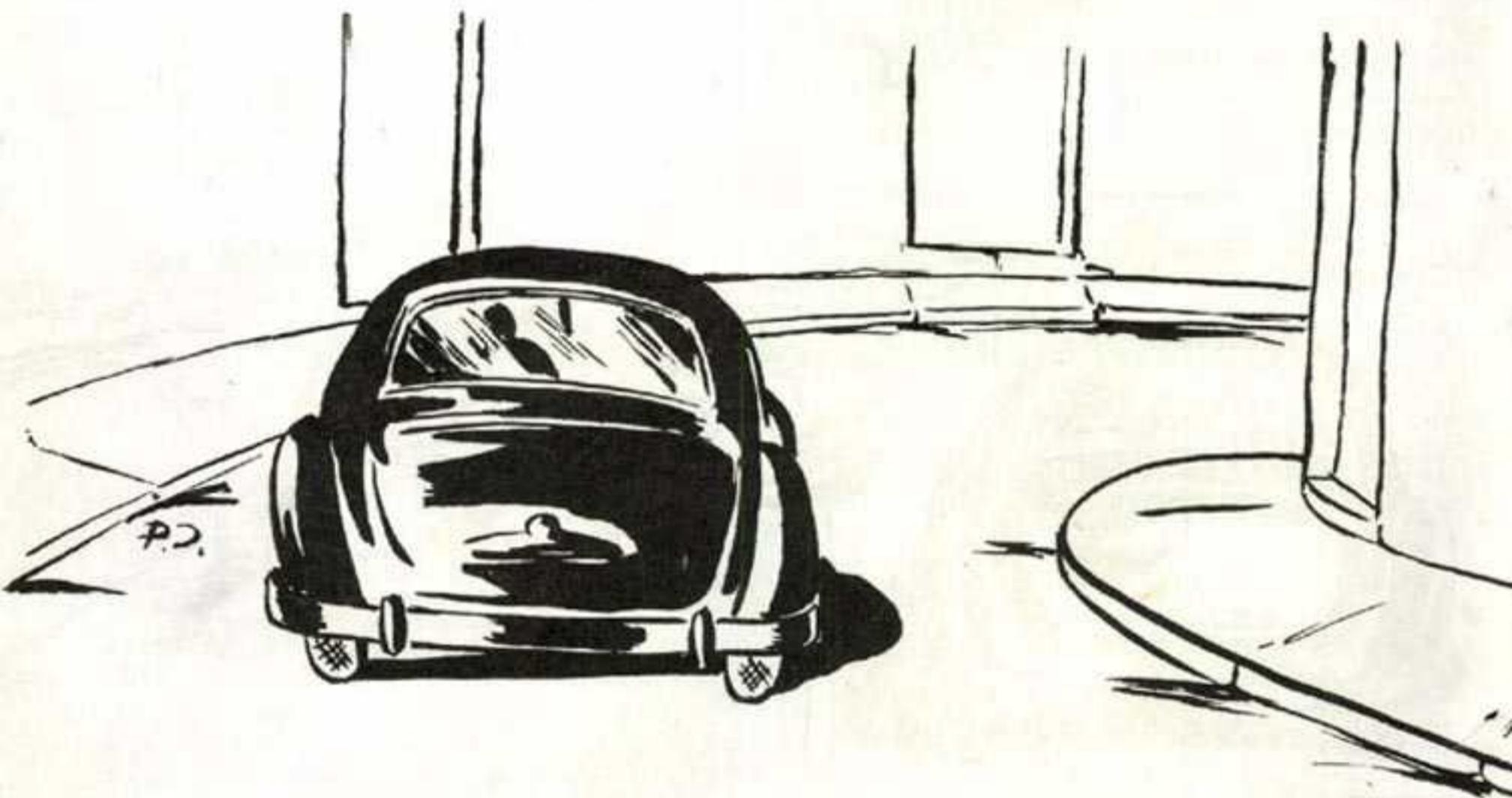
Frente a esta situación usted se pregunta:

—¿Será un conductor ebrio?

—¿Habrá perdido el control del coche?

—¿Seguirá abriéndose, o volverá a su pista?

El conductor que *maneja a la defensiva*, en presencia de este caso de agresividad y descortesía, lleva su vehículo hacia la derecha, e incluso se detiene, para evitar graves consecuencias.



CASO G

Usted se acerca a una curva cerrada, ignorando lo que pueda venir en sentido contrario.

Frente a esta situación usted se pregunta:

—¿Vendrán por su derecha los vehículos que se aproximan desde el lado opuesto?

—¿Habrá alguna obstrucción del camino?

—¿Aparacerán algunos peatones distraídos en la vuelta?

El conductor que *maneja a la defensiva*, antes de entrar a una curva, *toma totalmente su derecha a una velocidad reducida*. Cortos toques de bocina, sin exagerarlos, le servirán de ayuda.

Peligro de accidente constituye *adelantar un vehículo* en estos lugares.

Cómo se Conduce a la Defensiva y se Evitan Accidentes

1º *Concentre* sus sentidos en la conducción prudente del vehículo y *esté atento* a cualquier caso imprevisto.

2º *Cuidese* de los errores que cometen: otros conductores, los peatones y los ciclistas.

3º *Maneje* a velocidad reducida cuando haya mal tiempo, y existan condiciones u obstrucciones peligrosas del camino.

4º *No conduzca* cuando se sienta físicamente imposibilitado; y

5º *Cerciórese* de que su coche está en buenas condiciones mecánicas.

CONDUCTOR:

..Si ante su vista se presenta un camino amplio y despejado:

¿Cree usted que es conveniente aprovecharlo para exceder la velocidad permitida por la autoridad?

Si practica el buen hábito de *manejar a la defensiva*, decide, de inmediato, hacer uso del máximo de prudencia y seguridad:

1º Porque puede aparecer, peligrosamente, algún vehículo o animal desde una vía lateral;

2º Porque incluso la velocidad máxima permitida puede serle desfavorable, por fallas de las condiciones mecánicas del vehículo; y

3º Porque sabe que aunque esté el camino despejado, transitar a más de 80 kilómetros por hora, fuera de ser inseguro, le representa quemar cinco veces más aceite y doble consumo de bencina.

¿VALE LA PENA CONDUCIR A LA DEFENSIVA? SI:

1º Porque del estudio de cientos de accidentes se ha llegado a la conclusión que muy pocos se deben a desperfectos mecánicos.

2º Porque se ha establecido que la causa determinante en los accidentes del tránsito se debe a fallas humanas.

3º Porque al establecer responsabilidades frente a los accidentes se comprueba que, por lo general, ambos conductores han errado y cada uno tiene su parte de culpa.

4º Porque si se conduce con cuidado, es decir, *a la defensiva*, existe la absoluta certeza de que los accidentes pueden ser evitados.

Entonces, amigo conductor, si no lo ha practicado, practíquelo: *conduzca a la defensiva*.

Este doliente esqueleto nada es; esta esfera de la tierra objeto de las ambiciones y guerras del hombre, es pequeñísima, es nada por la misma razón; los luceros que vi al anochecer tampoco son cosa, porque tienen límite; los cometas son mucho menos, porque según dicen, cabrían como las cenizas de Aníbal en el hueco de la mano; ni la esfera del sol tiene más ser que el límite que le imprime su contorno; ni las estrellas, ni las nebulosas ni los universos viven y brillan en los abismos de los espacios, tienen verdadera grandeza porque al fin han de ser limitados. Pero como la mente que nos anima no se calma en sus anhelos y aspiraciones, sólo Cristo la puede satisfacer porque es Dios infinito, y su Eucaristía vence los misterios del número, del espacio y del tiempo.

MARCO FIDEL SUAREZ

REVISTA

FUERZAS DE POLICIA DE COLOMBIA

Una Publicación al Servicio de la Institución

Para canjes, suscripciones y pedidos, diríjase a la calle 9a. No. 9-27, teléfono 11-501 extensión 341 de Bogotá, D. E.

Las colaboraciones son solicitadas y la responsabilidad de los escritos pertenece exclusivamente a los autores.

EL Llantero

DISTRIBUIDORES DE ICOLLANTAS

ICOLLANTAS
SUCURSAL
R. F. Goodrich

PRINCIPAL:

Calle 13 No. 21-09 — Teléfono 74-622

BATERIAS:

Cra. 21 No. 12-A-55 — Teléfono 75-014

SUCURSAL:

Avenida 7 Cra. 15 — Teléfono 30-265

TRES ALMACENES CON SU MEJOR SEGURIDAD DE SERVICIO

MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL
DIVISION DE EXTENSION CULTURAL

FONDO ROTATORIO DE PUBLICACIONES

**Volúmenes Ultimamente Publicados de la Biblioteca
de Autores Colombianos**

Historia de la Literatura Colombiana, T. I/IV	<i>Antonio Gómez Restrepo</i>
Antología Mariana	<i>Eduardo Trujillo G., Pbro.</i>
Discursos y Sermones	<i>Mgr. Manuel José Mosquera</i>
Sermones Inéditos	<i>Carlos Cortés Lee</i>
La Civilización Muisca, T. I/II	<i>Louis B. Girsletti</i>
Lingüística Aborígen de Colombia	<i>Sergio Elias Ortiz</i>
Escritos Varios	<i>Carlos Martínez Silva</i>
El Alférez Real	<i>Eustaquio Palacios</i>
Escritos Filosóficos	<i>José Eusebio Caro</i>
La Musa Romántica en Colombia	<i>Rafael Maya</i>
Estampas de Ayer y Retratos de Hoy	<i>Rafael Maya</i>
Cartagena Hispánica	<i>G. Porras Troconis</i>
Derecho Constitucional Colombiano, to- mos I y II	<i>Francisco de Paula Pérez</i>
Sueños de Luciano Pulgar, tomos I/XII	<i>Marco Fidel Suárez</i>
Política: Misión y Destino	<i>FELIX ANGEL VALLEJO</i>
El Día de mi Muerte y otros Cuentos	<i>Jesús Zárate Moreno</i>

ADQUIERALOS EN LAS LIBRERIAS Y ADMINISTRACION DEL

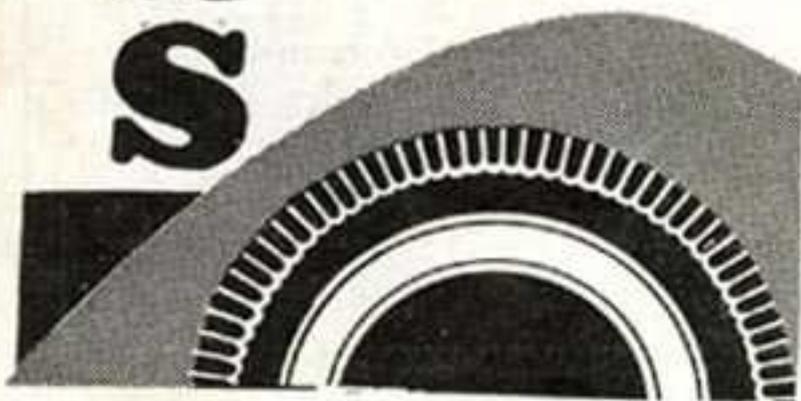
FONDO ROTATORIO DE PUBLICACIONES

Calle 14 No. 3-86

La llanta que más aguanta!

**LA
LLANTA
QUE
MAS
AGUANTA!**

Técnica
B.F.
Goodrich



**“FUERZAS
DE
POLICIA”**

•
**es un
programa
semanal
al servicio
de la
Institución**

•

**SE TRANSMITE TODOS LOS
LUNES A LAS 8 Y 30 P. M.
POR LA RADIODIFUSORA
MILITAR DE COLOMBIA**



El señor ENRIQUE CORREDOR, Gerente de la poderosa empresa REAL TAX, y el señor Benjamín Roldán, Gerente de Ventas de PANAUTO, conversan sobre uno de los muchos carros FORD vendidos al REAL TAX.

*El transportador colombiano
entrega su confianza a*

PANAUTO

SU CONCESIONARIO

FORD

PREFERIDO



PANAUTO

Avenida Caracas x Calle 26

Nuevo Edificio: Avenida 13 de Junio x Avenida de las Américas

SEGUNDOS JUEGOS DEPORTIVOS MILITARES

Se ha dado a conocer el Calendario Deportivo para los Segundos Juegos Deportivos Militares que tendrán lugar por segunda vez en la ciudad capital y en la ciudad de Bucaramanga.

El objeto primordial de los Juegos es estrechar los lazos de unión, caballeridad y compañerismo entre los miembros de las Fuerzas Armadas y secundariamente despertar el entusiasmo deportivo de la juventud y estimular el deporte en el país. La Dirección de la Revista haciéndose partícipe de tan loables propósitos incita a todos los miembros de las Fuerzas de Policía a prepararse técnica e intensamente con el fin de poder competir con hidalguía y nobleza, con tal fin da a conocer el calendario respectivo.

A—Competencias Internas

- Del 1º al 5 de junio* — Concentración de los equipos en la Sede de las Brigadas, Bases o Divisiones.
- Del 5 al 17 de Junio* — Competencias.

B—Competencias de FF. AA.

- Del 25 al 30 de Septiembre* — Concentración en Bogotá de los siguientes deportes: Atletismo, Ajedrez, Basket-Ball, Boxeo, Basse-Ball, Ciclismo, Esgrima, Foot-Ball, Gimnasia, Golf, Lawn-Tennis, Levantamiento de Pesas, Lucha, Natación, Pentathlon, Tennis de Mesa.
- En Bucaramanga concentración de los Seleccionados de Tiro.
- Del 1º al 11-X-55* — Competencias en Bogotá y en Bucaramanga en los respectivos deportes asignados.
- 12 - X - 55* — Clausura de los Juegos y entrega de trofeos.
- 13 - X - 55* — Regreso de las Delegaciones a sus Guarniciones.

CONTENIDO

SECCION EDITORIAL

uestro homenaje a Suárez Los Editores

NUESTROS COLABORADORES

<i>Marco Fidel Suárez</i>	José Camacho Carreño
<i>Panegírico de un grande hombre</i>	Monseñor J. M. González Arbeláez
<i>La vida de don Marco</i>	Humberto Cáceres
<i>Suárez, Clásico de América</i>	Rafael Maya
<i>En la muerte de un prócer</i>	Ismael Enrique Arciniegas
<i>Oración a Jesucristo</i>	Marco Fidel Suárez
<i>Escritos y Discursos</i>	J. M. Saldarriaga B.
<i>José Eusebio Caro</i>	Eduardo Carranza
<i>La muerte de Arboleda</i>	Felipe Antonio Molina
<i>Leonardo y el paisaje leonardesco</i>	Enrike Torregroza
<i>En la inauguración de un programa</i>	Tte. Corb. Guillermo Padilla
<i>El General Hermógenes Maza</i>	Rafael Bernal Medina
<i>Colombianismos</i>	Julio César García
<i>Una Poesía para Indomérica</i>	A. Rodríguez Garavito

LA LIRICA COLOMBIANA

<i>A manera de explicación</i>	H. C.
<i>Estar contigo</i>	José Eusebio Caro
<i>De noche</i>	Rafael Pombo
<i>Nocturno</i>	José Asunción Silva
<i>Resurrecciones</i>	Julio Flórez
<i>Adiós</i>	José Eustacio Rivera
<i>A la memoria de Josefina</i>	Guillermo Valencia
<i>Ella</i>	Eduardo Castillo
<i>Soneto al Amor</i>	Alberto Angel Montoya
<i>Seremos tristes</i>	Rafael Maya
<i>Elegía del Adiós</i>	José Umaña Bernal

SECCION ILUSTRATIVA

<i>Interpretación de la Ley</i>	Ramón A. García M.
<i>Historia de los gases</i>	Tte. Mario Castillo Ruiz
<i>Evolución del Delito en la República</i>	Marco A. Fonseca T.

SECCION DEL AGENTE

<i>La Policía y la Sociedad</i>	Mor. Juan F. Mosquera M.
<i>El Agente de Policía en casos de incendio</i>	Mor. J. M. Mendoza Escobar

LA JUSTICIA PENAL MILITAR

<i>El Procedimiento</i>	Francisco Chaves Galvis
-------------------------------	-------------------------

EL CUENTO POLICIAL

<i>Fin de una vida</i>	Enrique Fernández
------------------------------	-------------------

INDICACIONES SOBRE TRANSITO

<i>Cómo puede usted evitar accidentes</i>	Luis Durand García
---	--------------------

Ilustró: Pablo V. Pinilla V.

EDITORIAL ANTARES

Fotografías: Tito.



Cartagena de Indias